Ud. Está accediendo a este documento a través de la Biblioteca Digital de Genealogía Familiar, que lo publica con autorización del autor o editor del mismo para ser leído por individuos que acceden a este sitio web.

Está prohibido su uso o reproducción (total o parcial) para cualquier uso comercial sin autorización específica del autor o editor, que retiene todos sus derechos sobre este documento.

Puede consultar otros documentos de interés histórico o genealógico en www.genealogiafamiliar.net

Biblioteca Nacional

BENJAMIN VILLAFAÑE

321123

MOTIVOS DE LA SELVA Y DE LA MONTAÑA

BUENOS AIRES

BENJAMIN VILLAFAÑE

321123

MOTIVOS DE LA SELVA Y DE LA MONTAÑA

BUENOS AIRES
1952

S2 A H 144116
16
00518843

A Juan Etchegaray y Julio Figueroa,
amigos de la buena y la mala fortuna.

EL CASO BENJAMIN VILLAFAÑE[1]

En el país, Benjamín Villafañe, es un caso. No el único pero uno de los contadísimos.

Por caso, entiendo un ejemplo, no un fenómeno. Los fenómenos, entre nosotros, son escándalos.

Y porque Villafañe es un caso ejemplar, lo rodea el silencio, manifestación común, en este medio trastrocado, del olvido voluntario. Porque aquí, donde no hay pena de muerte, hay pena de muerte por olvido.

Con el olvido se premia y se castiga. Se castiga a los buenos y se premia a los pillos. "No afecta su buen nombre y honor"... y se los entierra en la elegante tolerancia a quienes se debió sepultar en la cárcel. ¡Somos un pueblo que todo lo olvida!

Los órganos de esta amnesia nacional son —parece paradoja— los órganos de publicidad, o sea, la memoria instrumentadora de la idea en la República. Este fusilamiento por silencio —fusilamiento por la espalda— del que continúa víctima Benjamín Villafañe, realza, si cabe, lo extraordinario de su caso, del caso que es él mismo, del altísimo ejemplo que es él mismo: muerto y todo se resiste a morir; se resiste a que lo maten. Y como no está muerto quien pelea, grita su vida fecunda y pletórica peleando. Sobrevive a la muerte artificial, a la del papel... como los muertos en de veras, a saber: "Mortuus ad-

[1] Párrafos de un artículo de Amancio González Paz, publicado en "Cabildo" con motivo de la aparición del libro "El Destino de Sud América", en octubre del año 1944.

huc lóquitud"; que quiere decir, aunque muerto, continúa hablando...

Benjamín Villafañe, sepultado por el calculado olvido, continúa hablando. Continúa hablando de todas maneras: de palabra y por escrito. ¡Y hasta por señas, pero habla!

Prueba al canto de esa su vitalidad sonora es su último libro "El Destino de Sud América". ¡Barajo si está muerto, si puede estar muerto, quien habla como Villafañe en este libro, con la voz de todo un continente, para ponerlo en guardia contra otro continente! Aquí, en sus páginas, sí que canta con toda la voz que tiene. Grita como un sordo para que lo oigan hasta los sordos...

Como los profetas bíblicos, hasta con esa su presencia física, como aureolada de brujería o de visionarismo, no ha cesado de ganar la cabecera de todos los caminos de la Patria —gobernador, senador nacional, diputado nacional— para gritarnos, sin remilgos, sin eufemismos, casi sin alma..., su Alerta continental.

Sus veinte tomos, son veinte griterías... Su último libro, este último libro "El Destino de Sud América" es el apuntar, más airado, de su índice. Implacable acusador. En Villafañe los temas de sus libros son pretextos para repetir su "yo acuso" en tesis manía, porque es la razón misma de su ciudadanía. Le quema las entrañas un fuego de indignación permanente, porque le queman las entrañas un fuego de hambre y sed de justicia.

No se le pida otro estilo, parejo e impecable. No se le exija gradación de razones y de expresiones. No se busque en él esa unidad material o esa armonía canónica que se dice indispensable para que un libro sea un libro. ¡Qué estilo ni qué preceptivas ni qué ocho cuartos! Para eso la Providencia le regaló esa su sordera: para que no se distrajera con el mundo exterior, con macanitas y trataditos literarios y, en cambio, viviera, como los coros angélicos absortos en su Santo, Santo, Santo... él, en su ¡Patria! ¡Patria! ¡Patria!...

Y porque ama totalmente, es que también odia furibundamente. ¡Guay del que o de lo que contradice su amor! No para hasta triturarlo y todavía lo digiere, saboreándolo, para triturarlo aún mejor...

Nadie hay más opuesto a un liberal que Benjamín Villa-

fañe, pese a que repita, de vez en cuando, errores liberales, porque nadie hay tampoco más odiosamente opuesto a un calculador, a un equilibrista, a un hipócrita, a un vividor. Todo en él tiene el porte y el acento de lo dramático porque todo lo hace y dice seriamente. Y la seriedad, en el sentido aristotélico, no es una parada sin la flor y el fruto de una virtuosa convicción. Se mistifica cuando se tiene alma de payaso, pero no cuando se tiene alma de Quijote.

Aparenta toda la exclusividad del egoísta, encerrado herméticamente en el círculo de hierro de su ideal, de su empeño, de su Causa, de su amor. Pero de aquel egoísmo fijado magistralmente por Aristóteles.

"Por tanto —escribe el filósofo— en todas las acciones dignas de alabanza, el hombre virtuoso toma a su cargo siempre la parte más grande del bien; y así es, repito, cómo debe un hombre saber ser egoísta. Pero es preciso librarse de serlo como se entiende y lo es el hombre generalmente".

Pues bien: de ese su egoísmo, arrancan su absoluta pobreza, casi su miseranda pobreza; su desvelarse infatigable por los destinos del país; su desprendimiento quijotesco; su sonriente desprecio de los peligros; su tozudez indomable...

"El Destino de Sud América" es otra prueba egoísta de su egoísmo, como lo fuera su estruendosa denuncia de El Palomar, punto de partida de este interrogante abierto como una ansiosa expectación argentina sobre la Argentina...

Hay hombres a los que sólo es dable conocerlos, conociendo sus libros. Villafañe no es de esos. Por el contrario: no se entienden sus libros si no se le entiende a él. Es él el que cuenta. Sus libros no son sino una de las tantas formas de su acción, de su apostolado. No encierran, por lo mismo, pesadas lucubraciones. Traducen, en su bello desorden, bríos, explosiones, afirmaciones rotundas, apóstrofes brutales, chispazos hasta de genio...

Y para que nada les falte en lo que abunda su autor, dejan entrever, a trechos, vergeles de poesía de buena ley en medio de tempestades de rayos y centellas. Sus libros no se leen como libros. Se escuchan como dianas o como truenos en los que la verdad pelada es la voz dominante, bronca, recia, hasta feroz...

ADVERTENCIA

Fruto de un ocio forzado, las páginas que siguen tienen la melancolía del último adiós a las regiones donde han transcurrido las horas más intensas de la vida. Hay en ellas algo de una mirada de ultratumba, de la última llamarada de una luz que se apaga.

Escritas sin plan preconcebido, como mero desahogo del que persigue la evasión de sí mismo, tienen mucho del desorden de los sueños. Escribo obedeciendo a una necesidad orgánica, y espero hacerlo hasta que llegue la hora cercana de descansar a la sombra tranquila del último sueño, o entre las luces de un amanecer en ribera desconocida.

BENJAMÍN VILLAFAÑE

Buenos Aires, 6 de setiembre de 1951.

EN EL CREPUSCULO

En mi atardecer, ocúrreme con frecuencia imaginar, que estoy sentado a la vuelta de una de las cumbres de la cordillera que limita mi valle por el poniente, perdida la imaginación entre las medias tintas del crepúsculo. Miro entonces en la lejanía una caravana de la que formo parte, camino de las cumbres. Luego el áspero repecho se puebla de cruces. ¡Cuán pocos son los que han tenido la suerte o la mala ventura de llegar hasta donde me encuentro! ¡Cuántas vidas fracasadas, cuántos destinos cruzados, cuántas inteligencias perdidas!

Una vieja canción de la montaña, cual eco apagado o perdido, llega a mi oído:

Uyaguaray Pachamama[1]
Allpa tin micuscaita
Uray huichay puriscaita
Ñanta pisichaguay.

Te imploro Pachamama
Tierra y arena he comido,
Cumbre arriba cumbre abajo
He andado, acórtame el camino.

Creo en el espíritu de la Madre Tierra y hago mío el pedido, ruego o súplica del hijo de la montaña. Me siento tan

[1] La madre tierra.

cansado, que me parece camino perdido en un desierto entre flores secas y esperanzas muertas.

Entre tanto, llega la noche con el toque de oración que repercute en las montañas y flota en el ambiente el sueño del bosque, de la flor, del insecto y del ave. Las estrellas parecen hacer señas, antes de caer en el abismo de las sombras detrás del filo quebrado de la loma o de la montaña. Me ronda en la mente otro cantar trunco de poeta olvidado:

El alba de mañana nos traerá
primorosas nuevas rosas
la flor abrirá al beso de la nueva mañana
más un rumor que pasa me dice:
La flor que ayer abrió, dió su aroma y murió.

Sus almas se fueron a reposar a mundos mejores. ¡Y cuántas se fueron! Muy pronto, me digo, mañana quizás, mi cruz irá a hacerles compañía. ¿No están ya enterrados pedazos del alma al pie de cruces o sepulcros, de seres que tanto amé? Y cosa que jamás hubiera sospechado: a punto de franquear la puerta que dice Goethe nadie salva sin temblar, no sólo nada temo, sino que espero el trance con anhelo, ávido de la luz de una espléndida aurora.

Experimento en mi atardecer, sensación parecida a la de un dormido, que poco a poco despierta de un mal sueño, de una catalepsia, o pesadilla, o lo que ha de sentir un prisionero a punto de recobrar la libertad tiempo ha perdida. ¡Qué lección, castigo o prueba tremenda es la vida! Se anuncia con sollozos y se despide con lágrimas. Dice Gustavo Becquer, que es muy corta: "Al brillar un relámpago nacemos y aún dura su fulgor cuando morimos". Pero en los instantes fugaces de la travesía, se sufren eternidades cuando ciertos dolores y penas nos anudan la garganta hasta quitarnos el aliento. Nada tan elástico como el tiempo. En ocasiones, las horas vuelan cual si fueran segundos; otras, los minutos se traducen en siglos sin término. Un viejo cantar dice:

En el mundo del placer

apenas, repica el alba
Ya toca a anochecer.

¡Qué valor se requiere con frecuencia para no desertar y seguir viviendo! Mejor es que hoy por hoy, la vida no sea más larga y no se cumpla todavía la promesa de la ciencia de alargarla, decenas y centenas de años.

Estoy lejos de afirmar que todo sean pesares en la vida. No es justo extremar la queja después que el tiempo apuró su vendimia. Tiene sin duda la travesía horas deliciosas, instantes de dicha inefables que nos descorren en parte las cortinas de los cielos. Es que mientras los instantes felices se van con premura, los tristes cavan surcos muy hondos. Con todo, volvería a vivir mi vida, no obstante los ultrajes que me infirió el destino, con causa o sin ella, y los que sin duda todavía he de sufrir. ¿Será cierto como lo enseña la filosofía hindú que volvemos a nacer? Creo que sí.

El más allá

Cuando mido mi pequeñez en presencia del infinito poblado de mundos, siento la impresión del náufrago desolado en playa desierta o del viajero perdido en arenal sediento. ¿Qué son, me digo, los átomos ante los mundos? ¿Qué son las gotas de rocío en el ancho seno de los mares? Y una voz misteriosa me dice, que los átomos son el alma de los mundos, que su esplendor es el mismo que el de una nebulosa poblada de estrellas. ¿No será el drama de la vida humana, un fragmento infinitesimal de la vida del universo? Pero yo no busco a Dios en la comba salpicada de estrellas de los cielos. Lo palpo, lo siento, lo veo, a través del bosque poblado de rumores, en la flor, el insecto y el ave. Lo veo en pétalos donde fulge la luz del sol, de la luna y de las estrellas; en los ojos de las luciérnagas en los que parpadea la luz de los cielos y en el ala de ciertas mariposas, al parecer tejidas y pintadas por el capricho de un ángel. En tales pequeñeces, Dios habla a su criatura —diríase a gritos— con más elocuencia que en el lenguaje lejano de las estrellas. Lo siento, finalmente en el amor de las madres; en los corazones que son caliz de piedad, donde reper-

cuten todas las desventuras; en aquellos donde se enciende la llama del entusiasmo en presencia de lo bello, de lo grande y de lo heroico; y en las que se indignan y estallan en ira santa, ante la iniquidad, la injusticia, la mentira y el crimen. ¡Qué alegato más formidable en pro de la existencia de Dios que la conciencia, a cuya voz nadie escapa aunque se tape los oídos! A poco que se medite, además, se encuentra que la chispa divina que arde en el alma humana, tiene un valor y tamaño incalculables. Una buena alma, alumbra el camino y redime los dolores de millones de seres y una mala, hace más daño que todos los cataclismos de la naturaleza.

"Al principio, era el Verbo, dice San Juan, y el Verbo estaba con Dios y el Verbo era Dios", pensamiento acaso el más lato y profundo que haya alumbrado la mente del hombre. ¡El Verbo! que dicta leyes al átomo, los mundos y las estrellas, a las almas de los hombres, de los ángeles y de los dioses.

¡El Verbo! la Santísima Trinidad del Amor, de la Inteligencia y de la Belleza, tres llamas que se confunden en una misma hoguera, en un solo Dios verdadero, creador de la vida, y de las nueve musas en las que el genio griego descomponía el prisma del corazón divino. Hace años que a esta Santísima Trinidad, elevo con unción todos los días mi plegaria: Señor: Que la llama del entusiasmo, por los más nobles ideales, alumbre mi senda eternamente y que la belleza moral, el amor, la música, y la poesía, sean causa de embriaguez para mi alma, por los siglos de los siglos, amén.

La oración

Yo creo en el poder de la oración. Pienso que el artista supremo que dedica tiempo y esmero a la pintura del pétalo de las flores, el ala de las mariposas, a las plumas y el canto de las aves, debe prestar también atención al ruego o clamor del ser que pide luz, consuelo y perfección en la travesía por él impuesta, sembrada de angustias, escollos y peligros. ¿No es el hombre, acaso, algo más importante que el lirio de los campos, que el insecto y que el ave?

Alexis Carrel y Charles Richet, sabios fisiólogos, premio Nobel los dos, creen en los milagros y en el poder de la oración.

Richet, en un artículo publicado en "Le Figaro" del 9 de octubre de 1905, bajo el epígrafe de "Más Allá de la Ciencia", dice: "El mundo oculto existe. Aun a trueque de ser considerado por mis contemporáneos como un insensato, yo afirmo que los fantasmas existen. He necesitado veinticinco años de observaciones y estudios perseverantes para convencerme y rendirme a la evidencia. ¿Cómo pedirle a todo el mundo esta larga y prolongada paciencia?".

Por su parte, Alexis Carrel, ha escrito un libro sobre el poder de la oración y los milagros, a los que dice haber asistido en persona.

¡Y qué! aún dado el caso que ningún valor tuviera la oración, que nadie la escuchara, déjese que se desahogue con ella el que sufre, que el llanto impide en ocasiones que el corazón reviente cual válvula de escape que evita el estallido de una caldera. ¡Cuánto daño hace una pena que se pudre porque no se llora! También es una oración la del músico, cuando traduce su amargura en armonías que reaniman el alma marchita, cual brisa cargada de rocío que vuelve su frescura a las flores y hojas sin vida.

El telescopio y el microscopio, han abierto ventanas sobre el infinito que hablan de una inteligencia suprema, con más elocuencia que todos los libros santos. Es cierto que en el universo, todo obedece a reglas o leyes inexorables. Sin duda, lo que llamamos milagros, por creer se trata de fenómenos que alteran normas preestablecidas se encuentran dentro del marco de leyes que no conocemos.

¿Y no es la vida del hombre el más extraordinario de los milagros y enigmas? ¿De cómo, quien ignora lo que es, puede alumbrar la sombra de todos los misterios?

La edad y los credos religiosos

Es muy común oír decir, que ciertos hombres indiferentes o ateos de jóvenes, se convierten en deístas o religiosos dogmáticos de cualquier credo, cuando penetran en la penumbra de la vejez y sienten que la muerte se aproxima, como si la creencia en Dios, fuese en ellos resultado del temor a la muerte o de degeneración física. Puede ser esto exacto en casos de excep-

ción, pero en la generalidad, es el resultado de la madurez de la inteligencia, por la meditación, la experiencia y el estudio.

Confundir el alma con el cuerpo, vale tanto como confundir la máquina con el maquinista, el instrumento musical con el artista. Sin aparato telegráfico es cierto que no se puede trasmitir mensajes, pero el aparato es obra del hombre, como el cuerpo es del alma. No es el aparato el que piensa, ni tampoco es el instrumento el que por sí solo vibra con armonías que enajenan: es el artista que lo maneja, es su corazón el que habla.

Por otra parte, es notorio que en los seres medianamente evolucionados, ocurre que mientras la materia decae por los años, como planta que se marchita, la llama del espíritu crece con fulgores insospechados. Los hay, que logran lo que se llama la conciencia cósmica de la que espero ocuparme en otra parte.

Escrito lo que antecede, leo en una revista extranjera lo que sigue: "Principia a desaparecer de la ciencia, la hostilidad que mostró en otros tiempos ante los profundos misterios de la fe. Hace pocos meses, el doctor Roberto A. Millikan, sabio distinguido con el premio Nobel, declaró ante los principales físicos de los Estados Unidos, que una vida consagrada a la investigación científica, lo había convencido de que existe un Dios, que rige los destinos de los hombres. Ningún hombre de ciencia —agrega la revista— ha penetrado más hondo que Millikan en la mecánica de la materia. Fué él, quien primero determinó la carga y masa del electrón, la partícula más pequeña del universo". He aquí, agrega, las palabras textuales del sabio en su discurso: "No sabemos qué lugar nos corresponde en los planes del Creador; ignoramos la extensión del deber que a cada uno nos ha señalado, más es lo cierto que, si dejamos de cumplir nuestra parte señalada en la tarea común, esa parte quedará por hacer. Indudablemente, agrega, entramos por algo y de alguna manera en el plan de la creación, pues de lo contrario, no existiría en nosotros el sentimiento de la responsabilidad". Y termina el sabio: "una filosofía estrictamente materialista, me parece el colmo de la falta de inteligencia". (*Reader's Digest*, marzo 1951).

Por su parte, el célebre Einstein, en su libro "Mi panorama Mundial", dice: "El investigador, hállase imbuído de la

existencia de la causalidad de todos los acontecimientos. Para él, el porvenir, no es menos determinado y necesario que el pasado. Su religiosidad, reside o tiene origen, en la admiración de la armonía y regularidad de la naturaleza y de cuanto en ella sucede, que pone de manifiesto una inteligencia tan sublime, que todo lo que logra concebir el pensamiento del hombre acerca del orden y la belleza del universo, no es más que un nimio y débil destello y reflejo. Lo más hermoso de la vida, es lo insondable, lo que está lleno de maravilla y misterio. Allí se encuentra la cuna y origen del arte verdadero y la auténtica ciencia. El que nada siente, el que no sabe admirar o asombrarse, está muerto, por decirlo así y con la mirada apagada".

¡Qué consolador el pensamiento del gran sabio!

Si como dice, todo en la creación es orden y belleza sublime. ¿Por qué sería el hombre la única nota discordante? ¿Por qué esa inteligencia sublime habría creado seres desdichados sin causa, sostenidos en su desventura por la mentida esperanza de dichas inefables? Medítese en el hecho manifiesto, de que cuanto existe en nuestro planeta, principiando por el mineral, la planta y los seres de las distintas escalas zoológicas, todo parece haber sido creado teniendo en vista favorecer el alumbramiento de la inteligencia divina en el hombre, todo está calculado para ayudar su evolución biológica y espiritual. ¿No dice este hecho, que el Creador le tiene reservado un destino extraordinario que ha de culminar acaso en el de un Dios o algo parecido? Pitágoras, decía que el mineral es pariente de la planta; la planta del animal; el animal del hombre; y el hombre de los Dioses. Cuando se piensa en los adelantos de la ciencia en los últimos cincuenta años, la imaginación se detiene asombrada ante la perspectiva de lo que hará después de mil años —un instante en la vida del planeta—. Lástima que hasta ahora, no se sienta ningún progreso en el orden espiritual. Por el contrario, es para decir con Demóstenes, que el mundo envejece empeorando. Es que vivimos en pleno caos moral, en la era de los monstruos antidiluvianos, como en tiempos en que en la nebulosa madre de nuestro sistema solar, las moléculas de hierro y del plomo, golpeaban confundidas con las del oro. Las almas viven chocando en la más espantosa mezcolanza, las buenas con las malas, y las malas en la lucha se encuentran en relación de una a mil

con las buenas, si bien todas valen lo mismo en lo que el mundo llama Democracia. Por eso es difícil encontrar en las sociedades un resorte que se encuentre en su quicio, en el lugar que debe ocupar. Si Dios no se apresura a sembrar más flores delicadas entre la cizaña, la humanidad resultará un ensayo fracasado y el Creador se verá obligado a comenzar de nuevo la tarea de encontrar una aleación o mezcla en la que el oro no resulte el último estrato social. ¿No estaremos en vísperas de un nuevo diluvio universal? Esta vez no sería de agua, sino de fuego y sangre por la bomba atómica. ¡Ah! ¡Sodoma y Gomorra! Con todo, soy optimista: creo en el triunfo final de la justicia, de la verdad y de la belleza. Hace falta el regreso de Jesucristo para que vuelva a anunciarnos la proximidad del reinado de Dios.

Mientras tanto, que nos consuele lo que decía Séneca, hace dos mil años, en sus cartas célebres: "Los quebrantos de esta vida mortal, son los preludios de una vida mejor y más durable. Como el seno materno que nos lleva nueve meses, no nos forma para habitarlo siempre, sino para este mundo donde nos deposita bastante fuertes para respirar el aire y sufrir las impresiones de afuera, así el tiempo que corre de la infancia a la vejez, nos madura para un segundo nacimiento. En un mundo nuevo nos esperan. Hasta entonces, no es posible admirar más que de lejos el esplendor de los cielos. Sabe pues —tú, hombre—, mirar sin estremecimientos ni temor tu hora decisiva: la última para el cuerpo, no lo es para el alma. Todos los objetos que te rodean, míralos como los muebles de una posada transitoria: tú debes ir más lejos. Ese día que tú temes como el último de tus días, debe hacerte nacer a la inmortalidad".

Hagamos frente al destino con tranquilidad y valor, mientras soñamos y sonreímos al contemplar la sublime majestad del universo.

EL CARDON DE LAS PUNAS

El artista más sutil, no hubiese logrado jamás el prodigio de dar vida a un símbolo de tristeza igual a ti, cardón de la montaña, árbol sin hojas, erizado de espinas, cruz y cirio funerario a la vez, con ramas que semejan brazos abiertos en la postura de un creyente que eleva con unción una plegaria a los cielos. Tienes corazón y alma. Tu savia, son lágrimas; tus espinas, sueños desvanecidos, la protesta de una infinita desventura sin causa. ¿Quién te ha puesto ahí, en el filo de la montaña, en la rampa desolada o prendido entre barrancos, cual centinela mudo que otea sin cesar en el horizonte lejano, la llegada de algo con que sueñas y esperas? Eres sin duda, una queja o lágrima del corazón de la montaña, que al subir a lo alto, cuajó en espinas.

¿Acaso, es que sólo velas las ruinas del "antigal" [1], cenizas de los hijos de la montaña, en sitios que fueron cuna, sepulcro y fortaleza de los hombres de bronce, a los que animaba la garra del cóndor, el corazón del puma y la sangre del jaguar? No cabe duda; alguien te ha puesto allí a designio, para que conserves unidas las piedras de las tumbas de las razas muertas y llores la desaparición de montañas y bosques, de los vergeles que rodeaban lagos desaparecidos, el día en que los Andes enarcó su lomo hacia el azul y se derramaron como mares en las pampas, dejando cauces vacíos como sepulcros.

Acaso nacísteis de las lágrimas de Supay, Chiqui y Coque-

[1] Cementerio indio.

na, los viejos dioses de la montaña, el día en que huyeron espantados ante la visión del Nazareno crucificado, que llegara del otro lado del mar.

Tal vez cuajaron en tu tallo, la protesta y la cólera de las tribus que acaudillaron los Viltipoco y los Telui, cuando se arrojaban a los abismos con mujeres, ancianos y niños antes de rendirse y renunciar a la libertad del ave, para servir de esclavos a los hombres blancos que llegaron en la espuma del mar, de las regiones donde nace el sol. ¡Y cuántas veces me ha parecido ver en vosotros, a la luz de la luna, los fantasmas de los soldados caídos en las luchas por la emancipación, en actitud de muda protesta por la ingratitud y el olvido de las generaciones, en cuyo holocausto dieron su sangre al arenal sediento!

Es lo cierto, que resumes todas las penas de los tiempos idos. Con razón dice el sabio Linneo, que en nada se transparenta con elocuencia igual la inteligencia divina, como en el reino vegetal. Y también es cierto que en este mundo, hasta para ser árbol se requiere suerte. Impera entre ellos, como en el reino animal, la ley impenetrable y misteriosa de los réprobos y elegidos, al parecer sin causa. Unos nacen opulentos, de fibra recia, poblados de hojas en todo tiempo; otros desnudos, de pulpa floja, sin consistencia. Unos se cargan de flores antes que de hojas; otros nacen y mueren erizados de espinas, sin hojas ni sombra, al parecer malditos, como aquellas aves venidas al mundo con el sino de alimentarse de osamentas, mientras otras viven exprimiendo el cáliz de las flores o traducen en sus cantos armonías de los cielos.

Triste es tu destino, cardón que succionas con trabajo tu savia de rocas y arenas sedientas, que vives soportando a pie firme los embates de los vientos blancos de la montaña, los soles de fuego del trópico, las escarchas y granizos en intervalos de pocas horas. Pero llegan a ti también, ráfagas o instantes de dicha y consuelo, cuando entre tus brazos, sientes el poema de amor de la calandria, que busca refugio en ti, para que defiendas con tus espinas su nido de los reptiles y aves de rapiña, o cuando oyes el jilguero negro de las sierras, flor de gracia, de ternura y armonía, cantar en voz baja, horas y horas, sin descanso, para distraer la soledad de la compañera, mientras empolla sus huevecillos o calienta los polluelos. También te es-

tremeces de dicha, cuando llega el primer rayo caliente de la primavera, junto con el tordo carmesí, ave que lleva en el pecho el fulgor de una brasa, y abres los estuches de tus flores de nácar, refugio y tálamo de luciérnagas. en noches en que los fríos quiebran las rocas. En el rincón de la quebrada honda, no estás solo; tienes por compañero al sauce llorón, con su copa revuelta por los vientos, cual mujer de duelo que ora de rodillas con los cabellos volcados sobre la frente. También te acompaña en la ladera, a la orilla del sendero que bordea la montaña, el álamo resignado y tranquilo, que inclina su tallo en la dirección en que predominan los vientos y que a diario hacen sentir la voz de Pachacamac, entre las aristas de las rocas de la quebrada. Y yo también soy tu compañero, cardón amigo. Existe entre nosotros la comunicación sin palabras del alma. Tú me conoces, y siento que me miras con la simpatía de un viejo amigo. Me viste de niño en la ladera, poseído de la alegría del ave a la madrugada; me viste adolescente, animado por el fuego de todas las pasiones; y hoy me ves con la cabeza blanca y el corazón cansado y frío por las penas y los años.

¡Cardón de las cumbres!, planteas como nadie el problema del bien y del mal. Traduces todos los duelos del desierto, los dolores de la montaña, las nostalgias de las selvas muertas, de los lagos secos y amargos, de los médanos sedientos, de la flora y fauna otra hora bullente, que enmudecieron para siempre, junto con la muerte de los dioses lares. Tú lloras la amargura y el odio de los hombres por los dolores sin causa, los anhelos insatisfechos, las aspiraciones contrariadas, las esperanzas muertas, que parecen haber cuajado en tu tallo, en espinas punzantes. Y acaso, ahí estarás de duelo, hasta el día en que la cultura alumbre el cerebro de los hijos de la montaña y su corazón se convierta en cáliz de armonía, bondad y belleza. Allí estarás hasta el día en que la inteligencia del hombre, pueble de nuevo de árboles las montañas hoy desoladas y muertas.

¡Cuánta semejanza con mi alma, cardón amigo, del filo del la montaña a la hora del crepúsculo, perdido entre los abismos del cielo y de la tierra, estremecido por el escalofrío del infinito y la obsesión del origen de un destino duro, áspero, injusto e inexplicable!

¡Cuánta semejanza contigo, cuando las luces del crepúsculo

enrojecen las espaldas de la montaña con los tintes de albores de mañanas, para terminar en las sombras que poco a poco se pueblan de estrellas, anuncio de las espléndidas regiones que soñé tantas veces en mi tempestuosa peregrinación!

COSTACA - LA MUERTE DEL CONDOR

Con dos amigos, hace ya muchos años, resolvimos trasladarnos de Humahuaca a Costaca, distante dos leguas al naciente. He dicho en otra ocasión, que para mí, ese fué el asiento del pueblo de Humahuaca de antes de la conquista, donde según la tradición, existía una especie de Oráculo de Delfos de las tribus que vivían al abrigo de los valles de la cordillera de los Andes desde más allá de Tarija hasta Arauco en Chile. Allí se reunían los representantes de esta confederación de tribus para tomar resoluciones trascendentales, como concluir tratados de paz con los incas o declarar la guerra.

Las ruinas son, aún hoy, impresionantes. Se extienden en leguas de extensión al borde de la olla honda en la que el pueblo estuvo situado y que debió dar albergue a muchos miles de habitantes. Fué sin duda la Metrópoli de los pueblos de los Andes de Tarija al sur, por su situación privilegiada, cerca de la boca de la quebrada que comunica por un lado con las regiones del Alto Perú, por el otro con la de los bosques del Tucumán, y finalmente, por la quebrada del Zenta, con las praderas de Orán y las regiones feraces de los Chacos. Como centro comercial, ha debido ser único, porque allí tenían que desembocar las mercaderías del altiplano y todo lo que producen los valles hondos y bosques sin término. Estratégicamente, no podía darse lugar mejor elegido para la defensa al abrigo de toda sorpresa, y privilegiado para el ataque como para la retirada en caso de derrota.

A primera vista, se advierte, que en tiempos remotos, ha sido un lago que se volcó por la puerta de la quebrada de Hu-

mahuaca, el día que fenómenos sísmicos encumbraron el lomo de la cordillera.

En la falda de la montaña del naciente, se conservan rastros de la vieja carretera de los incas, que iba hasta los valles del Tucumán desde el Cuzco y seguía por la selva de los Chacos. Cerca de esta misma montaña, existe un cerro semideshecho, con forma de seno de mujer, que conserva vestigios claros de haber servido de una especie de aparato distribuidor de las aguas de riego, traídas, por las faldas, desde las cumbres. Se trataba de una obra de ingeniería magnífica. El agua desembocaba desde lo alto por un canal que daba vuelta al cerro en forma de espiral y de distancia en distancia, partían canales que iban a regar las faldas y el llano, en líneas paralelas en distintas direcciones.

¿Y dónde estaría el Oráculo?

Era el lugar que yo bucaba con ahinco y que no pude encontrar. Sin duda, estaría en algún sitio elevado, con la puerta o la mirada hacia donde sale el sol. Es que los españoles se afanaron en no dejar rastros de la religión de los aborígenes. Una tarde, había subido hasta unos trescientos metros sobre el lomo del contrafuerte. Me recosté en el borde de la falda cerca de una acequia bulliciosa, desde donde dominaba el paisaje formado por valles hondos, laderas escarpadas y picos coronados de nieve, proyectándose en el fondo de un cielo de azul profundo, como no puede concebir el que no lo haya visto. Me entretenía en ver pasar las nubes con la frente alumbrada por el sol, en dirección de las cordilleras del Zenta, mientras me impresionaba el cuerpo de las montañas surcadas por las arrugas del tiempo, que me hablaban en el lenguaje de los siglos. Me decían que fueron un día constelaciones que ardieron en la matriz del universo; luego, fuego en las estrellas y más tarde fango en el fondo de los mares. Me decían que la creación se encontraba lejos de haber terminado, que al planeta le esperan nuevas floras y nuevas faunas, pues no ha pasado por tantas transformaciones, para detenerse en el ensayo del desdichado ser o larva que se llama el hombre. De ahí, pasaba a dialogar con las plantas y flores sobre las cuales estaba recostado. Era el mes de octubre, el de la primavera en esas alturas, la mejor época del año, porque no hay tormentas y los vientos blancos duermen o descansan. Me parecía sentir su alma y su voz, en el aliento de la menta y la al-

bahaca del borde de la acequia. Una especie de jacinto, destilaba una fragancia idéntica a la de la flor del aire. Era el perfume propio del cuerpo de esta montaña, porque casi todas las flores exhalaban la misma esencia. Había violetas moradas silvestres y de entre los rincones de las rocas, alargaba su tallo un lirio hermoso que parecía buscar el sol. Estas flores, me decían que el misterio de sus vidas era el mismo misterio de la mía, que teníamos el mismo origen, que la diferencia de instante entre el nacimiento y la muerte nada significan en el abismo del tiempo. Me decían que hubo épocas en las que su savia se alimentó del polvo de hombres animosos y fuertes, generosos y bravos, y que desde entonces sus pétalos se embellecieron con los colores más vivos y las más delicadas esencias. Recordaba los versos de Omar el Khayan:

La amapola, en la sangre de algún rey enterrado,
bebe su rojo ardiente;
Y la violeta nace del lunar agraciado
Que fué estrella, en el rostro de alguna adolescente.

No tardó en invadirme un estado de sopor y caí en un letargo intermedio entre el sueño y la vigilia —ni despierto ni dormido—. Veía desfilar mis propios sueños, blancos, azules, celestes y rojos, que quedaban prendidos por instantes en las aristas de los barrancos y se desvanecían luego, como las nieblas entre los árboles, camino de lo alto. Pasaban visiones de seres, que encantaron mi alma, cual alboradas que el viajero contempla una sola vez en la vida. De repente, cambió la decoración, y ví encenderse una estrella de luz desconocida, en confín lejano. Me sentí presa de un arrobamiento tal, que tuve miedo de que estallara mi corazón. —Soy el amor —me decía la estrella—, que enciende el fuego que anima el corazón de los mundos, la llama inmaterial que alumbra el infinito insondable. Soy el amor, esencia de la belleza en todas sus manifestaciones, el amor que convierte en notas dulces hasta las penas más amargas; soy la música y la poesía, la flor y el ave; el corazón de la mujer y el fuego del entusiasmo que sonríe en el héroe, en presencia del sacrificio: soy Dios, que se encuentra

donde tú estás y en todas partes, manantial de armonías que enajenan las almas de los ángeles y de los hombres.

El estampido de un tiro de fusil, me volvió a la realidad. Puesto de pie, ví cerca de mí a un compañero que acababa de herir de muerte a un cóndor, que daba tumbos por la ladera como a cien metros de distancia. Me acerqué al lugar y tuve el desagrado de asistir a la agonía del ave, que me miró con una expresión que me hirió el alma.

No pude menos que decirle en alta voz, aunque hablara al viento: "No he sido yo quien te ha herido, sino el bárbaro de mi compañero que ves a mi lado. Perdónalo, que no sabe lo que ha hecho". Mientras tanto, mi compañero reía al oírme. —Usted siempre el mismo, don Benjamín, con piedad para todos, hasta para con los bichos que lo pican, ¡y a usted no se la tiene nadie! —Es posible que así sea —contesté—. Pero es que despierta en mí verdadera simpatía este cóndor cuyo destino, después de todo, encuentro menos duro que el mío. Ha muerto al primer tiro aleve. Aunque no tengo las alas rotas, ni he renunciado a la lucha, llevo heridas viejas que quizás no curen ni después de la tumba, recibidas en la forma en que usted ha herido a este cóndor.

Cuando el ave dió su última boqueada, un peón la cargó en un caballo y la llevamos a la casa de adobe donde nos hospedábamos. Allí, mi amigo dispuso la colgaran de las patas, la degollaran y se recibiese la sangre en una fuente. —¿Para qué hace eso? —le pregunté. —Para recoger la sangre. Ha de saber usted que no existe tónico más eficaz para los cuerpos débiles y gastados, como la sangre del cóndor. Se la hace secar al sol, se la reduce a polvo y se mezcla una cucharada con un litro de vino o con el licor de su agrado. Tres copitas por día, durante cuatro meses, devuelven la salud a un enfermo crónico y convierten a un viejo en un doctor Fausto. —¡Que Dios lo ayude! —le dije—. Ojalá esa sangre le transfundiera también el alma de esta ave divina, que llega a las regiones de los cielos donde se mezcla con los dioses y los ángeles que decía Homero "pueblan las regiones puras del éter, donde viven los inmortales". Porque, en verdad, quién sabe qué visiones tendrá esta hija preferida del espíritu de los Andes, que se levanta en el azul hasta perderse de vista. Los Incas la divinizaron y se dice que un

cóndor anunció a Atahualpa su destino y la muerte del Imperio. En día claro, un cóndor cayó desde lo alto, empapando con su sangre la nieve de la ladera, cerca del lugar donde el Inca descansaba.

Los hombres miran con profundo desprecio a los seres que llaman irracionales, sin tener en cuenta que la naturaleza les ha dado sentidos de que carece la especie humana.

Cerca de donde nos encontrábamos había un chiquero con cerdos; en la falda de la loma pastaba una majada de ovejas al cuidado de un perro ovejero; y ante mis ojos tenía el espectáculo del cóndor que acababan de degollar. Me parecía ver en todo, símbolos de la vida humana. Pensaba si no estaría agonizando de tristeza en algún rincón de la montaña el cóndor de Andrade.

Esa tarde regresamos a Humahuaca. Todo el camino me distraje viendo pasar nubes de color de rosa en dirección de las cadenas del Zenta. Había muchos incendios en las cumbres y espaldas de las montañas.

LAS AVES, LOS ANIMALES Y LOS HOMBRES

Cerrado el capítulo que antecede, acude a mi mente una nota ingrata de viaje. Terminado el descenso del Abra de Cortaderas, una de las más altas cordilleras que bajan de Bolivia, veinte leguas al norte de Humahuaca, tomábamos descanso con los peones en el lugar llamado "Gallego Muerto", al que me refiero con algún detenimiento en uno de los capítulos que siguen. El peón, que acababa de desensillar las mulas para darles un breve y merecido alivio, alcanzándome un revólver me dijo:
—Mire, señor, las guayatas, en aquella peña; pruebe su buena puntería. A espaldas de donde nos encontrábamos, en unas barrancas altas, cortadas a pico, había una pareja de estas hermosas aves, que tienen algo del cisne y del ganso. Tomé el arma y sin detenerme a hacer puntería con esmero, disparé y por desgracia hice blanco: una de las aves cayó como fulminada por el rayo. Nunca había pensado que acertaría, pues estaban, cuando menos, a setenta metros de distancia. El ave compañera levantó el vuelo, describió un largo círculo, volviendo a pasar por encima del lugar donde estuviera asentada, como buscando a la compañera y en seguida se perdió en vuelo recto en dirección del sur. Mientras los peones aplaudían mi puntería, yo me sentía amargado. Pensaba en el ave que se perdió en la lejanía, con su pequeña alma sin duda destrozada. ¡Adónde iría a consolar su soledad! ¿No tendría acaso nido y pichones, que en adelante quedaría vacío y sin amparo?

No creo, como el común de las gentes, que los llamados irracionales carecen de espíritu. Hasta el más pequeño insecto, desde luego, se mueve y vive al impulso del amor, origen del

instinto y de la inteligencia. Subiendo en la escala de los seres llamados irracionales, debo decir sin ninguna exageración que en mi vida he conocido caballos, perros y gatos más inteligentes y nobles que muchos hombres.

Entre las aves, las hay de inteligencia y corazón maravillosos, que se pueden ofrecer como ejemplos a la mayor parte de los hombres en materia de sentimientos delicados. He de limitarme a narrar un hecho cierto, que vale la pena referir como un modelo de amor conyugal. Mi buen amigo Cesáreo González, de Jujuy, tenía un par de mirlos de color renegrido. Un día muere uno de ellos; en seguida el otro se amustia y se niega a comer el primer día; al siguiente, amanece blanco como la nieve y poco después muere.

Cuando se construía la línea férrea a Bolivia en 1904, pasé unos días en compañía de los ingenieros que dirigían la obra, en el lugar llamado "El Volcán", a diez leguas al Norte de la Ciudad de Jujuy. A poca distancia, en una depresión de la falda de la montaña que mira al naciente, existe una laguna honda, más o menos de veinte hectáreas con árboles, aves y peces. Me contaban que todos los años, con los primeros aires tibios de la primavera, llegaba un cisne a la laguna, que venía de lo desconocido. Bajaba entre las bandadas de patos y otras aves nacidas y criadas en la laguna, que se entretenían en tratar de picotear al forastero, y éste a su vez, como jugando, los atropellaba y hacía desparramo de los perseguidores, después que simulaba huir. Cuando llegaban los fríos, el cisne levantaba vuelo de nuevo hacia lo desconocido, hasta la primavera del año entrante. Y esto sucedía de varios años atrás.

Los cazadores del lugar, le tenían simpatía y lo respetaban. Decían que años antes, alguien mató a la compañera en la misma laguna. Sin duda, el ave obsedida por su recuerdo volvía siempre a soñar con ella en el lugar donde la perdiera. ¡Cuántos seres en este mundo, como el cisne del Volcán, viven perseguidos por la melancolía de un recuerdo que no pueden olvidar!

Un último recuerdo para las aves. ¿No convendría enseñar en las escuelas, sobre todo en las de la campaña, lo que dice el sabio Henry Fabre, de que los pajarillos son los mejores

amigos del hombre, pues, si no existieran nos devorarían los insectos? Dice el poeta Walt Whitman:

Creo que podría transformarme y vivir
con los animales. Son tan tranquilos y
mesurados!
Me complace observarlos largamente
No se afanan ni se quejan de su suerte
No se despiertan en la noche con el
remordimiento de sus culpas
No se aburren discutiendo sus deberes
para con Dios.
Ninguno está descontento; a ninguno le
enloquece la manía de poseer cosas;
Ninguno venera a los otros, ni a su especie,
que cuenta miles de años de existencia.
Ninguno es respetable ni desgraciado
en toda la ancha tierra.

Por mi parte, agrego, que esto sucede mientras tienen salud y alimento suficiente, y no caen bajo la despiadada tiranía de ciertos hombres. El doctor Albarracín, decía que los animales que más ayuda prestan al hombre, eran dolores que caminan por el trato que reciben. El canto de las aves enjauladas, es el llanto de almas oprimidas.

Siempre he pensado que existe un vacío en el Evangelio de Cristo: no habla de piedad para con esos hermanos menores llamados irracionales. Pero es indudable que la omisión ha de venir de los discípulos que escribieron la doctrina después de su sacrificio. San Juan, al final de su Evangelio, dice que podrían escribirse trescientos libros con lo predicado por el Maestro. ¡Qué tesoro perdido para la humanidad!

Entre nosotros los argentinos, desde la muerte del célebre doctor Albarracín, que vivía consagrado a la defensa de toda clase de animales, no se siente la acción de los que se preocupan de aliviar los martirios de seres sin defensa. En un libro [1]

[1] El Destino de Sud América.

escrito hace algunos años, refiero las impresiones de un viaje a través de la República, de Norte a Sur y de Este a Oeste, en el que tuve ocasión de observar con profunda tristeza, que nuestros grandes terratenientes no se preocupan de construir refugios para los ganados, con el fin de salvarlos de los fríos del invierno ni de los soles abrasadores del verano.

¡Con qué elocuencia hablan de este descuido impío, las osamentas que siembran los campos y que se ven desde los trenes de pasajeros en todos los rumbos! ¡Y cuán poco dinero costaría hacerlos! ¡Y cuánto provecho les reportaría!

EL EMBRUJO DE LA QUEBRADA DE HUMAHUACA

En el mes de enero de 1951, recibí de Tilcara una carta de mi sobrino el ingeniero Teodoro Sánchez de Bustamante con una nota de viaje que merece transcribirse.

Dice la nota:

"Hace algunos años, llegó a Tilcara un aristócrata inglés, Herbert Ashley Cunard Cummins, acompañado de su esposa, una norteamericana.

"Cummins era diplomático; como ministro, había servido a su patria en diversos países, de las más variadas latitudes. Retirado del servicio, se instaló en Tilcara; compró una casa-quinta al pie del cerro; la protegió contra las corrientes de agua que originadas por las tormentas suelen descender por la falda; dió *confort* a la casa y cultivó flores en su rededor.

"Asombrábase la gente de que este hombre, de vasta cultura, que había recorrido el mundo, conocedor de toda clase de panoramas y climas, hubiese elegido esta remota y escondida villa para radicarse definitivamente. Decían algunos que había sido cautivado por la hermosura peculiar de Tilcara; afirmaban otros que se había establecido en este lugar porque sólo en él, después de muchos cambios, su esposa había encontrado alivio a sus males.

"Pasó el tiempo, y llegó para Cummins, en Tilcara, el fin de sus días. Los habitantes de la villa no vieron más a este hombre, que por su físico recordaba al rey Jorge V, de suaves y distinguidas maneras, facciones finas, cabello canoso y ojos azules, límpidos, de color de cielo.

"Sus restos fueron enterrados en el cementerio local; su esposa vendió la casa-quinta, y se alejó para siempre, en viaje de retorno, a su país natal.

"La mañana es diáfana y serena. Sobre las casas de Tilcara se eleva, azulado, el humo aromático de la *tola* que se quema en los hogares. He entrado, por curiosidad, en el cementerio que, desde una altura, domina al pueblo. Camino entre cruces y túmulos de piedras, y, a poco andar, me detengo ante una tumba de severa elegancia: frente a una losa de mármol jaspeado, se alza una cruz del mismo material, e incrustada en la losa hay una pequeña lápida de mármol blanco, que muestra, grabada, la siguiente leyenda:

Herbert Ashley Cunard Cummins

21 - XI - 1943

Good bye darling

"Traduzco estas últimas palabras: "Adiós querido". ¡Sí! ¡Adiós querido!, dice al extinto la esposa lejana, cuyo nombre no está escrito en la lápida".

Hasta aquí la nota de mi sobrino.

Conocí al señor Cunard Cummins en Tilcara a poco que se hubo establecido allí. Era un caballero entrado en años que respiraba distinción, de trato afable, hacía amigos en pocos momentos. Díjome que después de jubilado como diplomático, y de hacer vida errante como turista, al pasar por Tilcara, había sentido una rara atracción del lugar y el deseo de radicarse allí hasta el término de sus días. Le impresionaba decía, la solemnidad del paisaje que lo invitaba a dialogar con las montañas, las estrellas, el azul de los cielos, con Dios, en una palabra.

De su charla variada y amena salpicada de anécdotas, recuerdo una de su vida de diplomático en Méjico. —Tuve necesidad —decíame— de entrevistarme por razones de mi cargo con el célebre caudillo Pancho Villa. Me trasladé a su residencia en

un pueblo de campaña y estábamos departiendo en tono amistoso, cuando cayó la conversación en la necesidad de evitar fricciones o rozamientos con Gran Bretaña, del respeto que se debía a las personas y propiedades de sus súbditos. Bruscamente, cambiando de tono me dijo: —¡venga señor Ministro!— invitándome a salir hasta el patio de la casa. —Mire Vd. —agregó, señalándome un árbol corpulento. —¡El día que lo crea necesario, lo voy a colgar a Vd. de este árbol—. Con énfasis me lo repitió dos veces y había tal expresión en su semblante, que no me quedó la menor duda era capaz de hacerlo. Me volví en busca de mi sombrero para retirarme, pero con palabras amables me pidió que continuáramos la charla, dándome todo género de excusas. Agregó otros detalles muy interesantes que pintaban a lo vivo a este héroe bárbaro de las luchas civiles sudamericanas al estilo de nuestro Facundo Quiroga.

El caso del noble diplomático inglés, no es único. Por el año 1880, llegó a Jujuy en viaje de estudio, un médico italiano Antonio Baldi, con reputación de hombre de ciencia y escritor dentro de su propia patria. Se quedó en Jujuy para siempre. Era no solo un gran médico, sino un filántropo con alma de santo, de los que pocos vienen a este mundo. Entró en el corazón del pueblo en tal forma, que el día de su cumpleaños, todos los pobres y los que no lo eran, se trasladaban a su casa en las afueras de la ciudad en La Tablada a saludarlo. A todos atendía con exquisita cortesía. Al pueblo, lo obsequiaba con carne con cuero abundante, vino y empanadas. Su memoria bendita no ha sido honrada en forma alguna hasta hoy día. Cuando fuí gobernador, dí su nombre al hospital que sirvió en forma casi gratuita como único médico durante años, hasta el día de su fallecimiento. Tenía por toda retribución cien pesos mensuales, que repartía entre los pobres más necesitados. Su acción bienhechora se hacía sentir donde había una desdicha que mitigar. Tan luego como dejé el gobierno, quitaron al hospital su nombre y volvió a llamarse San Roque. Los autores de tal desaguisado, no supieron lo que hacían.

El Dr. Baldi, a poco de llegar a Jujuy, hizo un viaje hasta Humahuaca. De regreso, se detuvo en Tilcara y se convirtió en fervoroso propagandista del clima y bondades del lugar. Allí volvió todos los años por temporadas de uno y hasta dos meses.

Entonces los viajes se hacían a caballo —dos jornadas de diez leguas—. Decía que en ninguna parte se sentía tan feliz como allí.

Años después, llegan a Tilcara dos hombres de ciencia, a la vez poetas y soñadores, los Dres. Juan B. Ambrosetti y Salvador Debenedetti. Se consagran con entusiasmo a revolver y exhumar los restos de las culturas muertas de los primeros habitantes del lugar. Sus trabajos interrumpidos por la muerte, en hora prematura, fueron recordados más tarde por la Facultad de Filosofía y Letras. Un monumento en lo alto del Pucará del pueblo les rinde homenaje. Toda vez que lo veo, a la distancia, de paso por el tren, siento la impresión de que sueña allí con el pasado remoto, el alma bella y grande de estos hombres de ciencia que hicieron escuela, de la que es digno discípulo el Dr. Eduardo Casanova.

Toda la Quebrada, desde que el riel la atraviesa, ha sido lugar de atracción para los hombres de estudio, sobre todo de la corteza terrestre y arqueología y de toda clase de artistas en especial pintores. De los ya muertos, he de recordar a dos maestros, Peláez y Bermúdez, que han dejado hermosísimas telas con motivos de la Quebrada. De los que viven, y que yo conocí hace años son dignos de mención José Antonio Terry y Francisco Ramoneda.

Pero sin duda, el caso más feliz de embrujo de la Quebrada, ha sido el del doctor Ernesto Padilla. Fué a Maimará a poca distancia de Tilcara, creo que en enero de 1925 y desde entonces durante un cuarto de siglo volvió todos los años, en procura de descanso y solaz a su espíritu. Fué un enviado de los cielos. Conocedor de la historia patria, desde los días de la Conquista, el ambiente del lugar habló a su alma, se apoderó de su corazón. Y esto tuvo como resultado, el monumento al Himno y a los ejércitos libertadores, de Soto Avendaño; las columnas recordatorias de 136 combates de la guerra de la Independencia, la restauración del Cabildo de la época del coloniaje en la plaza de Humahuaca; la restauración de todos los templos de Tumbaya al norte; la hermosa obra de la Usina hidroeléctrica en la Garganta del Diablo a espaldas del pueblo de Tilcara y de algo más que en este momento se me escapa, todo lo que puedo certificar porque tales obras se iniciaron cuando fuí Gobernador. Hasta el remoto pueblo de Santa Catalina llegó su acción bien-

hechora. Un día, la posteridad ha de honrar la memoria de este gran ciudadano y recordar su paso bendito por aquellas regiones.

Es que las rocas de la Quebrada, son cual hojas de un libro abierto. Allí el sabio o el que tiene nociones de Geología, lee la historia de la Tierra desde el instante en que en el seno de las sombras, se encendió la nebulosa de cuya matríz nació nuestro sistema planetario.

Cuando el señor Cunard Cummnins me decía que allí dialogaba con las rocas y las estrellas, me parecía penetrar en su pensamiento. Las almas cansadas por una vida intensa, que llevan acaso más de un drama oculto en lo más íntimo, junto con el hastío, fruto de la saciedad de los placeres que hacían exclamar a Salomón "vanidad de vanidades", encuentran sin duda en su peregrinación fatigada, lugares que los invitan a un descanso permanente, a sentarse a esperar con tranquilidad la hora del último sueño. Si existen climas propicios para las enfermedades del cuerpo, también los hay que producen efectos sedantes en las almas, climas y paisajes que sin darnos cuenta acaso, nos hacen volver la mirada al azul de los cielos, perdernos en el infinito y de allí lanzar requerimientos desesperados a todos los rincones del universo, por si encuentran quien los oiga, por si llegan hasta el Ser Omnipotente que nos hizo el obsequio de una vida que no pedimos.

EL RIO GRANDE

Acaso sea en la República Argentina y en todo Sud América, un caso único: sus aguas son sagradas casi como las del Jordán bíblico; corren mezcladas con ellas, la sangre y las lágrimas de la patria. Nacido en un rincón del abra donde empieza la Quebrada de Humahuaca, en la entraña misma de los Andes, es al principio el cristal de una vertiente alegre y cantarina que revienta entre las grietas de rocas duras a 3.500 metros de elevación. Sigue el curso cuesta abajo, por el fondo de la Quebrada, engrosado con las corrientes que recibe de los flancos.

En invierno, es un caudal escaso, pero suficiente para fecundar los campos de la Quebrada, hasta cierta altura de los cerros. Se conoce el trayecto que sigue el agua en las faldas, por la línea de álamos y sauces erguidos como centinelas que cumplen una consigna. Y a fe que la cumplen, porque moderan la violencia de los vientos y defienden las quintas de duraznos, manzanos, peras y otros frutales, que parecen a la distancia alfombras o ropas tendidas a secar, en el cuerpo quebrado de la montaña cual salpicaduras de primavera en la sábana sin vida del yermo desolado.

Los sauces llamados llorones, son una nota del paisaje, que hiere la imaginación; tienen la copa ancha y flexible, vuelta en la dirección que soplan los vientos aprisionados que barren la Quebrada.

Semejan una mujer de rodillas que llora una pena sin consuelo, con la cabeza baja y los cabellos caídos sobre la frente. De los cardones, otra nota característica de la Quebrada, me he ocupado en un capítulo especial al principio de este libro. An-

clados en las grietas de las faldas y cumbres cual viajeros cansados que escalan la rampa casi vertical y desolada.

Al llegar al lugar denominado "El Volcán", la corriente se precipita como un torrente despeñado, hasta aquietar su curso en la parte honda del valle, a cuya cabecera se encuentra la ciudad de Jujuy, donde se le reune el río Chico. Entonces ya es un río de cuenta que recibe la contribución de las corrientes del Volcán, León, Yala y Reyes.

En verano, este caudal se convierte con las lluvias en turbión de barro y piedras, que tiñen las aguas de rojo subido o de color lechoso, según los lugares que atraviesan.

Por ser la Quebrada de Humahuaca el zaguán que comunica el Norte Argentino con Bolivia, ha sido durante los siglos de la Conquista, el camino trillado por las corrientes colonizadoras que penetraron a nuestro territorio y después de más de cien años de lucha con los hijos de la tierra, la senda obligada de toda suerte de viajeros, así como la arteria madre de un comercio activo entre las pampas y los bosques argentinos, con los pueblos del Alto y Bajo Perú, comercio alimentado ya el año 1650 por el tráfico de 60.000 mulas, según el más acreditado historiador de la Conquista, el Padre jesuita Lozano, de cuya "Historia del Río de la Plata y del Tucumán" dice Juan María Gutiérrez, "es un monumento patrio".

En sus aguas, han abrevado no sólo los soldados de la "Entrada" de Diego de Rojas y las que le siguieron hasta fines del siglo XVIII, sino las caravanas de pacíficos pobladores que de España vinieron por vía Panamá a fundar muchas de las ciudades capitales hoy día de las provincias argentinas. Cuando estalla la Revolución de Mayo, por allí fueron los ejércitos de la patria al Alto Perú, desde el año 1810 con Ortiz Ocampo y Castelli, los Balcarce y Belgrano, hasta el año 1825 al mando del general Arenales, cuando terminó la última resistencia del poder español en América, después de la muerte del general Olañeta en Tumusla.

En el Río Grande, han apagado la sed y encontrado alivio durante tres siglos, los conquistadores, tronco de las familias más caracterizadas de todo el país. El curso del río, ha sido campo de batalla durante quince años de combates diarios, en los que se luchaba cuerpo a cuerpo con sable y lanza. No existe un

palmo de tierra en toda la playa del río que no se haya enrojecido con la sangre de soldados españoles y criollos. Bajaban éstos como un alud de las faldas de las montañas, dando alaridos salvajes, en sus nerviosos potros serranos y después del entrevero, volvían a desaparecer en las grietas y valles que desembocan en la Quebrada. Esa resistencia homérica, a la que hasta hoy ni la historia ni nuestros gobernantes, le han dado la significación que tiene, hizo posibles los triunfos de los ejércitos que con San Martín y Bolívar emanciparon el Continente.

Pero hay más aún; en 1841, la dignidad, el honor y la libertad del pueblo argentino, iban en procesión fúnebre, camino del destierro, llevando el cadáver del general Lavalle, asesinado en Jujuy. La contra-revolución de Mayo había triunfado con Rosas y la noche se había cerrado en todos los horizontes de la patria. El cadáver del héroe de Chacabuco y Maipo, de Pasco, Río Bamba y Pichincha, fué descarnado en Huacalera, a orillas de una corriente que baja de la montaña y se pierde en el Río Grande.

El corazón, colocado en un vaso de tierra cocido, fué depositado debajo del altar de la iglesia vieja del pueblo. Hacía tres días que el cadáver venía desangrándose por la playa del río o del camino que lo bordea. Era sangre del corazón de la patria, que lloraba el triunfo del crimen y la muerte de la libertad.

Dos siglos atrás, en el lecho del mismo río, en la Puerta de Purmamarca, murió a manos de los indios el legendario conquistador del Tucumán Juan Gregorio de Bazán. Y en Humahuaca también, terminó sus días el recordado Padre Lozano cuando iba a Sucre a defender un pleito de la Compañía de Jesús. Ved cómo, las aguas del río, y las arenas de la Quebrada, están santificadas por la sangre de los que han fundado la nacionalidad desde sus albores, hasta los días aciagos de la Organización Nacional. Se puede decir en verdad, que por allí ha pasado la historia en sus horas iniciales y más cruentas. En resumen, las aguas del Río Grande, han sentido latir el corazón de nuestros progenitores, células primarias del alma nacional; el de los soldados, Jefes y caudillos de la Revolución de Mayo; el de los hombres que debían afianzar y traducir en hechos, después de la caída de Rosas, los ideales de la Revolución. Por allí pasaron entre otros hombres notables, siendo niños, los que

fueron después presidentes de la República, el General Julio A. Roca y el doctor Nicolás Avellaneda, cuando sus familias regresaron del destierro. El doctor Avellaneda, recordaba siempre su paso por la Quebrada y decía que se llamaba a Tucumán el Jardín de la República porque no se llegaba a Jujuy.

En todo el trayecto, se conservan las viejas casonas de estilo español, al borde mismo de la senda que costea las montañas y las corriente del río, tal como eran hace tres siglos. Desde niño, tuve la preocupación de que en los anchos paredones, vibra todavía el insomnio de los hombres que nos libertaron.

En mis viajes a caballo, cuando no había tren, al entrar en las montañas me parecía ver levantarse las sombras de Mariano Moreno, siendo niño, camino de Chuquisaca y de los Generales Belgrano y Cornelio Saavedra, Ortiz Ocampo, Pueyrredón, los Balcarce, Alvear, Güemes, Rondeau, José María Paz, Martín Rodríguez, Rudecindo Alvarado, Lamadrid, Necochea, Dorrego, Manuel Eduardo Arias, Juan Antonio Rojas, Alvarez Prado, los Gorriti, el Marqués Campero, Francisco de Uriondo, Urdinenea, Las Heras, Cornelio de Zelaya, y tantos otros que se mueven afanosos en los trajines de la guerra, dando órdenes de carga, o haciendo rezar el Rosario a la tropa, o cantar alrededor del *vivac* canciones guerreras. Y veía también la sombra de los soldados españoles que por miles encontraron allí su tumba. Me parecía que estaban caídos agonizantes, puesto el recuerdo en la patria lejana y todo lo que en ella amaron. Allí iban cabizbajos, por el áspero sendero, en derrota, los generales Pezuela y Tristán, el Virrey La Serna y Jerónimo Valdéz, Olañeta y Marquiegui, Canterac y Gerónimo Espartero y todos los jefes y oficiales que al regreso a su patria, se verían después de tantos sacrificios, enlodados con el mote despectivo de los "Ayacuchos".

OTRA NOTA DE LA QUEBRADA.
LAS TROPAS DE MULAS

Los que conocen la historia de la conquista, saben lo que dije antes, que durante siglos, las tropas de mulas que se formaban de preferencia en las provincias de Santa Fe, Córdoba y Santiago, eran la fuente principal, el nervio de la vida de toda la inmensa zona que se llamaba Córdoba del Tucumán, que comprendía una tercera parte de lo que es hoy la República Argentina.

Alrededor de estas tropas, que en el siglo XVIII llegaron a sumar hasta ochocientas mil mulas por año, giraba el porvenir y la fortuna de los hijos de la tierra. Las llevaban en parte cargadas con frutos del país, que vendían en el Alto y Bajo Perú. La Lima del juego y la diversión, era el sueño de todos los arrieros entre los que figuraban miembros de las familias más selectas de los pueblos del Virreynato. Iban con ellas hasta comerciantes de la Banda Oriental y del Paraguay. Llenaban estas tropas las funciones que hoy desempeñan los ferrocarriles, autos y aviones.

El largo trayecto, estaba sembrado de fiestas y aventuras de la más variada naturaleza. Las tropas iban mermando, en ferias comerciales célebres como las de Sumalao en Salta, de la Tablada en Jujuy y de Huary en Bolivia, ferias en las que los viajeros vivían en orgías desenfrenadas durante diez y quince días, alternando los bailes criollos con carreras de caballos, riñas de gallos y toda clase de juegos de azar. Durante las fiestas, no dejaba de sonar día y noche el bombo, las cajas, los herques, las quenas, flautas, acordeones, arpas y guitarras, en

carpas al aire libre, en las que se bebía y bailaba como he dicho, en verdaderas bacanales.

Yo he alcanzado a divertirme en grande —pero decentemente— en estas fiestas, llamadas de "las pascuas" que se celebraban en Jujuy en seguida de la Semana Santa y que perduraban todavía con fervor en el año 1895, siendo suprimidas en 1910. Allí se daban cita además de los dueños de tropas de caballos, mulas y asnos, la gente alegre y de mal vivir de Córdoba, Santiago, Tucumán, Catamarca y Salta. El dinero corría en abundancia en las mesas de juego al aire libre y en las carpas, donde lucían la habilidad en los bailes criollos, mujeres y hombres de todas las provincias, sin otra preocupación que la de la alegría estimulada por el alcohol y el amor sin freno. La gente decente, celebraba estas pascuas en reuniones familiares íntimas y bailes en el Club Social.

Estas ferias, parecían un desahogo o desquite, a los días de contrición y penitencia, de la Semana Santa. Las viejas de entonces, solían decir, "que el que reza y peca empata".

En tiempos de la Colonia se vendía parte de las tropas en la larga travesía y se reservaban las que se creían necesarias para traerlas cargadas con las mercaderías que venían de Europa vía Panamá, hasta Lima por el Callao. A lomo de mula, se traían hasta pianos y otros muebles pesados, enseñando para ello parejas que tenían el mismo tranco y alzada, que caminaban cargadas a la par y se les daba el nombre de pianeras. Y esto aconteció durante siglos, hasta que después de la guerra del Pacífico, hace más de sesenta años, la ruta del comercio con Bolivia quedó cegada del todo por la construcción del ferrocarril que costea el Pacífico desde Chile. Esta ruta comercial principió a languidecer y morir, cuando se abrió al comercio libre, el puerto de Buenos Aires.

Al llegar aquí, me viene a la mente, lo que me contaba un viejo tropero sobreviviente de los que viajaban hasta el Perú. —Era enternecedor, me decía, sentir como las mulas añoraban los campos de nuestras selvas y pampas, tan luego penetraban en el "despoblado", es decir, en la región de las punas. Pasando La Falda del Volcán, en la Quebrada de Humahuaca, las mulas en número de quinientas a mil, que contaba cada tropa, al caer las sombras de la oración, principiaban a relinchar en forma

que parecía llanto, desahogo o lamento. Y eso sucedía, agregaba, en toda la travesía. A mí me parecía, al sentirlas, que mi alma se ponía a tono con las de las mulas, porque también recordaba con profunda tristeza el pago y las personas queridas que allí había dejado. Usted sabe lo que significa dejar los bosques, donde todo es vida, para entrar en las punas áridas que parecen reflejos de las almas donde ha muerto toda esperanza. Vea niño, me decía, para saber como se quiere la *tierra,* es necesario irse lejos por algún tiempo; más de una vez, se me han corrido las lágrimas, a mí que no sé llorar, cuando en pueblos de la travesía, me encontraba con paisanos que cantaban con la guitarra, aires de la tierra.

Permítaseme que abra aquí otro paréntesis. Siempre he sentido una profunda compasión por las mulas, a las que el progreso humano tanto debe, porque son sin duda los seres más desdichados de la tierra. Y pienso así, porque son éstos los únicos seres vivientes, que no conocen el amor cual si pesara sobre ellos una maldición de los cielos, dado que el amor es acaso la única compensación a las peores desventuras de este mundo. La mula, parece haber traído el sino de sólo sufrir. Ocúrreseme que sus almas son, las de los hombres que en su paso por la vida, no alentaron o sintieron ningún ideal, seres sin Dios, ni patria, ni familia, a los que el Supremo Hacedor, en castigo, cuando mueren, los destina a peregrinar dentro del cuerpo de estos irracionales.

Voy a dar fin a este Capítulo diciendo que caballos y mulas, sobre todo las mulas, merecen una página elocuente y sentida entre las de nuestra historia, no sólo por su contribución en la conquista de la libertad y el progreso general, sino también bajo el punto de vista moral. Durante siglos, hasta la llegada del ferrocarril, poseer en nuestro país un buen caballo de silla o una mula de buena marcha, significaba un lujo igual al de ser hoy dueño de un lujoso automóvil. En los tiempos del coloniaje y hasta la mitad del siglo XIX, hombres y mujeres tenían por fuerza que aprender a manejar un caballo, lo que se traducía en los placeres sin igual de la equitación y en un vigor físico que no lo proporciona tan completo ningún otro deporte según los higienistas. Por otra parte, aprender a manejar un caballo, o mula con mayor razón, tiene como resultado vigo-

rizar el carácter. Sólo un valiente, es capaz de domar un potro y los flojos se convierten en guapos en esta tarea. No lo dudéis: el valor legendario de los argentinos de otros tiempos, tenía mucho que hacer o venía de su destreza forzosa en el manejo del caballo.

Eduardo Wilde, en su estilo irónico y juguetón, hacía el elogio de las mulas, que en tiempo de su juventud eran medio de locomoción indispensable en lugares de montañas. Decía, que se puede viajar con los ojos cerrados entre desfiladeros y abismos con la completa confianza de que la mula no se ha de despeñar, lo que no sucede con el caballo y lamentábase de que nuestros gobiernos no tengan a su frente mulas que conduzcan al pueblo en los momentos más difíciles.

Por su parte el general Lucio V. Mansilla, en su libro "Excursión a los Indios Ranqueles", dedica un sentido elogio a la "mula patria", mártir semejante al soldado raso, de los tiempos en que escribe.

Ved ahí los cimientos sobre los que descansa la grandeza nacional: primero, las mulas y los caballos; después, las carretas, carros y galeras arrastradas por caballos y mulas, hasta que llega la hora del tren y por último del avión. Estos medios de locomoción llenaron un destino insustituíble dentro de la marcha del progreso argentino. Nuestra civilización, el poder de nuestras industrias y comercio descansa, repito, sobre el sacrificio de mulas, caballos y bueyes y sobre los hombres y miserias de los oligarcas aristócratas de los desiertos que conquistaron desnudos las pampas y las selvas en lucha a muerte con los indios, las fieras y las sabandijas, con toda clase de enfermedades sin médicos ni remedios, con el hambre y la sed, el abandono y un desamparo muy semejante al de Robinson Crusoe en su isla solitaria. Y esto, durante tres siglos hasta que llega la hora de la guerra de la emancipación, para continuarla después más cruel y despiadada con los tiranos y tiranoides de los aduares que han servido de plantel y simiente a nuestras ciudades.

La República Argentina, conviene hacerlo notar, no ha conocido otra clase aristocrática hasta hace medio siglo, que la formada por los hijos de los que han conquistado los desiertos y la libertad con su sangre. Fueron los descamisados del ayer

borrascoso. Acaso, mañana, los hijos de los llamados descamisados de hoy, serán también aristócratas y oligarcas para los que habrán de venir de lejos, al amparo de la generosidad de la vieja Argentina, a disfrutar de los beneficios de la mesa servida.

No se debe mirar con lástima ni menos con desprecio el pasado por su miseria. Cada hora en la vida de los hombres y de los pueblos es el resultado de cantidad de factores que arrancan de muy lejos, como el grado de cultura, la pobreza o abundancia de las sociedades, el desarrollo del comercio y de las industrias, de las ciencias y de las artes. Aquí como en todo Sud América, no teníamos nada. Todo había que hacerlo principiando por la conquista de la tierra en poder del salvaje. Merecen veneración los nombres sagrados de los que no conocían la tranquilidad del sueño, por el temor al malón del indio y más tarde al atropello de los déspotas. Somos hijos de oligarcas aristócratas que no conocieron cloacas, ni baños calientes, ni tuvieron colegios, ni universidades, ni libros, ni prensa, ni industria, ni comercio; que tuvieron que hacerlo todo, sin dinero, ni ayuda de nadie. Los que han vivido muchos años, como el que esto escribe, sabe que lo realizado en todo sentido ha sido obra de titanes. La imaginación más fertil no puede formarse idea aproximada sobre lo que era la República Argentina hace sesenta años. ¡Qué decir de más atrás!

Otra deuda no saldada

Sigo mis recuerdos como acuden a la mente. La Universidad de Chuquisaca o Charcas, fué hasta los días de la Revolución, el foco de luz de mayor prestigio que alumbrara el Continente Sudamericano. Allí abrevaron su saber la mayor parte de los hombres que encendieron la tea de la Revolución, principiando por Murillo en 1809. Allí nutrieron su cerebro y corazón Mariano Moreno, Juan Ignacio Gorriti y Teodoro Sánchez de Bustamante. De los 22 diputados que en Tucumán juraron la declaración de la Independencia, catorce habían cursado sus estudios en aquella Universidad. Se trata de cosas olvidadas o poco conocidas. ¿No estamos en deuda con esa casa sagrada? ¿No nos obliga nuestra gratitud eterna?

No quiero terminar estos recuerdos sin algunas reminiscencias de episodios de los que soy acaso el último sobreviviente.

A la ciudad de Jujuy, rodean dos ríos, el Chico y el Grande, que bajan del Norte y Oeste de las cadenas del Chañi, que se juntan donde el plano de la ciudad termina en la punta de un triángulo, cuya base se encuentra en la falda de las colinas llamadas del Alto de Quintana, en las que hoy se ha formado un precioso barrio de la ciudad. Está defendido de los ríos, por altas barrancas cortadas a pique.

El aspecto que hoy tienen las dos playas, no es el mismo que tenían hasta el año 1886. En aquella época eran más estrechas y hondas, sobre todo la del Río Grande.

Frente de lo que es hoy la calle Lavalle, una cuadra más o menos de la playa, hasta donde termina la ciudad hacia el Este, estaba poblada de un espeso bosque de sauces centenarios, arrayanes, tipas, guaranes y ceibos cubiertos de enredaderas, entre las que predominaba la que se conocía con el nombre de "tripa de fraile" de delicada fragancia.

A esa lonja de bosque, se la denominaba "El Chingo", que en idioma indígena quiere decir algo así como jardín o paraíso. Era lugar de esparcimiento del pueblo de Jujuy, lo mismo que la "Esquina de Cuyaya" sobre el río Chico de propiedad entonces del señor Cosme Belaunde, donde hoy crece otro precioso barrio de la ciudad. Del hermoso bosque de "El Chingo", no queda rastro ni recuerdo. En el año 1886, llovió en forma torrencial durante los meses de enero y febrero, sin la tregua de un solo día. Desde sus nacientes, el río salió de madre, entró por las calles de los pueblos de Humahuaca, de Maimará y de Tumbaya, hizo destrozos en toda la Quebrada. Frente a Jujuy, la playa de más de dos cuadras de ancho estuvo llena de barranca a barranca mientras duraron los lluvias. Cuando cesaron, donde era bosque maravilloso, no quedó más que una sábana de piedras y arena.

Con la playa del río Chico aconteció lo mismo. La cinta de cristal del río, serpeaba entre ceibos y otros árboles de copa baja como los guaranes, tuscas, churquis, sauces y sunchos.

Después de las crecientes de ese año, no quedó ni rastros

de vegetación de ninguna clase. Debía hacer más de dos siglos que no llovía en forma parecida por la edad de los árboles que arrastrara la creciente.

Cuando fuí Gobernador de Jujuy, me cupo en suerte ver hechas las defensas de la ciudad por la parte del Río Chico que año a año socavaba las barrancas. Mandé hacer estudios para una defensa del río Grande y ver de restaurar el bosque de "El Chingo", defensa que partiendo de la esquina Sud del puente Pérez debía terminar en el extremo oeste de la ciudad. Los estudios fueron hechos y presupuestados por el Ingeniero Gonzalo Correa, de grata memoria, pero no pude conseguir los fondos necesarios del Gobierno de la Nación, ni entonces ni después. El presupuesto de la Provincia en aquella época apenas alcanzaba a tres millones de pesos. Esa obra debe hacerse y se hará sin duda, algún día. En estos ríos, hasta el año 1910 el pueblo de la ciudad y alrededores, en todas sus clases sociales se volcaba en sus playas en busca de las aguas frescas de los deshielos. La temporada de baños duraba desde principios de agosto hasta fines de abril. Cuando las lluvias enturbiaban demasiado el agua del río Grande, los bañistas buscaban las del río Chico de aguas mansas y más calientes que las del Grande.

Estas playas viven en mi recuerdo como parte de los instantes más felices de mi vida. Con niños de mi edad, pasábamos horas enteras jugando en la corriente del río Grande, de mañana y de tarde, cuando no teníamos escuela, o en los meses de vacaciones. Con frecuencia sufríamos quemaduras del sol que nos curaban con almidón y vinagre. En aquellos tiempos, llovía mucho más temprano que ahora. Principiaban las tormentas en agosto. Recuerdo que en los primeros días andábamos en las playas con el pie limpio entre las piedras lo que nos hacía el efecto de pisar espinas. Bien pronto, las carnes se endurecían de manera increíble y hacíamos apuestas a quien corría más ligero y más lejos entre piedras chicas y grandes.

Mi padre gustaba bañarse en el río Grande hasta que se enturbiaba y pasaba después al Chico. Y esto lo hizo hasta el año que murió de edad avanzada en 1893.

Las playas de los dos ríos, están, pues, lejos de ser lo que fueron; los aluviones de piedra y ripio van rellenándolas. Del año 1890 a la fecha, la del río Grande se ha levantado cerca de

2 metros, lo que puede observarse en los pilares que sustentan el armazón del Puente Pérez.

La corriente torrentosa del río Grande, hasta cerca de la ciudad de Jujuy, calma completamente la furia de su curso aún en las crecientes del verano, en las que se hincha en forma extraordinaria, cuando tropieza con las moles del Santa Bárbara y unido con el río Labayén, endereza la corriente hacia el Norte para juntarse en los Chacos con el Bermejo que viene de Tarija. Entonces, convertido en caudal potente, perezoso y soñoliento, corre hacia el naciente entre bosques tropicales, calentados por un sol de fuego y oro o alumbrado por los rayos de la luna que se filtra por los claros de árboles gigantes que dan a la selva dormida, expresión de infinita dulzura y melancolía. ¡Qué ciudades se levantarán en tiempos no lejanos en sus márgenes!

JUJUY EN EL AÑO 1886

Recuerdos llaman recuerdos y sigo mi narración en el orden que acuden a la mente. Dice un adagio "que el que canta, su pena espanta" y yo escribo para no morir de pena. Existen nostalgias que refrescan el alma marchita.

Cuando pienso en el Jujuy de 1886 al 90, se puebla la mente de visiones diría extraterrenas. Entre lienzos azules o de topacio y oro, que parecen caídos de los cielos, veo la mole opulenta del Chañi al poniente, con cumbres de más de seis mil metros de elevación y en el extremo opuesto las cadenas del Zapla que dan la ilusión de levantarse de los abismos. Una aldea de escasos tres mil habitantes, parece que sueña o duerme entre los brazos de las colinas y cerros con árboles tropicales, mientras abraza su cuerpo la cintura de plata de dos ríos.

El capitán Andrews de la Armada Británica que estuvo de paso el año 1825, dice que Jujuy era la plaza de mayor movimiento comercial que encontró en la República Argentina en el trayecto de Buenos Aires al Alto Perú. Y esto sucedía cuando Jujuy había principiado a morir como consecuencia del cambio de ruta del comercio de los pueblos del Virreinato y del éxodo decretado por Belgrano el año 1812, cuando la invasión de Tristán. Había recibido además otras heridas mortales durante la guerra. En el año 1814, el Virrey Pezuela la entregó al saqueo de su ejército y la destruyó en parte. En el informe al Virrey de Lima, le dice que "en Jujuy no ha quedado ni un cajón vacío ni el badajo de las campanas". El 14 de mayo de 1818, Olañeta en un arranque de ira y despecho, ordenó la destrucción de las casas de los patriotas después de entregar la ciudad al saqueo

de una soldadesca desenfrenada. A estos episodios no los recuerda una posteridad poco agradecida. ¿Es porque acaso los ignora? ¿Qué pueblo de la República ha sufrido lo que Jujuy en holocausto a la emancipación del Virreinato y del Continente? Hasta el año 1890, en todas las manzanas aun en las más pobladas, alternaban las ruinas o sitios baldíos, con las casas de mejor edificación. Las ruinas principiaban en la plaza única de la ciudad donde en una esquina se levantaba la histórica iglesia donde fué bendecida la bandera de Belgrano y haciendo cruz al frente, el viejo Cabildo construído en los primeros días del Coloniaje. En la calle Gorriti esquina Belgrano, había una casa de altos en ruinas en cuyo interior habían crecido árboles. En la manzana donde se levanta hoy la casa de Gobierno, no existía más que una casa colonial de adobes en la esquina de Sarmiento y San Martín. El resto de la manzana era también baldío. En la otra esquina de San Martín y Gorriti se levantaba el viejo templo de La Merced anexo a un caserón de adobe que servía de hospital. El resto de la manzana era también baldío. De la calle Gorriti al cementerio, todo era ruinas salvo una que otra casa de adobe misérrima. Donde hoy se encuentra la Estación del ferrocarril, a una cuadra de la plaza, era bosque donde abundaban las liebres y perdices, lugar de atracción para los cazadores. La parte mejor edificada de la ciudad se encontraba dentro del perímetro de las calles San Martín, Belgrano y Alvear, de Este a Oeste y de Gorriti a Senador Pérez de Norte a Sud, en total unas veinte manzanas.

Donde hoy se levanta la casa de Gobierno, había sido propiedad del Coronel Guillermo Marquiegui, cuñado de Olañeta. Era la mansión más opulenta de Jujuy, un verdadero palacio de dos pisos. En el año 1819, los patriotas, en venganza al castigo infligido a la ciudad por Olañeta el año anterior, subieron a los balcones una batería de cañones para saludar al sol de Mayo el día 25. Como consecuencia del estruendo, las paredes se agrietaron y todo el edificio se vino abajo días después. Este episodio lo he oído referir en tertulias en casa de mi padre a ancianos que conservaban recuerdos de los sucesos de la guerra, a su vez oídos de sus padres. En la manzana donde hoy se encuentra el Colegio Nacional entre la Estación del ferrocarril y la plaza, no había más que la casa habitación de D. José Villar. Fué adquirida con el

destino que hoy tiene —Colegio Nacional— en mi administración, el año 1925, por ciento cinco mil pesos.

El martirologio de Jujuy ha sido único en nuestra historia. Fué campo de batalla permanente de 1810 a 1825. Los habitantes de la provincia fueron por turno saqueados y sus campos talados por los ejércitos del rey y de la patria, debido a lo que, todos los vecinos que pudieron emigrar se fueron lejos, de preferencia a Buenos Aires. Más tarde la emigración continuaría como consecuencia de las luchas civiles que encumbraron dominaciones personales. En Jujuy como en todas las provincias pobres, caudillos sin control hasta hace medio siglo, manejaron como si fueran propios, los intereses de los pueblos. Las provincias pobres eran verdaderos aduares gobernados por señores feudales. Muchas de las familias más pudientes y de mayor figuración social del Buenos Aires de hoy, son de origen jujeño, salteño y tucumano.

Hasta el año 1893, el afirmado de la ciudad era un mal empedrado que tenía mucho de playa. Las veredas eran un desastre. Por el centro de las calles corría una acequia y las transversales de Sud a Norte, estaban cortadas por otras acequias que partían por el medio el interior de las manzanas. Con esos hilos de agua se regaban las quintas interiores y se criaban gallinas y demás aves de corral. En el año 1892, el Intendente Sr. Martín Bárcena, empedró la ciudad con cantos rodados menudos y obligó a los propietarios a refeccionar o construir veredas. El mismo Intendente, dispuso fueran cegadas las acequias para poder abovedar las calles. Entonces, se produjo un entredicho, que dió lugar a muchos comentarios, entredicho que se llamó de "Las Viejas". Un grupo de señoras, se quejó al Senador Pérez por la falta de agua, llorando porque se iban a perder las plantas y hortalizas y a morir las aves. El Senador Pérez hizo que el Intendente dejara sin efecto la ordenanza, pero a pesar de ello, Bárcena procedió a darle cumplimiento y cegar las acequias. Así las calles se abovedaron y quedaron en estado transitable para los rodados.

Imagine el lector lo que sería el tráfico con las calles cortadas por acequias cada media cuadra. Por ese entonces, se hizo también el matadero de la Tablada que prestó servicios hasta la construcción del nuevo en San Pedrito. El Intendente Muni-

cipal Sr. Agustín Borús, hizo los primeros nichos que se construyeron en el cementerio.

En el año 1890, en el mes de julio, llega el ferrocarril a Jujuy y queda plantado cerca de la ciudad doce años, con el río Chico de por medio. Los viajeros tenían que salvar serias dificultades para llegar a la Estación, sobre todo en la época de las crecientes del río y en todo tiempo por la escasez de coches. Nunca he podido explicarme la razón por la que los representantes de la provincia en el Congreso, no hicieron la gestión para que el tren entrase en la ciudad a sólo seis cuadras de distancia. Fué menester que se resolviera la construcción de la línea férrea a Bolivia, por el temor a la guerra con Chile, para que el ferrocarril llegara a la ciudad en septiembre de 1903 [1].

De la pobreza del Jujuy de entonces, podrá formarse una idea el lector al tener en cuenta que el presupuesto de gastos todo entero, apenas alcanzaba a la suma de cien mil pesos. Cuando era Gobernador don Eugenio Tello el año 1884, ganaba 120 pesos de sueldo, el Ministro General de Gobierno ochenta pesos y el cargo de Presidente del Tribunal de Justicia que desempeñaba mi padre, ad-honorem. En el año 1894, fué designado Intendente Municipal el ingeniero español Sr. Agustín Borús. El estado de las finanzas de la comuna era desastroso por falta de recursos y una fuerte deuda atrasada. ¡El presupuesto era de diez y ocho mil pesos al año! El nuevo Intendente suprimió empleos y gastos que no fueran indispensables. Yo fuí designado Secretario, Tesorero y Contador, con ochenta pesos de sueldo. El Intendente disfrutaba de cien. Los otros empleados, eran dos Inspectores, los Sres. Fidel Ortega con cincuenta pesos y José Ricotti con treinta. Ese año 1894, se dió principio a la construcción el Hospital San Roque, la única obra nacional además del puente Pérez, que se hizo desde la revolución de Mayo hasta el año 1912 en que se construyó la Escuela Normal de Maestros con fondos votados por el Congreso, para ayuda a las provincias pobres, con motivo del centenario de la revolución. Con

[1] El Sr. Plácido Aparicio ha dado a luz un trabajo bien documentado en el que se hace la relación de las obras públicas hechas en Jujuy de los años 1890 a 1927 y sobre quienes las hicieron. En estas líneas se salvan algunas omisiones.

fondos de la misma procedencia se prestó ayuda a la construcción del Club Social que se hacía por acciones entre los socios y el edificio del Teatro Mitre que se edificaba en la misma forma. Los cuarteles del 20 de Infantería son también de entonces.

¿Qué reproche se puede hacer a los hombres del pasado porque no hicieron obras que reclamaban la inversión de ingentes sumas de dinero? Los que tal hacen, proceden como el niño que cabalgando en hombros del padre, gritara engreído: ¡soy más alto que papá! ¡Pero si el presupuesto de la nación del año 1890, era de sesenta y ocho millones de pesos, tanto como el que tuvo la provincia de Jujuy en el año 1951!

Por entonces, el Obispo Monseñor Pablo Padilla y Bárcena, fundó con dinero propio el "Asilo del Buen Pastor", que además de ser refugio y escuela de menores desamparadas, ha prestado y presta servicio como cárcel de mujeres.

Creo fué en el año 1896, que se fundó la Biblioteca Popular en un cuarto de la calle Lavalle frente a la casa donde fué asesinado el General. Se debió a la iniciativa y acción del señor Delfín Puch; tiempo después, se trasladó a un local más amplio en la calle Belgrano al llegar a Otero, hasta que por gestiones empeñosas del señor Arturo Mendoza, se adquirió el local que hoy ocupa: una casa vieja que fué refeccionada o rehecha en distintas épocas.

Debido también al entusiasmo de Mendoza se crearon las bibliotecas de Perico del Carmen, San Antonio, San Pedro, Ledesma [1] Tumbaya, Maimará, Tilcara, La Quiaca y Yaví.

En el año 1912, fué honrada la memoria de Delfín Puch, fallecido un año antes, con un magnífico funeral cívico celebrado en el mismo local de la biblioteca. A Mendoza, nadie lo ha recordado hasta ahora. Fallecido en San Pedro el año 1919, sus restos descansan en el cementerio de Jujuy.

Hasta el año 1924, la provincia no tenía caminos. Eran sendas con hondas huellas cavadas por los rodados, que se ponían intransitables en el verano, porque se convertían en zanjas profundas debido a las lluvias.

[1] Pueblo Ingenio.

En el año 1926, se terminaron varias obras de trascendental importancia, el asfaltado de toda la ciudad, las cloacas con desagüe en San Pedrito y las defensas del río Chico, que significaron el saneamiento de la ciudad. Tuvieron como consecuencia la casi completa desaparición del paludismo y otras fiebres que eran una verdadera maldición. Entonces se hizo también la penitenciaría en San Pedrito; casa de aislamiento para tuberculosos; el parque San Martín y gimnasio anexo; las avenidas sobre el río Chico y Grande y la que va al cementerio por la calle Belgrano; los edificios del Banco de la Nación e Hipotecario. Se dió principio a la construcción del Colegio Nacional; se terminó el Salón de la Bandera, en la Casa de Gobierno; se hicieron los baños públicos en la ciudad y banda del Río Chico; así como varios puentes sobre arroyos y ríos. Se terminó el dique de "La Ciénaga" en Perico, obra que había estado abandonada catorce años. Se hizo el criadero de chinchillas, zorros plateados y alpacas cerca de Abra Pampa; se adquirió el campo que hoy sirve de aérodromo en el campo del Comedero; las Termas de Reyes y campos adyacentes. Se adquirió también el hermoso campo de la finca de Castañeda de trecientos metros de frente por diez y seis cuadras de fondo que sirve de gimnasio y polígono de tiro. A partir de ese año, la provincia marcha adelante a pasos acelerados.

Parece un sueño pensar en lo que la provincia fué veinticinco años atrás. Tenía entonces un presupuesto de tres millones de pesos y hoy es de sesenta y ocho millones, sin tener en cuenta los de las Municipalidades de la Capital, San Pedro, Ledesma y La Quiaca, que suman decenas.

De seguir así, no hay duda que después de cincuenta años, Jujuy será la primera maravilla del país y acaso de Sud América. La planta de la ciudad, tiene cinco planos superpuestos desde San Pedrito al "Alto de Quintana", con tres gradas hasta las que llega el agua desde la quebrada de Reyes. Las faldas de las colinas y cerros se poblarán de casas que habrán de dar la impresión a la distancia, de haber sido edificadas al borde de abismos o de ser jardines flotantes, porque donde quiera brota el agua o puede ser llevada hasta las cumbres, desde los ríos que la bordean.

LA APACHETA [1]

Santuario, abierto al aire y al sol, cubierto con frecuencia de escarcha, nieves, nubes y brumas, tu altar es el cuerpo de la montaña que descansa en la entraña caliente del globo. En tus muros, formados por las cordilleras que se quiebran y pliegan en todas direcciones, fermentan y nacen ciclones, vientos y tempestades. Tienes por techo la comba salpicada de estrellas de los cielos y el cinturón de la vía láctea, en el vientre de las sombras.

Recibes el incienso de la plegaria fervorosa del hijo de la tierra. La esclavitud que le impusiera la dominación de los "bárbaros del Este", con los Pizarro, los Almagro, los Valverde y Compañía, héroes bandidos, analfabetos, ávidos de oro y rapiña, no han logrado borrar de su corazón el culto a la Madre Tierra y al padre Sol, a Pachamama e Inti, a Illa Tecce y Pachacamac, creador de los mundos, dios de dioses que pueblan el Universo, al soplo caliente del amor.

Después de cuatro siglos, no pasa el indio por la cumbre, encrucijada de caminos que confluyen de los valles hondos a las punas áridas y desiertas, sin depositar su ofrenda en el montón de piedras de la Apacheta, junto con el incienso de un ruego, para que lo ampare en la lucha por la vida tan dura, áspera y triste del hijo de las montañas, hermano del cóndor y del puma: ¡Pachamama! ¡Kusiya! ¡Kusiya! [2].

[1] Altar de adoración a la madre tierra ("Pachamama").
[2] Madre - ¡ampárame!

Yo también he rendido culto a Pachamama e Inti, en los altares de la montaña, al trasmontar las abras de Pives, Huachichocana y Cortaderas, de paso para los minerales de Tres Morros, al borde de las Salinas Grandes o camino de Bolivia, por las cuestas que llevan a los hermosos valles del departamento de Tarija.

Mi compañero de viaje

Eran las tres de la tarde de un día de enero del año de 1903, cuando llegué a una cumbre que atraviesa el camino que de Pumamarca lleva al Moreno, donde se encuentran los minerales de borato de Tres Morros.

Me acompañaba un criollo del lugar que vivía en viajes continuos por esas regiones. Tan luego hicimos alto, se desmontó de la mula, y con el sombrero en la mano, levantó del suelo una piedra, la arrojó al montón de la apacheta y en seguida hojas de coca a medio mascar. Luego, como un autómata, olvidado del mundo, se puso de rodillas ante el altar de piedra y oró por breves instantes, inclinada la cabeza hasta cerca de la tierra.

Hecho esto, se fué a desensillar las mulas para darles un breve respiro, mientras hacíamos un frugal almuerzo.

La devoción del criollo, agregado al espectáculo majestuoso que tenía por delante, me estremecieron las fibras del corazón. Mientras abría una lata de sardinas, dije al peón: —Oye Sebastián, veo que no has perdido las creencias de tus antepasados, y te felicito por ello. ¿Tú crees en la existencia de la Pachamama y del Inti?

—Sí, patrón, —me respondió con palabras que salieron de su boca como si fueran de plomo—. Cómo no he de creer en lo que siento a toda hora en mi sangre y corazón.

Escuché a mi hombre con asombro. —¿Has tenido escuela?

—Sí, señor, hasta segundo grado, en Purmamarca, pero donde más aprendí, fué en la escuela del 20 de Infantería como conscripto de la clase del año 1876.

Comentando este episodio, años después, con Leopoldo Lugones, me decía que los hombres más inteligentes, de observaciones más agudas y sagaces con que había tropezado en su

vida, habían sido analfabetos[1]. ¡Cuán amargas reflexiones sugiere la observación de Lugones! Un talento sin educación, ni cultura, es un tesoro perdido, a lo que debe agregarse, que cuando se pervierte y consagra al mal, se traduce en la peor maldición para sus semejantes.

En la travesía

Tenía en esos momentos, el espíritu sacudido por fuertes emociones. Esa madrugada, mientras el peón ensillaba las mulas en Purmamarca, precioso jardín perdido en un rincón de la Quebrada de Humahuaca, a cuatro kilómetros de la línea del ferrocarril, mi amigo Rosendo Aramayo, un criollo completo, vivaz, de mente despejada, en cuya casa me había hospedado el día antes, me dijo: —Vea señor, no es prudente que se aventure hoy en el Abra; puede ser sorprendido por una tempestad que en estos lugares llevan en sí un riesgo semejante al de jugar la vida en un campo de batalla. Ha de saber Vd. que en estas regiones, todos los años mueren víctimas de los rayos, hasta cuatro y más personas y eso ocurre de preferencia con los que vienen de lejos, porque no oyen las advertencias que se les hace de no exponerse en los días de tormenta.

—Y ¿por qué cree que habrá tormenta? —Mire, señor, el penacho de humo sobre la cumbre de aquella montaña, —me respondió señalando un cerro hacia el naciente—. Cuando ese pico amanece arrebujado en nubes como hoy, es segura la tempestad entre las tres y las cinco de la tarde. Además, hasta esta hora, no se ve un cóndor en las peñas cerca del valle, señal que sienten lo que ha de venir. Lo mismo ocurre con los zorzales y calandrias; parece que estuvieran escondidos entre los árboles. Tampoco han bajado las bandadas de pajarillos que como enloquecidos se descuelgan a los rastrojos a esta hora. Son los más sensibles y miedosos. —Y concluyó: —Me permitiría aconsejarle que no se exponga y se quede hasta mañana. Así repetiríamos el bailecito de anoche que fué tan de su agrado.

[1] Puede dar fe de lo que digo, el Dr. Benito Nazar Anchorena, que oyó lo mismo a Lugones.

—Y tú, ¿qué opinas? —dije al peón. —El señor tiene razón —respondió—; pero creo que la tormenta no ha de estallar hasta las tres y que con las buenas mulas que llevamos alcanzaremos la cumbre antes de esa hora. —Pues arriba, —dije. Cabalgamos y dimos principio al repecho de la inclinada cuesta.

Purmamarca

Antes de seguir adelante, quiero abrir un paréntesis y dedicar un recuerdo a Purmamarca. Era por entonces el más precioso jardín de la Quebrada de Humahuaca. Ignoro lo que será hoy, después de casi cincuenta años. Me dicen que ha sufrido mucho con los volcanes de barro en los últimos tiempos. En sus quintas, crecían, al parecer silvestres, claveles, alelíes, lirios, azucenas y una especie de flor del aire, pegada a la tierra y a las rocas, de exquisito perfume. Antes de la conquista, había sido lugar preferido de reunión de los caciques de la cordillera hasta Arauco y de allí salían a asaltar las caravanas que iban y venían del Alto Perú en dirección de los bosques del Tucumán, hasta que el fundador de Jujuy, don Francisco de Argañarás y Murguía, aseguró el camino de La Quebrada, con un golpe de mano audaz, en instantes en que el célebre cacique Viltipoco que irradiaba influencia decisiva hasta Chile por el Sud y los valles del Oriente de Bolivia por el Norte, fué sorprendido y hecho prisionero mientras dormía en Purmamarca, junto con once caciques listos para caer sobre la ciudad fundada por tercera vez el 19 de abril de 1593.

Viltipoco, a pesar de los cuidados y atenciones que se le prodigaron en la cárcel, en la que se le permitía la compañía de su esposa, murió al poco tiempo de tristeza, cual cóndor prisionero, mientras lo llevaban a Santiago del Estero para ser juzgado. Las tribus de la cordillera, lloraron mucho tiempo la muerte de este montañés pujante y bravo, que se creía hijo o hermano de los vientos y de las tormentas con sangre de cóndor y corazón de jaguar. No pudiendo honrar su cadáver, sus funerales se hicieron en forma simbólica, enterrando en las cumbres un puma y un cóndor, a la luz de fogatas encendidas por muchos días y noches. Las lágrimas de los hijos de las montañas, mojaron las tierras de los pucarás, y su llanto durante

mucho tiempo se hizo sentir entre los montes que clamaban por la vuelta de Viltipoco. Tenían razón: su instinto les decía que lloraban su libertad perdida.

La puerta de Purmamarca, fué durante los primeros cien años de la conquista, escenario de tragedia. Allí perecieron a manos de los nativos muchas caravanas de españoles, al extremo de convertir a la Quebrada en ruta prohibida. Los viajeros y soldados que se dirigían al Alto Perú o venían de allí, preferían el camino llamado del Despoblado, que tenía su entrada en la parte sud viniendo de la Quebrada del Toro en Salta y por el Norte cerca de Abra Pampa antes de llegar a Esquina Blanca, donde tiene nacimiento la Quebrada de Humahuaca.

En ese lugar, fueron sacrificados los soldados de la vanguardia de Almagro, que se habían aventurado hasta más allá de la boca de la Quebrada, lo que fué motivo para que este conquistador cambiara de rumbo y siguiera el camino de las punas, hasta desembocar en los Valles de Salta.

En la puerta de Purmamarca, murió a manos de los indios el célebre conquistador del Tucumán, Juan Gregorio de Bazán y su yerno Diego Gómez de Pedraza, cuando regresaba con su familia del Perú, en episodio emocionante. El pueblo, o caserío como he dicho, dista pocos kilómetros de la desembocadura del estrecho valle en la Quebrada de Humahuaca. El lugar no podía ser más estratégico, tanto para el ataque como para la defensa. La Quebrada, en esta parte, se encajona y cierra, al punto de que no tiene más de diez o quince metros de ancho. Los indios tenían verdaderas fortalezas en las cumbres cercanas a esta angostura, lo que les permitía descargar sin peligro flechas y piedras desde las alturas de los pucarás, verdaderos campamentos fortificados.

Además, desde allí, dominaban el horizonte hasta leguas de distancia en todo rumbo, lo que les advertía con anticipación la llegada de viajeros o soldados.

De Purmamarca, salieron como he dicho, las *guasabaras*, asaltos o malones, que dieron fin con los pobladores de las dos primeras fundaciones de Jujuy, una el año 1561 con el nombre de Nieva, por Juan Pérez de Zurita; otra en 1575, por don Pedro de Zárate, con el nombre de San Francisco de Alaba,

hasta que la audacia y coraje de Argañarás y Murguía, aseguró definitivamente la fundación en 1593.

Los Pucarás

Desde Jujuy, hasta donde termina la Quebrada de Humahuaca, estos aborígenes tan bravos como los calchaquíes y de los que eran vanguardia, tenían en todas las cumbres de las montañas, en la parte que desembocan al valle, pucarás que eran como he dicho campamentos fortificados.

Las noticias que venían del Perú, se transmitían en pocos minutos, por fogatas encendidas, en estas cumbres. Era un sistema de señales que precedió en este Continente al telégrafo de Morse. Allí vivían los soldados con sus familias. Al lado de sus viviendas, sepultaban sus muertos, de modo que eran esos campamentos cunas y sepulcros a la vez. Tenían estos pucarás algo de nido de cóndores y de guaridas de pumas. Los españoles no pudieron dominar a estos montañeses por las armas. Se sometieron a la predicación del evangelio y eso a medias, hasta que la revolución y la hábil política de los generales Belgrano y Güemes, hicieron de ellos los mejores soldados de los ejércitos de la patria. Jinetes eximios, corrían a la furia del caballo, lo mismo en el llano que por el filo de las cumbres, o por las laderas inclinadas entre abismos y barrancos. Fueron los gauchos de Güemes los mejores infantes y jinetes del mundo, al decir del General español García Camba. Y ahí están todavía, los restos de los pucarás, nidos deshechos en los que lloran los vientos la muerte de los dioses de las montañas. La luz de la luna amortaja estos sepulcros, mientras el río entona en el fondo del valle la elegía de los duelos eternos.

La puna desolada

Vuelvo a la relación de mi viaje. Al poniente de la Quebrada de Humahuaca, corren de Norte a Sud, una serie de cadenas de montañas cuyas cumbres más altas pasan de los 6.000 metros y que toman los nombres de El Aguilar, Chañi, Cerro Negro, Campanario y El Moreno, hasta que se internan en la provincia de Salta y siguen al Sud. Paralelas a estas ca-

denas, se extienden a cien kilómetros de distancia las cordilleras de Granadas, Susques, Cabalonga y otras, que desde la Quebrada del Toro siguen al Norte hasta Bolivia y el ex-Territorio de los Andes, con nevados tan altos como los del Chañi, que el año de 1900, escaló el explorador sueco Nordenskjold y midió 6.100 metros sobre el nivel del mar. El viajero, que desemboca por las Abras de Pives o Huachichocana a estas regiones, queda atónito ante el espectáculo de un lago inmenso, que ocupa en la estación de las lluvias, un área de 300 leguas cuadradas según cálculo del sabio explorador Eric Boman, a tres mil quinientos metros sobre el nivel del mar en medio de arenales que terminan al pie de las montañas. En este lago, desembocan los ríos que bajan de las cordilleras que lo circundan y de algunos que vienen desde las fronteras de Bolivia y del ex-Territorio de los Andes, corrientes que quedan embalsadas en la olla sin salida del lago.

Durante el día, en el verano, el sol es abrasador y la evaporación es tal, que hace del aire un cristal en temblor incesante, lo que es causa de fenómenos de espejismo indescriptibles. De mañana y de tarde tiemblan en el espejo del horizonte, las montañas, mientras las matas de pasto, las aves y animales, toman formas fantásticas. Pueblan la laguna en verano, millares de toda clase de aves acuáticas que nadie molesta ni persigue. A la hora de la tarde, impresiona verlas pasar en bandadas en busca de refugio en los árboles raquíticos que crecen en las faldas, al abrigo de grietas profundas. En invierno, vuelan hacia regiones desconocidas. Por el enrarecimiento del aire, en verano, los días son de fuego, mientras de noche el termómetro baja hasta cero, aún en los días más ardientes. Esas transiciones bruscas, son causa de que la región se convierta en semillero de vientos que por lo general principian a soplar con violencia a las once de la mañana hasta las 3 o 4 de la tarde. Se encajonan en los cuerpos de las cordilleras y salen con ímpetu a los valles por las grietas o ventanas que han abierto las aguas. Las tormentas eléctricas, son aterradoras en verano, lo mismo que los vientos blancos en otoño e invierno. El que tiene la mala suerte de enfrentarse con ellas, ha visto de cerca la muerte en sus peores aspectos. El aire, como dice Boman, está cargado de electricidad. Cuando se frota aunque sea ligeramente los

vestidos o bien el pelo de una mula, se siente en seguida el contacto eléctrico. De noche, las telas o los pelos frotados producen una luz fosforescente muy intensa. La luz de "San Telmo", es un fenómeno frecuente, que aterra de noche. Es una especie de centella que se enciende repentinamente en la sombra, con luz semejante a la de un foco de automóvil. Corre una distancia y luego se apaga.

Un episodio del viaje que olvidé narrar

Tal como lo había previsto Aramayo, a las doce del día, el callejón cerrado y profundo de la montaña, se obscureció en un momento. Soplaba el viento con violencia y pasaban las nubes arrastradas por las corrientes de cumbre a cumbre o resbalaban por las faldas. Por esa razón resolvimos no detenernos a almorzar y apurar la marcha cuanto lo permitía la escasa claridad que alumbraba los precipicios en que podíamos caer y de lo que era nuestra más eficaz defensa la baquía de las mulas criadas subiendo y bajando estas Abras. Llegó un momento en el que resultaba inútil clavar las espuelas a las bestias. Extenuadas de fatiga por el repecho y enrarecimiento del aire, caminaban diez o doce pasos y se plantaban a tomar aliento, sin tener en cuenta las incitaciones del látigo ni de la espuela. A las dos de la tarde, entramos en un manto espeso de niebla que sólo nos permitía ver a tres o cuatro metros de distancia. Tardamos media hora en salir de esta situación que me oprimía el pecho. Era tiempo. Mientras un sol de oro y fuego alumbraba delante de nosotros la parte de la montaña que nos faltaba por escalar, nos llegaba el rumor de las descargas eléctricas de la zona de tormenta que acabábamos de salvar. A poco, el espectáculo se tornó apocalíptico. Un mar revuelto de olas de plomo y mármol con la entraña alumbrada por el parpadeo incesante de los relámpagos, cubría las montañas bajas, y golpeaba las faldas de las más altas. Los truenos parecían que reventaban dentro de un cajón inmenso y sus ecos se repetían y propalaban de quebrada en quebrada y de valle en valle, hasta apagarse lentamente con el tono de una queja, con algo de expresión humana, de amenaza, de rezongo y de tristeza a la vez. El estallido del rayo, en la montaña, no es el mismo que

en la llanura; tiene en las alturas algo de grito o alarido, que se quiebra y desgarra, mientras los ecos parece que traducen la infinita nostalgia o queja de las cumbres, de seres condenados a cautiverio y mudez eterna, que con el trueno se desahogan. En esta parte de la montaña, ya no picaba a la mula. Mudo de admiración y asombro, daba vuelta la cabalgadura y me detenía complacido a contemplar la furia de los elementos embravecidos a no menos de trescientos metros más abajo. De todos los fenómenos y espectáculos de la naturaleza, tales como el mar, la montaña, la pampa y los temblores de tierra, ninguno ha herido mi espíritu de manera más viva e impresionante, que el latigazo del rayo y el parpadeo del relámpago en el seno de la nube. Siempre, en presencia de este fenómeno, he creído encontrarme frente al umbral de todos los misterios. No es un sentimiento de terror que me embarga, si no de estupor, de asombro, de admiración sin límites, cual si viera en acción la mente de Dios y sintiera en el trueno su palabra, un eco de su inteligencia todopoderosa. ¿Y no es la electricidad, acaso, una de las más vivas manifestaciones del pensamiento del Eterno, del alma misma del universo?

Mano a mano con el espíritu de la montaña

Estas emociones debían ser consecuencia de la conmoción espiritual que me persiguió durante horas, al paso tardo de la mula, hasta llegar a los minerales de Tres Morros.

Después de la escena de la cumbre a que me he referido, voces de lo desconocido me planteaban cuestiones como ésta: ¿por qué no asistiría razón al indio, cuando afirmaba que la tierra y el sol tienen alma y eran los dioses más cercanos a nosotros, dignos de toda reverencia y adoración? ¿No incurriríamos la mayor parte de los hombres, en el pecado de la más negra ingratitud, al no honrar como Dioses, a la Madre tierra y al Padre sol, y mirarlos sólo como fuerzas ciegas o materia muerta, al servicio de nuestras efímeras existencias, cargadas de miserias y pesares? ¿Acaso el culto a estos dioses, estaría en oposición con el que nos enseñan las religiones reveladas de los Hindúes, Persas, Chinos y Judíos, predicadas por Zoroastro, Confucio, Moisés, Jesús, Mahoma, y todos los grandes Iniciados?

En esos momentos, me pareció sentir que me hablaba el espíritu de la montaña. Y es que en verdad, a su alma como a la de las selvas, la he sentido con pavor más de una vez. Un terror raro, incomprensible, se ha apoderado de mí en distintas ocasiones en el seno de las montañas o perdido entre los árboles de selvas vírgenes. No por cierto, temor a peligros como el de enfrentarse con una fiera o un salteador de caminos, sino, con algo extraño, indecible, inexplicable. Es que existen cosas inanimadas que parece hablan con claridad y elocuencia, tal como la fisonomía humana presa de ciertas emociones. Así, las rocas de algunas montañas, semejan titanes que duermen, sueñan y sufren, y otras cual seres que con ceño adusto, nos interrogan y nos inquieren las razones que nos llevan a hollar sus frentes y perturbar su calma. Algo semejante ocurre con las selvas poco transitadas o invioladas, que parecen resistirse a ofrecernos paso y penetrar en los misterios de su alma.

Los hijos de las montañas, dicen que existen cerros malos y cerros buenos y no hay duda que es así. En unos, el mareo y la fatiga —lo que se llama en términos criollos el sorocho o mal de montaña—, se hace sentir hasta en los nacidos y criados en el lugar.

En otros, las gentes, acuden desde lejos a curarse con el mero hecho de descansar en las rocas o revolcarse en la tierra. Tal lo que ocurre en Punta Corral, algunas leguas detrás del pueblo de Tilcara.

Se trata, sin duda, de radiaciones que vienen de lo hondo y tienen una influencia buena o mala en nuestro organismo. Pero hay más: los criollos dicen que las montañas conocen y desconocen a las personas y que con frecuencia se enojan con algunos de los que las trasmontan, mientras a otros los protegen y amparan. —Hemos tenido suerte, señor, —me decía en una ocasión un baqueano, al terminar el descenso del Abra de Cortaderas, rumbo al poniente, camino a Bolivia; —el cerro no se ha enojado; tendremos buen viaje—. Y como notara en mí una sonrisa, agregó el criollo: —No se ría señor; hace tiempo aquí, donde estamos parados, una centella mató a un español que llevaba una tropa para Bolivia; murió él y once mulas. Dicen los que lo acompañaban, fué un castigo de la montaña porque horas antes, al pasar por la Apacheta de la

cumbre, por burla, había hecho una indecencia en el lugar en donde debió depositar una ofrenda. Desde entonces, a este lugar, se lo conoce con el nombre de Gallego Muerto. El día que esto aconteció —agregaba el baqueano— el cielo estaba limpio sin asomos de amago de tormenta. Poco después que la tropa dobló la cumbre, principió a entoldarse el horizonte con expresión amenazadora. Cuando los viajeros terminaron el descenso, la tormenta se anunció en la cumbre encima de la Apacheta, con descargas que se sucedían como obedeciendo a un estallido de cólera o al desahogo de un ataque de nervios. Fulminado el Gallego por una centella, la calma se hizo de nuevo. Y te aseguro lector, que no hay fantasía de mi parte en lo referido y que como me lo contaron te lo cuento. Si algún día te internas en las montañas, oirás historias extraordinarias de simpatías y antipatías de las montañas hacia las personas que las atraviesan o son sus huéspedes. Y si te toca en suerte una tempestad eléctrica, sabrás lo que es tener miedo, mientras asistes al espectáculo más aterrante y sublime que es dable concebir. Lo que puedo certificar por observación personal, es que existen montañas o cumbres que tienen la virtud de condensar las nubes y descargar las tormentas. Frente al lugar donde escribo estas líneas, en el fondo del valle de Perico del Carmen, todos los años tan pronto como principia la estación de las lluvias, indefectiblemente las tormentas se preparan en las alturas del Chañi donde nace el río de la Cabaña. En la enorme cadena de montañas donde existen cumbres mucho más elevadas, es el punto donde en un instante se amontonan las nubes, principia el parpadeo de los relámpagos, y descarga la lluvia o el granizo, con el acompañamiento de descargas eléctricas.

Volviendo a mi diálogo con la montaña, parecía decirme su espíritu: —Tienes razón; la mayor parte de los hombres son ciegos, dignos de toda conmiseración. Si no fuera porque recién salvan la frontera atávica de los monstruos, sería como para que la Madre Tierra pasara raya, borrara lo hecho y principiara de nuevo, buscando un molde humano más inteligente, menos malo y bárbaro. Los inmensos tesoros intelectuales de que lo ha armado en potencia, sólo le han servido

hasta hoy, para hacerlo inconcebiblemente desdichado. Los hombres vienen al mundo en medio del más extraordinario de los misterios y milagros; se alimentan de la esencia y sustancia de la Madre Tierra, como las plantas y cuanto vive en ella; reciben del sol el calor y aliento que les da vida, y creen que la tierra que ha hecho tal prodigio, no es más que polvo inerte y el sol una bola de fuego que arde porque sí, para calentarlos y darles luz, calor y vida.

—Y tú montaña, —replicaba yo, a mi vez—, también eres hija de la tierra. —Claro que sí, —parecía responderme—. Me ha parido la matriz inmensa del mar, después de dolores que ninguna inteligencia humana puede concebir. Hace setecientos millones de años [1], que las cordilleras que ves, principiaron a levantar su cabeza hacia el azul de los cielos desde lo más hondo del mar. La tragedia de la ruptura de la entraña materna, sigue hasta hoy, porque se trata de heridas que nunca curan. Son necesarias para la seguridad del planeta que respira por los volcanes y para dar vida al Continente. Nuestro nacimiento —seguía la montaña— era indispensable para nutrir con limo fecundo las pampas hondas, rellenarlas, darles fertilidad, moderar el frío de los polos y el calor de los trópicos. El dolor —seguía—, es la madre del bien, conviene que tú lo sepas, pobre luciérnaga, que cuando hace rato bordeabas los abismos, sentías deseos de arrojarte al vacío, atormentado por anhelos insatisfechos, por el recuerdo de desdichas irreparables. Conviene, sepas, que tus dolores, nada significan ante los que atormentan a la Madre Tierra, Dios en evolución, con un destino a cumplir impuesto por el Señor del Abismo y del Tiempo, desde el día que una nebulosa cuajó en el éter, para dar nacimiento a la familia de mundos de que formamos parte.

—En todo de acuerdo contigo, montaña amiga, que con limo de tus entrañas has formado las pampas y selvas de mi patria, que mandas a los vientos y nutres con tus pechos ubérrimos los ríos que pletóricos de humus desembocan en el océano. En todo de acuerdo contigo, madre y hermana, que sientes los latidos del corazón de la tierra, que dialogas con el

[1] Es cálculo de sabios que han estudiado la región.

mar, las pampas y las estrellas y que un día también habrás de morir después de cumplido tu destino.

Por asociación de ideas, acudió a mi memoria en esos momentos una lectura fresca sobre la religión de Zoroastro y los Bracmanes. Acababa también de leer los libros de Gustavo Le Bon sobre las civilizaciones de la India y los de Michelet y Quinet sobre los cultos de estos pueblos antiquísimos. Recordaba que, para los persas, el Verbo Solar, es el Logos, la divina palabra, el divino pensamiento que anima nuestro mundo planetario. Ese espíritu, ese pensamiento, arde en el sol a quién adoraban. Según ellos, tras del globo de fuego o en su interior, vivía el Gran Espíritu animador del Universo. Nuestro sistema solar, del que forma parte la tierra, —su crisol más denso—, en donde el espíritu y la materia alcanzan una tensión máxima, generando la vida más ardiente, han sido creadas —decían— por la jerarquía de las potestades cósmicas, bajo la inspiración del Dios único, infinito e insondable, el Jehová de los cristianos y el Pachacamac de los Incas, pensamiento que el Génesis traduce con la palabra Elohim, que significa el Dios de los Dioses.

Recordaba tambien, que el profesor Fechner, en su libro "Zaratustra", decía más o menos lo siguiente: cada sol, cada luna, debe tener un alma individual, con una conciencia propia. En nuestro sistema planetario, el alma de nuestra tierra, debe ser sólo una parte de la de todo el sistema. Dios tiene que ser la suma de todas las conciencias, de todos los sistemas de estrellas, que existen en el infinito [1]. Fechner, gran inteligencia, a quién admiraba el célebre filósofo norteamericano William James, cree apasionadamente en el alma de la tierra. Para él, la tierra, es nuestro ángel custodio a quién debemos adoración y reverencia, al que deberíamos orar con la unción de los fanáticos a sus santos preferidos. Según el mismo Fechner, todos los reinos, animal, vegetal y humano, tienen su alma colectiva, su conciencia propia, que son parte de la conciencia del planeta.

Un sabio media cuchara, me decía en cierta ocasión, ponti-

[1] Aquí Fechner cae en el panteísmo puro; no hay duda que la conciencia de los mundos tiene que ser parte de la conciencia divina, pero tampoco se debe olvidar que el Creador, fué antes que la obra.

ficando con la parada y la suficiencia de un dios, que en este mundo no puede existir otra clase de pensamiento ni de conciencia, que la que alumbra el cerebro del hombre, porque sin un cerebro de las condiciones del nuestro, con el instrumento de su masa encefálica, el pensamiento no puede existir. Ni la tierra, ni el sol —decía—, tienen esa materia, y por lo tanto, no pueden tener alma ni pensar. Pero yo, a mi vez, argumentaba: el cerebro del hombre, ¿obra de quién es? ¿No es lógico pensar que tiene que ser fruto de un pensamiento más elevado y poderoso que el que alumbra en el cerebro humano, y por lo tanto obra de algo más grande y delicado que la masa encefálica? ¿Puede ser nuestro cerebro resultado de generación espontánea? Anaximandro y Parménides, hace miles de años, decían que de la nada, nada se hace, ni hay cosa alguna que del no ser, pueda pasar a ser. Todo lo que existe, decía Sócrates, tiene una causa [1]. Sin duda que nosotros, no conocemos otra inteligencia que la que alumbra nuestro cerebro, pero eso no quiere decir que no existan otras formas de inteligencia de las que no tenemos idea. Se me figura, dice Mauricio Mæterlink, que no sería temerario sostener que no hay seres más o menos inteligentes, sino una inteligencia esparcida general, una especie de flúido universal, que penetra densamente todo, según sean buenos o malos conductores del espíritu, así se trate de las montañas, del mar o de las estrellas.

Debe haber mucho de cierto en lo que piensa Mæterlink, pero no hay duda también que esa inteligencia esparcida por todas partes, ha creado con anticipación las antenas en las que ha de manifestarse obedeciendo a un plan maravilloso, desde los microbios buenos y malos, los insectos venenosos y los que alumbran en la noche, las aves de rapiña y las de canto armonioso hasta el cordero y el león, el hombre monstruo y el santo.

El cerebro no crea el pensamiento, es el pensamiento el que

[1] Un principio no puede ser producido, porque todo lo que comienza a existir debe necesariamente ser producido por un principio, y el principio mismo, no ser producido por nada, porque si lo fuera, dejaría de ser principio.
Diálogos con Fedro.

crea el cerebro. Y si Dios no estuviera en todo, no sería infinito, lo que significa un absurdo.

La tierra —dice Fechner— no tiene músculos, ni miembros de un cuerpo, como el humano, pero se encuentra íntimamente ligada al sol y las estrellas. Bajo una influencia mutua, su masa entera, reacciona con alteraciones en su marcha a través de los espacios y con reacciones vibratorias en su materia. El océano, refleja el cielo como un inmenso espejo; su atmósfera, lo refracta como un lente enorme. La polarización, la intervención, absorción del sol, la luna y las estrellas, despiertan sin duda sensibilidades en la materia, de las que nuestros toscos sentidos no tienen noción. ¿Acaso sabemos lo que es la electricidad y el magnestismo, ni lo que es un fenómeno tan simple como una solución?

La ciencia sólo pone de manifiesto fenómenos; no llega a las causas. Los últimos descubrimientos, sobre la constitución de la materia, han puesto en evidencia la afirmación de Platón, de que el mundo entero es un ser viviente con todas sus partes en estrecha comunión, así se trate de las más remotas estrellas o nebulosas. Lo que antes se suponía el vacío, no es tal, se encuentra sembrado de voces, cruzado por rayos cósmicos y de fuerzas que vienen y van en todas direcciones. El éter infinito, es así algo como el cerebro y pensamiento de Dios *sensorium dei*, decía Newton, la matriz que engendra los mundos; y el espacio y el tiempo serían también según el mismo sabio los "sensorios" de la divinidad.

William James, en su libro "Un universo pluralístico", opina lo mismo. Y no hay duda, que tanto estos pensadores, como los sabios persas, hindúes, griegos y egipcios, tenían razón. Aquello de la Biblia de que el hombre está hecho a imagen y semejanza de Dios, es verdad con relación a la Madre Tierra y al Padre Sol, porque sin duda, es la más perfecta de las obras del planeta, calculada dentro de un plan en el que todo se encuentra preparado para alumbrar su alma y poner en sus manos las leyes de la materia que han de redimirlo de sus miserias y llevarlo a destinos insospechados, semejantes al de un dios. Según la mitología griega, el hombre nació de la tierra, empapado de agua y calentado por los rayos del sol. Así, su naturaleza participa de todos los elementos y cuando muere, lo amortaja la venerable

madre y resguarda en su seno. Su cuerpo en descomposición, florece en las plantas y ofrece una nota de poesía en los albores de la mañana y los arreboles de la tarde. Según Hipócrates, la vida del hombre, se encuentra íntimamente ligada a la del sol por el corazón, que late al unísono con la del alma del astro rey.

Los hombres, en todas sus manifestaciones, son fruto del medio ambiente como los animales y las plantas. La inteligencia, el vigor físico, el color de la piel, la entonación de la voz, el arte, son fiel reflejo de los lugares. Y hasta con los sentimientos. Los hombres fieras, suelen ser hijos de los desiertos, calcinados por los soles del trópico, mientras los lugares donde alumbra paisajes de belleza, con temperatura moderada, parecen propicios para la eclosión de las mejores prendas de la inteligencia, de la belleza moral, y de las artes. ¿Tendrá, acaso, la Madre Tierra a su pesar, zonas privilegiadas y zonas maldecidas, hijos y entenados?

Los que creen que nuestro planeta es un dios, lo mismo que el sol, se encuentran en muy buena compañía. Los sabios griegos que con Amaximandro, Leucipo y Demócrito, penetraron por intuición en el secreto del átomo; los pitagóricos que conocían el sistema solar y las leyes que rigen el movimiento de los astros demostradas más tarde por Kepler, adoraban la tierra con los nombres de Demeter y de Ceres, y al sol con el de Apolo. El culto al Verbo Solar, se encuentra en todos los países: es el Apolo de los griegos; el Vishnú de los Hindúes; el Mitra de los Persas; el Horus de los Egipcios; Apolo personificaba el descenso del cielo sobre la tierra, la encarnación de la belleza espiritual en la sangre y en la carne, el aflujo de la verdad trascendente por la inspiración y la adivinación. La adoración al sol del hombre ario ha existido desde el principio de la civilización, como fuente de la luz, del calor y de la vida. Pero cuando el pensamiento de los sabios se elevó del fenómeno a la causa, concibieron tras de aquel fuego sensible, de aquélla luz visible, un fuego inmaterial y una luz inteligible. Ellos identificaron al primero con el principio viril, con el espíritu creador o la esencia intelectual del universo, y a la segunda con un principio femenino, su alma formadora, su sustancia plástica.

¿No nos dice la visión de los sabios griegos, confirmada por

la ciencia de hoy, que si existe la "Diosa Razón" de los enciclopedistas de la Revolución Francesa, existe también la *revelación*, de que hablan los libros santos? ¿No es la maravilla de las maravillas, que Leucipo y Demócrito, hace miles de años, penetraran en la constitución de la materia, como si hubieran tenido a la mano los procedimientos científicos, que han llevado a los sabios del día a la desintegración del átomo?

Pero, es que todo es revelación en esta vida fugaz, luz que se enciende y se apaga dentro de las sombras del más impenetrable de los misterios: revelación el lenguaje, revelación los números; revelación las leyes morales, junto con la existencia de una causa primera, creadora de un universo maravilloso que tiene por motor el amor, que enciende la vida del alma y de la materia. Dice Descartes "que las verdades reveladas están por encima de nuestra inteligencia. Para examinarlas con acierto, agrega, es menester contar con la asistencia extraordinaria del cielo y ser más que hombres".

La Tierra, no hay duda, es un Dios en evolución —me repetía en mi soliloquio—, como todo lo que existe en el Universo que va en pos de la perfección. Principió por crear monstruos, hasta llegar al hombre, en cuya alma vive el resumen o síntesis de todos los seres que le han precedido. Cuantos monstruos vivieron, han dejado su rastro o dormitan en su corazón y despiertan, cuando las circunstancias son propicias. De ahí, que la maldad ande suelta por el mundo y de ahí también la triste tragedia de los pocos que han alcanzado a dejar a lo largo del camino, la piel de los ofidios. Su destino, es el de los Cristos. Es por eso que la ciencia más difícil y necesaria en este mundo, sea la de crear almas, la de borrar la herencia de las fieras y procurar que florezca la simiente que devela la fuente divina. Eduardo Schuré, dice que la humanidad es el alma de la tierra. Creo con Fechner y James, que es sólo una parte del alma de la tierra. La idea que el hombre se forma del planeta que le sirve de madre, al que el mayor número cree materia sin conciencia ni alma, es exactamente la idea que puede tener un insecto o microbio, que solo conoce del hombre el órgano donde transitoriamente vive. El microbio sabe tanto de la personalidad material y moral del hombre, como el hombre de la tierra. Alternando con estas ideas, cruzaban también por mi mente las opiniones

de pensadores ateos que no creen más que en lo que se vé, palpa, mide y cuenta, tales como Augusto Comte, Littré, Le Dantec, Drapper, Büchner, Haeckel y tantos otros, para los que la tierra no es más que un montón de materia inerte.

Y me remontaba más arriba hasta Goethe, que decía, que al principio, en el mundo, fué la acción, en oposición a San Juan, el apóstol poeta, para quien, al principio fué el Verbo, es decir, el pensamiento creador, la inteligencia divina. Sin embargo, me decía, no hay duda que Goethe, inteligencia extraordinaria, creía en el Espíritu de la Tierra, porque en uno de los primeros capítulos de su gran drama, lo invoca, llamándolo en auxilio de su alma atormentada. Es seguro, que al principio, fué la *acción*, como él dice, pero precedida o al servicio del pensamiento que combina el átomo en toda suerte de maravillas, no la *acción* mecánica y ciega de los que niegan la existencia del Gran Espíritu. Cualquiera puede hacer vibrar las notas de un violín, pero sólo el corazón y la mente de un Paganini o de un Beethoven, pueden hacer brotar los raudales de armonías que enajenan el alma. A su vez, el célebre filósofo Kant, cuando escribió su "Crítica de la Razón Pura", no creía en la existencia del espíritu. Pero en sus últimos años, en su trabajo "Sueños de un veedor de Fantasmas", admite la existencia del mundo espiritual. Dice: "el nacimiento, la vida, la muerte, no son sinó estados transitorios del alma. Por consecuencia, sólo nuestro cuerpo es perecedero. La *esencia* nuestra, no es perecedera y ella tiene que haber existido en tiempos ignotos, cuando nuestro cuerpo no tenía existencia. El alma tiene que continuar su vida después de la separación del cuerpo".

De repente, un tropezón de la mula o una mano que se enterraba en un hoyo de los "ocultos" —especie de pequeños conejos que oradan los campos de las punas, donde cavan su cueva debajo de la tierra—, me volvía de mi estado de meditación que por ratos me llevaba al olvido de mí mismo. Del espejismo del mundo muerto que tenía por delante, pasaba a los espejismos del espíritu cercano al éxtasis. Imaginaba ver más allá del confín de los confines, la luz de las luces, aquélla ante la que "desnudo comparece el abismo", con los mundos que viven y los que han muerto, los que agonizan y los que nacen de la entraña de nebulosas calentadas con el aliento y la luz de todos los soles.

Y volvía mi pensamiento atormentado a proponerme una y otra vez cuestiones en las que antes no había reparado: ¿Quién eres? Y me contestaba con el verso del poeta Kabir:

Lo que tú eres no lo ves,
lo que tú ves, es tu sombra!

Y esa es la verdad. Sin duda es del plan divino que con los sentidos del cuerpo sólo hemos de ver la materia y sus cambios. Para llegar hasta la causa de los fenómenos, es ley que hemos de despertar los sentidos del alma. Ocurre con aquéllo que se siente y no se vé, lo que con los espectáculos del cine: se mira en la pantalla que se hunden —unas en pos de otras— toda suerte de imágenes, pero no al que opera en las sombras con la máquina que nos da la ilusión de la realidad de lo que fué pensado y escrito por el autor de la obra. Como algo que consuela y refresca, recordaba lo que decía Eurípides hace miles de años en su tragedia Poleidos, de la que sólo se conservan algunos fragmentos —que la vida es algo no menos misteriosa que la muerte— ¿Quién sabe —dice textualmente— si acaso la vida, no será una muerte y lo que llamamos muerte, sea la vida de ultratumba! Y yo seguía: ¿Qué es la vida?; ¿de dónde vienes? ¿para dónde vas? ¿con qué fin luchas, sufres, sueñas y esperas? ¿qué es la conciencia y el remordimiento? ¿Vale la pena soportar tantas miserias? ¿Eres llama que se apaga con la muerte o te espera otro destino más allá de la tumba? ¿Será tu cuerpo crisálida de un ángel o sólo un puñado de polvo, cenizas y lodo? ¿Cuál es el origen de la belleza moral?

Solo en la soledad y el silencio, el hombre se enfrenta consigo mismo. "Deposita tu semilla, en el surco del silencio", dice la filosofía hindú. Cómo comprendí entonces el sentido de las palabras de Cicerón: ¡Nunca estoy más acompañado que cuando estoy sólo! Pero es cosa muy distinta la soledad en el seno de las montañas o de los bosques, que en una ciudad en la que siempre llegan los rumores de la calle, por cerradas que se tengan las puertas, en las que se forman verdaderas atmósferas morales que respiramos sin sospecharlo.

El pensamiento, para que se concentre y clarifique, requiere la quietud del alambique y de la placa fotográfica. Basta una

vibración o sombra leve, para que el panorama se convierta en una visión borrosa. En la soledad y el silencio, se encuentra el alma a sí misma y descubre abismos insospechados. Entonces se asoma a profundidades que causan vértigos. Y entre las sombras en el confín lejano, suele clarear un rayo de los cielos y se sienten terrores y alegrías que no tienen nombre.

La llegada a la casa administración de los minerales de borato de Tres Morros, puso fin a mis cavilaciones. Fuí atendido por el administrador de la mina, un jóven ingeniero belga Enrique Branken, cultísima persona, cuyo grato recuerdo perdura después de casi cincuenta años, así como el de su joven y encantadora esposa. Esa noche tuve en ese desierto, a tres mil quinientos metros de altura, baño tibio y cama cómoda y limpia. Es necesario haber dormido en la montura, bajo la lluvia, en la selva, o aterido de frío en la Cordillera, para conocer la dicha de una cama blanda, abrigada y limpia [1]. He ahí, me decía aquella noche, una de las tantas causas de la existencia del mal: quien no conoce privaciones, ignora la dicha de no tenerlas. Para ser feliz, por fuerza se ha de conocer la desgracia. ¿Qué saben los que nacieron al amparo de los favores de la fortuna lo que son miserias? Solo los pobres conocen lo que significa el peso en el bolsillo y saben disfrutarlo cuando el destino ha operado un cambio a su favor. Ni hay dolor que los quiebre, ni éxito que los envanezca. El alma del hombre fuerte, ocúrreseme el acero forjado a martillazos.

"El despoblado"

Como he dicho antes, para evitar la guerra desventajosa con los Humahuacas, los españoles durante un siglo, entraban en los feraces valles del Tucumán, por la puerta del desierto sin agua ni árboles, al que dieron con razón el nombre de "El

[1] Hoy se puede hacer el viaje en auto en dos horas desde la Estación Pumamarca hasta Tres Morros por el Abra de Huachichocana. Durante mi administración se invirtieron 320.000 pesos en este camino que me informan ha sido terminado este año.

Despoblado", camino en el que estaban a cubierto de toda sorpresa. En efecto: venía este camino del norte por Yavi, en la frontera de Bolivia y seguía por el arenal sediento treinta leguas de distancia hacia el sud, en pos de los lugares donde brota el agua dulce. Del pueblo de Cochinoca, se abrían entonces como hoy, dos caminos; uno que va a la quebrada del Toro, por el poniente de las Salinas, pasando por Casabindo, bello oasis de agua dulce y abundante, o bien por la margen del oriente del lago, rumbo a Tres Morros o al Moreno que termina por desembocar en la Quebrada del Toro. A media jornada, hacia este rumbo, más o menos diez leguas de Casabindo, se encuentra la posta de Agua Castilla, parada forzosa donde el viajero encuentra agua pura y buen pasto. Allí me dirigí, después de un día de permanencia en Tres Morros. Llegamos a la tarde, todavía con sol alto a la casa de adobe donde debíamos pasar la noche, al pie del nevado Agua Castilla. El paisaje que dominaba desde el lugar, era grandioso. Una corona de picos nevados, algunos de ellos de más de seis mil metros de elevación, bordeando el valle inmenso por el sud, el este y el oeste. Las cumbres, parecen conos de cristales rotos, con aristas cortantes en las que se prende el primer albor del alba o de rojo subido con el incendio de la tarde. Las cordilleras del naciente como las del Moreno, Chañi y Agua Castilla, tienen en esa dirección sus cuerpos cortados como con cuchillo, en centenares y miles de metros, con precipicios verticales profundos. Es que en ese flanco golpean los vientos cargados de agua y nieve en el verano y resbalan los deshielos en todo tiempo, lo que ha producido la denudación de las faldas, dejando en limpio el esqueleto de las rocas plutónicas, en las que solo se encuentra algo de vida en los rincones y pliegues hondos, abrigados de vientos y tempestades. Las faldas de las cadenas que miran al este, son menos ásperas. Allí, las cortaderas, las tolas, los airampos y las yaretas, así como toda clase de gramas duras, y cactus que se arrastran a ras del suelo, han impedido la denudación completa de las arcillas y arenas. Allí crecen queñuas y churquis de copa espinuda y troncos recios aunque de escasa altura. En esa región es donde tienen de preferencia sus moradas la mayor parte de los nativos. Sus casas son de adobe con espalda cerrada a los vientos dominantes. Las tropas de ovejas, llamas, vicuñas y guanacos, son abundantes.

Se encuentra también algo de ganado vacuno y caballar. Pastan en tierras en común que se llaman Rodeos, de los cuales los más poblados son los de Barrancas, Rinconadillas, Tusaquillas y Santa Ana, que los he recorrido en todos sus rincones porque fuí su administrador.

Agua Castilla es, como he dicho, un pequeño oasis con verdor, con flores y aves, como ocurre en todo desierto donde brota el agua. De la cumbre del nevado, cae agua abundante que se pierde a poco andar, sorbido por el arenal sediento. Al caer perpendicularmente de centenares o miles de metros de altura, el torrente despeñado, atruena al aire con algo así como un grito o alarido que impresiona en el silencio del desierto. Diríase que traduce el dolor de la corriente cristalina, que sabe va camino de perderse y morir, en la prisión del lodo cuajado de sal y permanecerá días y meses en la entraña amarga de la llanura o en el vientre negro de los cerros, llegando en partes hasta el calor del fuego central.

Al pasear la mirada por la corona de cumbres nevadas en todas direcciones, mientras los montes se hundían en las sombras, pensaba en lo que habría sido ese paisaje cuando volcanes en actividad, hoy apagados, alumbraban la superficie de lagos como mares, que fueron vaciándose desde Bolivia hacia nuestras pampas y selvas por la rotura de los flancos débiles de las cordilleras. Las Salinas Grandes, llamadas también de Casabindo y Guayatayoc, son los últimos restos de estos lagos mares, que algún día también habrán de encontrar salida hacia los valles hondos, cuando las aguas logren romper los flancos de las murallas que los aprisionan. Porque las aguas, al parecer muertas de estas lagunas embalsadas a tres mil quinientos metros de altura, no están quietas: viven en brega permanentemente por encontrar salidas hacia los valles por las grietas profundas de las rocas o vetas de minerales. En algunas partes, consiguen aflorar hacia el naciente destiladas y cristalinas como en las corrientes de los ríos León, Lozano, Yala, Reyes, Alisos y Perico, que forman la corriente del Río Grande y los que nacen en jurisdicción de la Provincia de Salta que se reunen en los caudales que forman el Lavayen y el Mojotoro. En otras regiones, revienta el agua del seno enfermo de las moles, convertido en lodo como en el Volcán, a cuarenta y cinco kilómetros de Jujuy. Es que el

agua ha encontrado una zona sin rocas duras, acaso algún gigante de pies de barro, que cuando su vientre se hincha y llena, irrumpe en arcadas sobre los flancos, vomitando el agua podrida. Este fenómeno, vale la pena de un paréntesis.

Espectáculo extraordinario, aterrante, el del Volcán de barro y piedras cuando revienta y hace rumbo a los valles hondos. Se anuncia a lo lejos por el rumor de los cantos rodados que chocan y producen el ruido de un trueno lejano, hasta que un muro de varios metros de alto se hace presente en la pendiente y se detiene por breves instantes. Avanza luego la avalancha empujada de atrás con ruído atronador unas cuadras y vuelve a detenerse, para seguir otra vez, con más furia sobre la pendiente que se hunde y falla a sus pies. Entonces, vuelan por los aires a diez y quince metros de distancia, piedras de varias toneladas de peso y sigue el torrente de barro cuesta abajo hasta que llega en ocasiones al muro de la montaña de enfrente, embalsando las aguas del Río Grande, como ha acontecido el año pasado. Cuando se ha vaciado el vientre del cerro, el fenómeno pasa, pero queda en la falda el lodo movedizo y las piedras de varios metros de espesor que impiden el paso de los trenes y los viajeros, hasta que la mole se seca. En otras partes, como en las Quebradas de Purmamarca, Hornillos, Huichaira y Yacoraite, las deyecciones son de lodo y ripio. En Marzo de 1927, el volcán de Purmamarca arrastró los rieles y durmientes del ferrocarril, hasta un kilómetro de distancia. El semáforo de la Estación, quedó enterrado y sólo emergía una cuarta de la superficie. De las copas de viejos sauces sepultados, sólo quedaron libres las ramas más altas batidas por los vientos. Algunos árboles parecían seres con vida hundidos en el lodo hasta el cuello.

En el seno de todas estas cordilleras, existe una especie de sistema arterial o de vasos comunicantes, por los que circula el agua fría o caliente, que hace su aparición a veces hasta en cumbres de cuatro mil metros, como en el Pan de Azúcar, en Cochinoca y en Laguna Colorada, detrás de Tilcara, donde las aguas cristalinas reflejan la luna y las estrellas entre moles desoladas, o como en Yala, donde las vertientes subterráneas alimentan varias lagunas profundas, sostenidas en los brazos de las rocas de los flancos que miran al naciente, bordeadas de helechos, be-

gonias y lirios, de ceibos, matos y alisos y todas las plantas con que se atavía la montaña en la zona tórrida.

Una de las maravillas de las cordilleras de Jujuy y Salta son las vertientes que revientan en las faldas o en la base debajo de la orla del vestido del bosque. Abren tajos profundos en las laderas y se juntan para formar arroyos y ríos de cristal, como los que he recordado, que desembocan en el Grande, principal afluente del Río Bermejo. Parece que gritan y ríen al escapar de la cárcel lóbrega de las montañas y celebran la vuelta a la luz del sol, de la luna y las estrellas, bajo el ramaje del bosque entre musgos, begonias y cortaderas. ¡Pero cuan fugáz esta alegría! Dura apenas unos instantes hasta que llegan a la corriente hinchada y turbia del Río Grande que los absorbe y con solemnidad hacen rumbo a las selvas para juntarse al Bermejo de Tarija y desembocar en el Paraguay.

En este instante, acude a la mente una anécdota que acaso no se encuentre fuera de lugar. Siendo Gobernador de Jujuy, acompañaba a las Termas de Reyes a un sabio francés de fama mundial, Carlos de Nicolle, discípulo de Pasteur. En el camino, interrumpiendo al sabio que ponderaba la belleza y abundancia de las corrientes de agua, se me ocurrió decirle: me parece ver en los senos de las montañas, algo parecido al cuerpo y la misión de la mujer, manantial de vida. Las cordilleras fertilizan los continentes, empapan valles, selvas y pampas y rellenan las depresiones hondas de la tierra. De inmediato, el sabio sonriendo, me dijo: —Vea, señor Villafañe, es mejor que las montañas sean sólo montañas, porque si fueran como las mujeres, enloquecerían al planeta y terminarían acaso por hacer estallar el universo—. No atiné a contestarle nada y hasta hoy ignoro la parte de razón que podría asistir al sabio.

En el año 1921 escribí en uno de mis libros de lucha, lo que voy a transcribir: "Muchas veces, detenido en la Cordillera por aludes de piedra y barro, me ha parecido ver en las aguas del torrente, el destino de los hombres: embalsadas en el seno de las montañas, convertidas en barro fermentado, un día rompen el flanco, y bajan por la ladera infestando el ambiente y arrastrando hasta el fondo de la quebrada cuanto encuentran a su paso. Pero llega el momento en que el curso

se sosiega por la nivelación del valle, los cantos rodados y el lodo quedan en el camino y el agua clara y pura corre finalmente, tranquila entre la fronda, con césped, flores y aves. Entonces, esas aguas sirven para calmar la sed de las ciudades, para dar vida a la sangre de la mujer, perfume a las flores, zumo a la uva y espuma al champagne. El agua es la misma —la del volcán de barro que la del arroyuelo tranquilo y cristalino— pero su misión es distinta. Según el curso, en una parte, lleva consigo los venenos que arrastra los detritus de la montaña y la resaca del valle; en otra, es vida, perfume, armonía y belleza. Tal el destino de los hombres. Llegará día en que la ciencia, el arte y la religión, clarifiquen el lodo en que fermentan las malas pasiones que convierten en un infierno la vida de la mayor parte de los hombres y de los pueblos" [1].

Pero, ¡qué lejos estamos de esa hora!

Otra vez en el camino del despoblado

Volviendo a Agua Castilla y al camino a cuya vera se encuentra, debo decir que vale la pena detenerse en su tradición histórica.

Por allí entraron, procedentes del Perú, las expediciones de Diego de Almagro en 1536, la de Diego de Rojas en 1543, y la de Juan Núñez de Prado en 1549. Eligieron este camino por las mismas razones que en la época prehispánica lo preferían los quichuas del Perú en sus expediciones militares a Chile y a los bosques del Tucumán, de las cuales la más renombrada fué la que enviara el Inca Tupac Yupanqui.

Refiere el padre Lozano, de como Almagro pagó cara su tentativa de asegurar su autoridad en el valle que desemboca en Jujuy. Las tribus que habitaban la quebrada de Humahuaca, dice, "no querían ver este valle trajinado de extranjeros: se aconsejaron con su fiereza y dieron cruel muerte a los emisarios de Almagro, que no se salvaron con la fuga". Optaron entonces, los españoles, creo haberlo dicho antes, por el

[1] "Yrigoyen, el último dictador".

camino del desierto, entre los lagos salados, montañas y pampas abiertas, a cubierto de toda sorpresa.

Pasé la noche de Agua Castilla, revolviendo en el cerebro el pasado.

Veía la cumbre alumbrada de los Pucarás, anunciando a los bravos montañeses la llegada de hombres blancos venidos del otro lado del mar; el sacrificio de Atahualpa; la expedición de Almagro y las que se siguieron. Asistía a la ceremonia del entierro de los jefes y soldados muertos en los combates, junto con el cuerpo de un puma o de un jaguar, en los que simbolizaban con el cóndor, la fuerza de la estirpe de la raza.

Veía desfilar las sombras de los soldados —del Inca primero—, y más tarde, las caravanas de los españoles con sus mentes afiebradas por la sed de oro, sostenidos por la esperanza de tropezar a la vuelta de cada cadena de montañas con Imperios como los de Atahualpa y Moctezuma. Su imaginación sobreexcitada, había poblado los desiertos con Trapalandas, ciudades de los Césares o del Dorado, con los primores de Babilonias fantásticas. Veía la vía crucis de estas expediciones que bajaban de Lima o del Cuzco y dejaban sembrados los caminos de cadáveres de soldados que morían de frío en las montañas y cuando penetraban en los bosques del Tucumán por las fiebres o las picaduras de toda clase de insectos, o de las flechas envenenadas de los salvajes.

Finalmente, miraba el desfile de la traidora expedición de la vanguardia de Olañeta, al mando del General español José María Valdéz —alias el Barbarucho— en el año 1821, que escalaba el desfiladero de las montañas del poniente de Salta y se posesionaba a media noche de la ciudad, después de herir mortalmente a Güemes, guiados por hijos de la tierra, de la misma estirpe moral de aquel griego Efialtes que enseñó a Jerges el camino que tomó por la espalda al ejército de Leónidas. Es lástima que la historia no conserve sus nombres para oprobio eterno. Yo oí nombrar algunos siendo niño, pero no quiero repetirlos. Pueden haber equivocaciones, o culparse a los que nada hicieron.

Me levanté muy temprano y saludé con unción al Padre Sol y a la Madre Tierra. Estaba viendo salir el cuerpo de las

cordilleras de entre las sombras que se retiraban perezosas y con desgano, y teñirse de rosa el cristal del lago, cuando una calandria se posó en la extremidad de un horcón [1] a pocos pasos de donde me encontraba. Dió principio a su saludo al sol, cantando como enloquecida o ebria de alegría. Se elevaba dando tumbos, dibujando en los aires un pentágrama de colores con las plumas de sus alas y regresaba al punto de partida para principiar de nuevo su vuelo frenético, en espirales, desgranando armonías en las que parecían quebrarse los cristales de luz de la mañana con entusiasmo tal, que bien podía hacer estallar el corazón de la avecilla. Me dicen que suele ocurrir el caso que caigan muertas en medio del canto. Esto no es el cuento del "canto del cisne", especie que jamás ha cantado ni cantará, más que en la imaginación de ciertos poetas. El salmo del ave, cuyo destino parece ser el de saludar al sol, duró hasta que la claridad inundó por completo la llanura. Luego, levantó el vuelo e hizo rumbo a un rincón de las montañas. Yo quedé pensativo y triste. ¿Por qué —me decía— vibra en la calandria una cuerda divina, y en cambio el cacuí solo modula notas fúnebres en el silencio solemne de la noche en el bosque? ¿Sería cierta la doctrina de la predestinación? Como la calandria, nace el poeta, el músico, el sabio, el héroe y el santo, y como el cacuí y las aves de presa, nacen los avaros, los egoístas, los parásitos de los pueblos y los malvados.

Y me repetía ¿qué ha hecho el alacrán para nacer tal? Contra los hombres malos, puede ofrecerse el argumento del libre albedrío, pero ¿qué culpa tiene la hiena de obedecer a los impulsos de su alma feroz y el cuervo de nutrirse de osamentas?

A la tarde, llegué a Cochinoca, caserío de barro de antes de la conquista, asiento de una tribu brava del mismo nombre.

Permanecí allí dos días antes de seguir a Rinconada, otro caserío perdido entre las montañas a más de cuatro mil metros sobre el nivel del mar. Las noches de aquéllos parajes,

[1] Poste de madera con horqueta que sirve de bramadero y para atar animales de servicio al lado de las casas en los despoblados o desiertos.

las tengo grabadas a fuego en el alma. El brillo de ciertas estrellas es tal, que proyectan sombra; son ascuas que arden en abismos relucientes. Quien lo dude, que vaya a Casabindo. Hoy se hace el recorrido en auto, en poco tiempo, desde Abra Pampa, estación del F.C.C.N. Allí hay también para ver una hermosa capilla, casi una iglesia, de piedras trabadas que hicieron los jesuitas, de un solo cuerpo, toda entera inclusive la bóveda del techo.

Bajo la luz de la luna, el paisaje que se contempla es el de una tragedia olímpica, como la de Esquilo, cuando canta la lucha de los Titanes con Zeus. Allí se siente a la madre tierra que sufre. Cuando tiembla, se piensa que Encédalo cambia de postura. Las tormentas eléctricas son un desahogo de una crisis de nervios, y los vientos blancos que amortajan punas y cumbres, el llanto de dioses condenados a una pena o agonía sin término.

Tenía pegados al oído, como los ecos de una canción, los versos de Guillemin:

Doux reflet d'un globe de flammes
Que me veut tu? vien tu
a mon sein abatu
porter la lumiére a mon ame?

La constelación de Orión, la más hermosa de los cielos, estaba por entonces a fines de Enero en el cenit, a las diez de la noche, con el trapecio de sus soles inmensos, de distintos colores y las tres Marías cual diamantes incrustados en el centro. Me daba la impresión de una lira celeste, en el medio mismo de la cintura de la Vía Láctea, ciñendo el vientre de las sombras. Me figuraba asistir al momento en que según la mitología griega, nació la Noche del Caos, al comenzar de los tiempos, divinidad ésta de las sombras, que decían engendró al Eter y al Día, y luego las Estrellas; y los Dioses inflexibles e inexorables: el Destino, la Parca Negra, la Muerte, los Sueños, la Miseria, la terrible Némesis, y finalmente Eros y Anteros, las fuerzas que atraen y separan, la Simpatía y la Antipatía, el Amor y el Odio.

¡Ah! ¡La noche y el infinito! Para nuestros limitados sentidos, solo vacío y sombras. Pero: ¡quién puede imaginar lo que

llena esos abismos sin fondo, las luces e imágenes vedadas al ojo del hombre, que brillarán en las simas de las sombras que pueblan el espacio sin término!

El Eter, decía Homero, poblado de dioses; "la región donde el aire es música pura", decía el gran Emerson. Para Einstein, "lo insondable, lo que está lleno de maravillas y misterio, lo más hermoso de la vida". Para Goethe, la región donde viven "Las Madres", los pensamientos maternos creadores de mundos.

Según sabios de la talla de Flammarión y Mayer, lo luminoso puede ser obscuro y viceversa. Según estos astrónomos, es muy posible que los soles que creemos fuente de luz propia, sean opacos, iluminados desde lejos por un sol central, invisible, obscuro por ultraluminoso, cual el arco voltaico que con sus rayos nos hace ver crepúsculos que parecen arder con luz propia. ¡Cuán cierto es que nuestra posición en el Universo, es la de las luciérnagas vagando en las sombras!

Una noche, soñé en Casabindo, que veía los cielos hasta donde alcanzaba la vista, poblados de caras de seres humanos con alas cortas que les nacían a la altura del cuello. Parecía que miraban la tierra con infinita curiosidad y dulzura. Luego vi salir de las sombras algo así como dos ríos de estrellas que de distintos puntos convergían y se volcaban en el mismo sitio, para desaparecer en los abismos en trayectoria espiral. Veía un océano de luces en movimiento permanente que parecía reflejaba el alma y el pensamiento de los mundos, eclosión de primavera y mortaja de invierno. Me desperté oyendo una voz que me decía: "no mires más, que puede estallar tu cerebro". Los sueños hermosos parece que fueran privilegio de ciertos lugares. Por desgracia, mi organismo gastado por las penas y los años, no me permite volver a esas regiones. Las noches que allí pasé, antes de retirarme a descansar, vagaba con la mirada por los cielos, con el alma poseída de encanto y pavor. A las estrellas, es menester contemplarlas desde el pie de las cordilleras o desde las regiones de las punas, donde el aire tiene la diafanidad de un cristal.

Al tratar de conciliar el sueño, me parecía ver mi personalidad cual llama borrosa, envuelta en brumas, y que me llegaban destellos de luces que venían de confines remotos, como anuncios de una aurora en la que se confundían los rayos de

todas las estrellas. ¿Sueños? ¿mentidas ilusiones? ¿Pero hasta qué punto está hecha la vida de sueños e ilusiones? Hay mucho de cierto en lo de Calderón de la Barca de que la vida es sueño, por desgracia con frecuentes pesadillas. Sean lo que fueren las ilusiones, se traducen en lenitivos, en consuelos, o cordiales para el alma, que no puede vivir sin esperanza. ¡Lo que significan en ciertos momentos de la vida! Es sin duda un necio el que en todo crée, pero es mucho más necio y desgraciado el que sólo crée en lo que se pesa, mide y cuenta y todo lo niega, en medio de las sombras en las que bogamos perdidos.

Estoy cierto que ha de llegar el día en que el hombre habrá de penetrar en el lenguaje de las estrellas. A mí, no me cabe duda que existen algunas que nos hablan y hacen señas, sin que nos sea dado traducir su mensaje, pero comprendemos lo suficiente para darnos cuenta que nos hablan de amor con infinita dulzura, como si en ellas ardiera la esencia de almas, hijas del beso de los ángeles.

Los Jesuítas en la Puna

El recuerdo del paso de los Jesuítas por esos lugares, obsesionaba mi espíritu. ¿Qué los llevó en el siglo segundo de la conquista a levantar sus tiendas en el arenal desolado de las punas sin árboles, cubiertas de arbustos con espinas que se arrastran a ras de tierra, donde no siendo nativo se requiere una salud de hierro para no sucumbir a un clima donde el termómetro desciende a veinte grados bajo cero en invierno, amortajado con frecuencia el panorama por los vientos blancos y donde falta lo más indispensable para la vida? Y me contestaba, que fué sin duda causa decisiva para ello además de la evangelización de los nativos, y la cercanía de las montañas preñadas de minerales, el paisaje apocalíptico de la cordillera, con picos de más de seis mil metros de elevación y la proximidad de los cielos, divididos de noche en parcelas de sombras, cada una con constelaciones propias y estrellas de primera magnitud, que por la pureza de la atmósfera crecen en brillo como a través del cristal de un lente de aumento, mientras la vía láctea se despeña detrás de las moles, del Cabalonga y Granadas, cual pedrería de rubíes y diamantes, como lágrimas vertidas por el corazón del Dios

padre de los mundos. Allí los Jesuítas, los hombres más inteligentes de aquellos tiempos, debían sentirse como en ninguna parte, entre el cielo y la tierra, soñando las visiones extraterrenas que San Ignacio de Loyola decía sentir y refería a su confesor el Padre Lainez. Y me preguntaba si no habría quedado en el lugar, sobre todo en el recinto y los muros de piedra del templo, el rastro indeleble de su alma, la esencia de sueños y pensamientos para toda la eternidad. Y ¿por qué no? Está comprobado que la materia sea cual fuere su densidad conserva la vibración de los espíritus de los seres con los que estuvieron en contacto, como los frascos en que vive la esencia de los perfumes que envasaron. Toda vez que entro en un templo, me parece sentir que en el piso y los muros, palpita el corazón de los fieles, que viven sus ruegos y plegarias, los lamentos de almas heridas, las esperanzas que miran a los cielos. Así como el dolor vive en los muros de las cárceles, cabarets y tabernas, donde la risa encubre los peores dolores humanos. La atmósfera que en estos recintos se respira descomponen el estómago y envenenan el alma.

Qué error nefasto fué el que llevó a los Reyes de España a expulsar a los jesuítas de los desiertos de América. Pudieron estar mal en todas partes, menos allí. Tengo para mí, que el delito que purgaron, fué el de tratarse de una Compañía que congregaba, como he dicho, a los hombres de más talento y carácter de su tiempo. Fueron ellos los que trajeron a los desiertos de Sud América, cuanto de bueno nos ha legado España en materia de industria y agricultura, así como cereales, granos, hortalizas y con las frutas más nobles, la vid, la caña de azúcar y la alfalfa. Y fueron ellos los que conquistaron para la religión y la cultura, pueblos indomables como el Araucano, los Humahuacas y Calchaquíes que no pudieron someter los españoles con la espada.

Creo también que, sin la expulsión de los Jesuítas, España no hubiera perdido sus Colonias, lo que por otra parte, habría sido de lamentar para nosotros.

Errores como éste, hay muchos en la vida de España que fueron causa de su ruina, moral y material, de la que recién principia a reponerse.

En Jujuy, los Jesuítas han dejado en los desiertos y rin-

cones más inhóspitos sus huellas indelebles. En el rincón de Susques a poca distancia de Casabindo, se conserva en buen estado un órgano en la Capilla del lugar. Asombra la hazaña que fué menester realizar para llevar desde el Perú por los más ásperos caminos este órgano a lomo de mula o de indios.

Sabían darle a la música el valor que tiene para domar las asperezas de los instintos primarios.

Cuanta falta hace a nuestro pueblo y a todos los pueblos en la hora obscura que vive el mundo, una compañía al estilo de la que fundó Loyola, que congregue a los hombres más inteligentes en la lucha por educar almas y despertar a la vida del espíritu a las masas ciegas!

¡Cuánta falta nos hace una congregación formada por cruzados de la ciencia, del arte y de la justicia, animada por el aliento de la Compañía de Jesús!

Meditando con frecuencia sobre el privilegio de ciertos lugares como los de Judea y Grecia para servir de cunas a seres que Platón llama celestiales y divinos, que han alumbrado al mundo con el pensamiento, con la ciencia, la religión y el arte, he creído ver el prodigio en la alquimia que en el alma produce el paisaje agregado a las fuerzas telúricas, que obran en la inteligencia de razas de excepción.

No hay duda que existen paisajes que se plasman en el corazón y despiertan y ponen en vibración sus cuerdas dormidas. Sin duda, habla el espíritu de la tierra en la mente de ciertos hombres en determinadas regiones, sobre los enigmas de la vida del universo. El norte argentino es de esos.

El hijo de las punas

¡Cómo ama el hijo de las punas este sepulcro de rocas, la cuna que el destino le ha deparado en suerte! Preguntaba a un peón, cuál era el motivo por el que había desertado como conscripto años antes. —¡Señor —me contestó—, porque me sentía morir de tristeza, añorando estos lugares! Guardé silencio porque me vino a la mente el recuerdo de una noche antes de mi regreso a Jujuy, después de larga ausencia siendo adolescente, que fué la única vez en mi vida, en la que no pude conciliar el sueño en plena salud. Vagaba mi pensamiento so-

breexcitado, de la casa paterna a los lugares próximos a la ciudad y de la montaña, donde solía pasar temporadas en compañía de mis padres y hermanos. Vagaba por los bosques, los barrancos, los ríos; me sentaba al borde de las colinas para ver pasar las bandadas de aves que por las tardes regresaban a sus nidos en la montaña, después de sus correrías por las selvas del valle. Alumbró por fin el día y una hora antes de la partida, estaba en la Estación del ferrocarril, a la espera del tren que debía llevarme al rincón de mis sueños. Tenía miedo de morir, antes de volver a ver mi valle, mi pueblo, mis montañas!... ¡Qué enfermedad terrible la de la nostalgia!

Refiere Juan Montalvo que un criollo de Santo Domingo paseando en un parque de París, vió un árbol de los bosques de su tierra y se abrazó al tronco llorando. No hay, sin duda, castigo más despiadado que el del destierro. Es que la patria, es el corazón mismo del hombre; la sangre de la tierra donde se ha nacido y criado y el sol que la fecunda; las caricias de la madre y el amparo amoroso del padre; la novia, la esposa, los hijos; la ceniza de los antepasados; el alma de los muertos queridos y el de la estirpe.

Vuelvo a mi narración desordenada.

En Cochinoca, supe que había vivido allí en la soledad del anacoreta, a principios del siglo pasado, el célebre canónigo Juan Ignacio Gorriti, de destacada figuración durante la Revolución de Mayo, orador y escritor notable, que ha dejado con el ejemplo de una vida extraordinaria al servicio de su país, piezas de oratoria que pueden señalarse como modelos de la elocuencia argentina, por la belleza de la forma y lo hondo del concepto. Según la opinión autorizada del Dr. Facundo Zuviría, era el cerebro más poderoso de la revolución de Mayo.

Es también tradición, que allí vivió una temporada San Francisco Solano, de regreso de la Rinconada a veinte leguas de distancia. Se señalan los sitios donde se dice pernoctara, haciendo vibrar las cuerdas de su violín, en la tarea evangélica de la conquista de almas. Se afirma que descendió luego en dirección del Sud, por la Quebrada de Humahuaca, y se detuvo algún tiempo cerca de Huajra, en un peñón jardín, que desde entonces se llama Agua Bendita. Portador de tea

divina, continúa a pie su peregrinación a través de Jujuy, Salta, Tucumán, Santiago del Estero, Córdoba, Santa Fe y Asunción del Paraguay, para desde allí contramarchar y seguir hasta el confín de los Llanos de la Rioja, donde su recuerdo vive con tal frescura como si hubiera pasado ayer. Es que con él iba la palabra, la justicia y la bondad divina. Se dice que los Encomenderos españoles, explotadores de los indios, temblaban en su presencia, porque les recordaba con la admonición de un ser sobrenatural, los castigos de ultratumba. A la Lima del juego y de todos los placeres, la hizo temblar más de una vez con sus amenazas. Y lo mismo sucedía con las sociedades embrionarias, simientes de las actuales ciudades argentinas, de las que decían los Visitadores, Jorge Juan y Antonio de Ulloa, en su informe a principio del siglo XVII, al Rey de España, que sus habitantes, al parecer, nacían con la avidez de todos los vicios. Es que no tenían libros, ni industrias, ni artes, ni comercio, ni distracciones sanas. Vigorosos de cuerpo y alma, la inteligencia en ocio forzado, les servía para dar pábulo a los bajos instintos. Agréguese a todo ello, que se trataba de una levadura humana, resultado de la mezcla del hijo de la tierra sin evolución, con la del español analfabeto. Después de una travesía de más de mil leguas, el Santo regresó a los seis años de ausencia al Perú, donde murió el 14 de julio del año 1610. Dícese, que tenía la virtud de hacer brotar el agua en los arenales desiertos y las rocas sedientas y de curar los males del cuerpo y del alma. Su recuerdo se grabó en tal forma en los pueblos, que en Cochinoca, me decían, suelen ver al Santo subir a los cielos en girones de nubes enrojecidas por los últimos rayos del sol. En Rinconada, se rinde culto a una mesa natural de granito, desde donde predicaba el evangelio y que desde entonces se conoce con el nombre de "Misa Rumi". San Francisco Solano tiene en Humahuaca su monumento en la torre del Cabildo, debido a la iniciativa y acción entusiasta del Dr. Ernesto Padilla, que concibió la obra y la llevó a cabo siendo diputado nacional. Se hizo en tiempos en que fuí Gobernador.

Ya cerca de los días que vivimos, cruzó estos mismos páramos, Fray Mamerto Esquiú, en busca de la paz del Convento de Tarija, con el alma atribulada por la anarquía, que en forma crónica laceraba las entrañas de la patria. El paso de ciertos

seres por este mundo, está marcado por los bienes que siembran. Purifican la atmósfera moral con su aliento, a la inversa de lo que sucede con otros espíritus, cuyo sino parece ser el de sembrar en vida el mal que ha de seguir dando frutos nefastos, tiempos y tiempos después de su muerte. No es nada el daño inmediato de una mala acción, decía Schiller, como la fatalidad con que sigue engendrando maldades. Tanto los buenos, como los malos, no hay duda, son sembradores de corrientes morales que se perpetúan a través de los tiempos. De España, nos vinieron esas dos corrientes espirituales que arrancan del fondo de los siglos; por desgracia mucho más caudalosa la mala que la buena. Y la vida de los pueblos de Sud América, se ha visto atormentada por el espíritu de los conquistadores que por codicia, dieron garrote a Atahualpa y mataron en el tormento a Moctezuma y Guatimozín y se despedazaron más tarde por turno como los Pizarro y los Almagro. Vinieron con estos héroes malvados, almas santas y muy grandes como la de Bartolomé de las Casas, Pedro de Bethancourt, San Francisco Solano y otros, que sólo persiguieron el apostolado de Cristo. De tiempo en tiempo, la corriente espiritual heroica, que parece extinguida, tiembla en una llamarada y se enciende en espíritus como el de Fray Mamerto Esquiú. Pero, ¡qué raros son! Por eso, hemos visto a los pueblos sud americanos con tanta frecuencia parir monstruos, a muchos de los cuales se erigen estatuas y cantan los poetas honores interesados, que en verdad se tributan a la mentira, a la maldad, al vicio y al crimen.

Vuelvo al tema, para mí el más grato, el de las regiones tristes y desoladas de mi provincia, que yo también amo con el fondo del alma, porque el hombre no es otra cosa que el telón o placa fotográfica donde se graban y reflejan las imágenes bellas y tristes de los paisajes de la tierra donde se nace, crece y muere, imágenes amasadas en la sangre, por el alma de los progenitores, hasta que llega la hora del último aliento y de la última lágrima. Si el reino vegetal sucumbe en aquellas regiones a las inclemencias de las alturas, de manera que sólo se desarrolla una vegetación que se arrastra a ras de tierra o en rincones defendidos de los vientos, en cambio, la planta hombre, es fuerte, de músculos de acero, de corazón calculado

para soportar la rarefacción del aire de las cumbres y el mal de montaña. Espiritualmente, es, a la vez, meditabundo y concentrado, endurecido por el infortunio o alegre y entusiasta como un niño, cuando salva los dinteles de la miseria.

Entre ellos, abundan los artistas, sobre todo, los músicos y los poetas. A esta raza, ha pertenecido el Dr. Mario Bravo, por la rama paterna. También tenía mucha sangre de la montaña, el Dr. Victorino de la Plaza, de quien dice Teodoro Roosevelt en sus impresiones de viaje por la República Argentina, que "era un mestizo encantador". A otros, que han honrado a las Provincias de Jujuy y Salta en el Parlamento, en la judicatura, como Gobernantes y Ministros Nacionales, no me atrevo a nombrar, por temor de que sus descendientes se sientan molestos. El último bello ejemplar de esta raza, es el poeta Domingo Zerpa, en cuya alma florece la sangre de los célebres Cochinocas de tiempos de la conquista.

La Quebrada de Humahuaca tuvo siempre el privilegio de ser cuna de cantores que en otros tiempos no tenían más tarea en su vida, que la del canto, como las aves de la selva. He conocido mucho al "Negro Pardo", "Garganta de Fierro" le decían, fallecido hace pocos años a edad avanzada; y antes que a éste, siendo niño, a un cantor que se conocía con el apodo de "Sin Sueño". No se sabía a qué hora dormía, —siempre estaba cantando como el Negro Pardo. Mi último amigo, entre estos zorzales de la montaña, ha sido Dagoberto Osorio, de Cochinoca, fallecido hace poco, que vivió cantando las horas que le dejaba libre el trabajo, hasta cerca de los sesenta años. Por desgracia, debido a las complicaciones de la vida en los últimos tiempos, estos cantores de la familia del payador, que en forma magistral pinta Sarmiento en Facundo, van desapareciendo. Gracias que, debido a la obra de Juan Alfonso Carrizo, su alma no se ha perdido del todo. ¡Qué obra la de este poeta, arqueólogo que escarba entre los restos de un mundo espiritual muerto! Carrizo, ha recogido los últimos ecos del alma de los pueblos de la Conquista, en su manifestación más elevada. Hay sin duda en su corazón un latido de todos los poetas y payadores de la selva y de la montaña. Muy poco es lo que nos queda hoy de la vida espiritual de las aldeas, que en el año mil ochocientos diez, se levantaron contra España.

El odio que nació con motivo de la guerra, fué causa de que los intelectuales de la Revolución trataran de borrar el pasado y por desgracia lo consiguieron en buena parte no sólo en lo malo, sino también en mucho de lo bueno, queriendo lo imposible, crear una era nueva y un pueblo nuevo, sin pasado, cual planta sin raíces. Pero nos ha quedado entre otras cosas, la poesía y la música, como la esencia del espíritu de los siglos muertos. No hay duda que, parte del alma de nuestros abuelos, vive en las viejas canciones.

Es rescoldo y llama que ha de crecer y con el tiempo alumbrar con los más delicados fulgores, porque se trata del espíritu y la voz de los lugares y de la sangre, como el canto del zorzal y de la reina mora. Verdi decía que un *triste* de las montañas de Sud América le había inspirado La Traviata.

La obra de Carrizo, como la de Gómez Carrillo, es providencial. Hay en ella, mucho de la resurrección del espíritu indígena, mezclado con el de la vieja España, arrancando de los días primeros de la Conquista.

EL ALMA DE HUMAHUACA

No creo que en el mundo entero, hubiese pueblo más alegre que el de Humahuaca, hace más de cincuenta años. Llegué allí una noche, viniendo de Cochinoca, en vísperas de carnaval. Ya no recuerdo cuántos años hace, pero sin duda pasa del medio siglo. Encontré al pueblo entero de baile, en todas sus clases sociales. Se divertía el dueño de la tierra, el comerciante, el patrón, el empleado, el artesano y el indio: todos bebían sin medida, y se divertían a su manera; se habían olvidado del mundo y de las exigencias y deberes de la vida. Los que no estaban ebrios del todo, lo estaban a medias. Parecía que bailaban por obligación. A pesar del cansancio de una jornada de veinte leguas a caballo, me sentí contagiado por la alegría general y me mezclé también en un baile por breves momentos con olvido completo de toda suerte de preocupaciones. Al día siguiente, de mañana se me presentó el peón y me dijo que las mulas no estaban en el rastrojo y que sospechaba las habían escondido para que yo no siguiera viaje. De genio alegre como buen hijo de la tierra acepté con agrado la imposición de los amigos, y volví a entregarme a la locura desenfrenada que dominaba a todos. Los días se sucedían y el baile continuaba hasta en las calles y plazas, a toda hora; se dormía cuando el cansancio y el sueño eran aplastantes, para reanudar al tarea al despertar. Se jugaba con agua, con almidón y harina; con ramos de albahaca y semillas de romaza. Siento todavía deleite al recordar que manos delicadas, me embadurnaban la cara con almidón, no dejándome limpio más que los ojos. No oponía resistencia al manoseo. Los jinetes hacían locuras

bajo la acción del alcohol. Se alternaban los *bailecitos, los carnavales, las cuecas y gatos,* con hermosas cabalgatas a Uquía, a la Banda del Río Grande y quintas cercanas, con suculentas comilonas de cocina criolla, buena chicha, mistela, pata de cabra[1], y asados de cabrito y cordero, que sólo allí se saborean, por la calidad de la carne, con choclos y zapallos de sabor sin igual. La alegría y el amor, tenían toda suerte de estimulantes. Y ¡qué lindas eran las niñas! ¡Cuánta vida en las flores de la montaña! Todo allí, tiene más consistencia y sustancia.

Una noche, resolvimos jugarle una broma al cura y darle una serenata. Le cantábamos entre otros versos picantes con caja y guitarra:

El cielo está enojado
No quiere llover
Porque el Tata cura
Tiene mujer.

Ya se viene el carnaval
Por medio de los cardones
Haciendo llorar las piedras
Cautivando corazones

Esta cajita que toco, vidalitay
Tiene boca y sabe hablar,
Mi bien ¡ay! mi dolor
Sólo le faltan los ojos vidalitay
Para ponerse a llorar,
Mi bien ¡ay! mi dolor.

Te'i de llevar
Te'i de robar
Te'i de esconder donde
Naides te pueda encontrar

[1] Licores a base de alcohol.

Tan sólo en muriendo
Yo te'i de olvidar.

Despierta calandria hermosa
En tu puerta está un jilguero
Que en tu nidito de rosas
Quiere quedar prisionero

La sotana del Cura
Se deshilacha
Por los hermosos ojos
De una muchacha.

Jesucristo vino al mundo
Y pasó por Maimará
Jesucristo, vino, vino,
Y el vino ¿cuándo vendrá?

El cura no sabe arar,
Ni sabe amansar un buey,
Pero por su justa ley,
El cosecha sin sembrar.

Arribita no más bailen
Ya se pasa el carnaval
Domingo, lunes y martes
Miércoles se ha de acabar.

Salió por fin el cura bostezando, malhumorado y nos dijo: —Ya sé lo que ustedes quieren, que les perdone sus pecados. ¡Ustedes están enterrados hasta la cintura en el infierno! Los absuelvo de los que han cometido hasta hoy y de los que cometerán esta noche. —Lo aplaudimos con entusiasmo. Uno de los del grupo, se le acercó con un porrón de ginebra de barro marca Llave, diciéndole: —¡Beba cura!— No se hizo de rogar. Empinó el codo con gusto. Luego, nos dijo adiós y se fué a dormir. Eran de genio alegre los curas de la Quebrada de aquellos tiempos. Recuerdo que el día que contrajo enlace una hija de la señora Ana Sorich, dueña de la finca de

BIBLIOTECA NACIONAL 1953

Purmamarca, a poco de principiar el baile, el cura de Tilcara se ató la sotana y bailó una zamba con gracia y entusiasmo. Algunas familias que habían venido de Jujuy dispararon del salón. ¡Cuánta diferencia del clero de entonces al de ahora!

A los ocho días de la pérdida de las mulas, me dió aviso el peón que habían aparecido, pero yo, ya no tenía deseos de seguir viaje y me quedé otros ocho días más de baile y de olvido de mí mismo. Pero el tiempo empuja hacia adelante sin remedio, de manera irresistible, y todo pasa en la travesía de la vida.

¡Qué alma sana y limpia la del pueblo de Humahuaca de entonces, tan alegre como una alborada sin nubes en la montaña y un corazón hospitalario, sin lujos ni fortuna, pero sin preocupaciones, sin deudas, ni vencimientos de Bancos! El ferrocarril, años después, debía empañar esta alegría con la llegada de las exigencias de una civilización complicada. Con cuánta nostalgia recuerdo las familias de los Giménez, Cardozo, Soto, Wilde, Aparicio, Medrano, Rosso, Machicado, Centeno, Aramayo, Echenique, Uro, Torres, Castrillo, Belmonte, Cáceres y muchas otras.

Entre las sombras de mi atardecer, ¡qué dulces recuerdos los de Humahuaca y sus alrededores! Golpean en mi espíritu como el eco de las cajas y los herques[1], en las noches de carnaval, que llegaban del fondo de las quebradas hondas, cual la queja de algo que ha muerto o agoniza. Algún día ha de revivir el alma que mató la conquista, en un ejemplar humano hijo de la sangre de la montaña y de las que llegan de todos los rincones de la tierra. ¡Qué frutos ha de dar esa nueva alma caldeada por la electricidad de las alturas, en el arte, la ciencia y todas las manifestaciones de la actividad humana! Lo he dicho y me place repetirlo: todo en las montañas tiene más vida, fuerza y belleza, como resultado de la atmósfera electrizada y las radiaciones del corazón de la tierra. Las carnes son más recias, los frutos más sabrosos, las flores más fragantes, las mujeres más alegres, fuertes y bellas.

[1] Instrumento de música primitivo, hecho de un cuerno que vibra en la extremidad de una caña.

La música de la montaña

Creo que vale la pena, vuelva al tema de la música de la Quebrada de Humahuaca.

Es lugar común, decir que la música es el lenguaje del alma en todas sus manifestaciones, cuando no se acierta a expresar los sentimientos con palabras. Los idiomas de todos los pueblos, sólo tienen vocablos para traducir las necesidades de la materia. —Muy pocos son los que reflejan los estados emocionales. Cuando el hombre se espiritualice, los idiomas se han de enriquecer con lo que hoy les falta: las voces del corazón, que vienen de lo desconocido. Día ha de llegar, en el que se despierte en el mayor número el sentido de la belleza moral y descubra el espíritu la fuente de toda vida, como hoy los ojos se deslumbran con la luz del sol. Sentir la belleza, es acercarse a lo insondable, a lo vedado a los ojos del hombre en su estado actual: es vislumbrar y presentir la fuente de todos los misterios. Pitágoras, recogiendo una tradición antiquísima, decía que el mundo había sido creado al son de la lira. Existe además de la sinfonía de los sonidos, la de los colores, la mezcla de las luces de las galaxias y sus mundos, envolviendo al universo en un inmenso arco-iris. ¡Dichosos los que como Pitágoras pueden oir las armonías de las esferas y perderse como Esquilo entre las visiones de los celestes caminos de los astros!

En todo músico existe una cuerda o antena en la que vibran las armonías del universo, como ocurre con las aves que han nacido con el don del canto. Lo mismo podría decirse de todos los artistas: que pertenecen a una familia divina; pero ninguno traduce la belleza en forma tan honda y emotiva como el músico.

La música de la Quebrada, es una mezcla de las corrientes de armonías que llegaron de las selvas y valles de Santiago del Estero y del Tucumán y de la que vino en tiempos remotos del norte, desde más allá del Cuzco, pasando por las montañas de Bolivia, hasta apagarse en los valles que colindan con la Patagonia, corrientes en las que tuvo mucha influencia la que trajeron los conquistadores, por extraña coincidencia, muy parecida a la de la tierra, con la alegría de la jota de los

aragoneses, el sentimiento de las canciones andaluzas y del fado de los portugueses. En el *bailecito*, el *gato*, la *zamba*, el *escondido*, el *cuando* y la *chacarera*, se siente el arrebato del alma bajo el impulso y la fuerza de las más violentas pasiones. Los *tristes*, son la lágrima que ríe y la risa que llora; el sollozo de la despedida y el abrazo del regreso; el desahogo que impide que el corazón estalle bajo la presión de ciertos estados de pesar o de dicha. Es el dolor mudo, sin lágrimas, las esperanzas marchitas o muertas, las ilusiones que se dibujan en confín lejano, la emoción que nos embriaga y en un espasmo amenaza matarnos. Es el ocaso y la aurora, con el despertar de las aves, junto con la mancha roja sobre el filo de la loma y de la montaña; es la noche obscura con todos sus misterios, la luz de la luna que riela sobre el mar, los bosques y las tumbas. Es en resumen la nostalgia del alma proscrita de los cielos, la *reminiscencia* de que hablaba Platón. ¡Y cosa singular! Yo no he encontrado el eco de esa música con igual intensidad emotiva en ninguna de las provincias vecinas, ni en los mismos valles hondos de Jujuy, como los de El Carmen, San Pedro y Ledesma.

¿Se trata, acaso, de un privilegio de la montaña, como el de los zorzales de canto más fuerte, sentimental y estridente que los de la llanura? ¿Tendrá parte en su dulce melancolía la tristeza de las cordilleras sin árboles ni aves, que parece lloran penas eternas? Para mí, no hay duda, es el alma de la montaña la que canta su queja en el corazón de sus hijos.

"El motivo sentimental de la música indígena", dice Emilio Augusto Villafañe, está explicado en lo que contiene de profundamente místico. Cadenciosa, doliente y uniforme como la canción de los vientos en las rocas y en las tolas, nos habla desde el fondo de los siglos de los dioses que se fueron: es la música que convoca a los espectros a la ronda en los abismos de la noche; asciende en la oración de los muertos, que fluye de las piedras y de las grietas y desata las jaurías del vendaval. Por eso, repito, es la música del que llora en guerra con el silencio, del que abre al infinito su corazón estremecido de interrogantes. La tristeza humilde, del que ya no tiene lágrimas, del que se ha cansado de protestar contra su sino, del que añora empequeñecido al crepúsculo lejano de su raza; es una

tristeza que petrifica su conformidad, tristeza sin palabras y sin gritos; es la tristeza del ídolo sin altares, y sin votos. Esa música nos trae el frío de la fatalidad" [1].

De esta música ha de nacer la voz del alma de América, hecha de todas las voces del mundo: pero la armónica madre, la más caudalosa, es la que ha de dar la elegía de la Cordillera de los Andes, que se extiende de México a la Tierra del Fuego, porque en esas montañas late el corazón del planeta con más fuerza. En sus faldas, van a morir las voces cansadas del mar, de las selvas y de las pampas; la ira de las borrascas que vienen del polo, las que nacen en los arenales sedientos y las plegarias de la tarde en los días de calma.

Hasta aquí la música de la Quebrada de Humahuaca, pero no resisto a la tentación de seguir con un tema que me apasiona por la importancia que, en mi sentir, tiene para el destino del hombre.

Es difícil imaginar todo el bien que han hecho músicos y poetas, en el pasado de la Colonia, en tiempos en que no existían otros medios de esparcimiento que el juego y el alcohol, en sociedades embrionarias, sin más distracciones que las riñas de gallos, las carreras de caballos, los naipes y la taba, y las orgías continuas con aguardiente y chicha.

El hombre, no merece el dictado de tal, mientras no se siente conmovido por lo bello. El que se emociona en su presencia, va derecho por la ruta que conduce a la vida espiritual, a la abnegación y al heroísmo. El dolor y la belleza, matan el egoísmo y despiertan la piedad. Es por eso que el arte, debe ser con la ciencia, una de las bases fundamentales de toda cultura.

Debe principiar su enseñanza, junto con el de las primeras letras y la de los números. Indagando Polibio, dice Plutarco, la causa por la que los Cineteos eran los más desleales y bárbaros de los pueblos de Grecia, a pesar de tener idéntico origen, lo atribuye al abandono en que tenían a la música —arte necesario— dice, para afianzar la moral, la justicia y el orden. No sin razón —agrega— los pueblos de Creta y

[1] Artículo publicado en "La Nación" del 9 de setiembre de 1934.

de Laconia, prefirieron en sus ejércitos el uso de la flauta al de la trompeta y una antigua ley de los Arcades, los obligaba a estudiar la música desde la infancia hasta los treinta años. Los Cineteos, que descuidaron este arte, se hicieron de carácter feroz, pendencieros, y nunca disfrutaron de paz ni entre sí ni con sus vecinos. Los más grandes Capitanes de la Grecia heroica fueron músicos y poetas. Sabido es que Pitágoras iniciaba las clases en su célebre instituto de Cretona con la música y el canto. Sócrates tañía la lira en su vejez.

El sabio Oliver Lodge, dice que este mundo, es tan bello como el mejor de los mundos posibles [1]. Esto es verdad, para el sabio o el artista o el que tiene el alma alumbrada por la belleza moral. Pero en los días en que vivimos, el mayor número, ante las maravillas del universo, es un ciego que nada ve ni siente, a pesar de tener los ojos abiertos, ceguera que proviene de la inteligencia y del corazón, sin cultivo ni evolución. La situación del mayor número, es la del que posee una galería de cuadros de eximios pintores, ante los que permanece indiferente, porque carece de cultura artística, o la del analfabeto que vive en medio de una biblioteca repleta de las producciones del genio. ¿Qué le dice al mayor número el espectáculo del cielo estrellado, del mar, de las selvas y de las montañas? ¿Qué siente ante las maravillas de la aurora y del crepúsculo en las pampas, las selvas y las montañas? ¿Qué le dicen la nube teñida de oro y grana, la flor, la mariposa y el ave? Y en el orden moral ¿qué sabe de la dicha de consolar al afligido, de secar una lágrima, de tender la mano al caído o al que desfallece, de sacrificarse por los que caminan entre espinas dando tumbos, porque no se les alumbra el camino pudiendo hacerlo? Ni tampoco el mayor número conoce del amor más que la parte animal, los espasmos que hacen el contento y la felicidad de la bestia.

¡Qué apostolado el de los verdaderos maestros! Les es aplicable lo que Sócrates decía de sí mismo: parteros de almas. Es que en verdad, los seres de excepción que en este mundo caminan a la vanguardia, nacen dos veces: el día que alumbra

[1] Evolución biológica y espiritual del hombre.

el vientre de la madre, y aquél en que se enciende en su alma el sentimiento de lo bello, de lo bueno y de lo verdadero; el día que comprenden que no existe felicidad posible en este mundo sin la guía de las leyes morales y del amor, que calienta el alma con voluptuosidades inefables. Es el fenómeno espiritual, que los teólogos llaman la *gracia*, el alumbramiento interior por la luz divina, como el caso de San Pablo en el camino de Damasco; el de la pecadora, ante la magia de la mirada de Jesús, o el de Ignacio de Loyola, a quien los dolores del cuerpo despiertan las bellezas del alma. La *gracia*, es luz que enciende a veces una palabra bien inspirada, la página de un libro, una acción noble, la chispa de una mirada, el timbre de una voz angelical. Pero para que tal milagro se produzca, es menester que el espíritu se encuentre preparado. El camino de Damasco, debía ser muy transitado, pero no hubo más que un solo San Pablo. La gota de agua que tiembla en la hoja de un árbol, convertida en perla o diamante por la luz del primer rayo de sol, nada refleja caída en el cieno. La obra del maestro de verdad, debe consistir en descubrir al niño la belleza que alienta en todo en el universo, para que sienta en el alma el imperativo del bien y del deber, del amor y del espíritu de sacrificio, a fin de que un día sus ojos se abran a la luz divina.

¿Imagináis lo que sería este mundo si el mayor número tuviera la mente enriquecida siquiera por los primeros principios de la ciencia, y el corazón estremecido por las voluptuosidades del arte? Desde luego, en su mayoría, serían hombres y mujeres hermosos, porque el alma buena, modela un cuerpo bello.

Hoy, los que mandan, disponen de mil medios para alumbrar el espíritu y la evolución tiene que ir adelante a paso redoblado. Creo que haría falta la creación del Ministerio de la Belleza. La última guerra, ha puesto en evidencia, que todos los monstruos del pasado viven en el corazón del hombre y que despiertan en cuanto desaparece el temor al castigo. Depurar las almas, debe ser la obsesión de la hora que vivimos. El mito más delicado y profundo, creado por la fecunda fantasía del genio griego, es sin duda, el de Orfeo, que amansaba las fieras con las armonías de su lira y hacía estremecer de emoción hasta las piedras.

No hay duda que las almas son, repito, cual cuerdas hechas para vibrar al unísono con las armonías del universo. Pero en su estado actual, son flautas de caña, charangos o guitarras desafinadas. El maestro de verdad, conoce el secreto de arrancar armonías de los instrumentos más toscos y primitivos, porque en todo hombre, alienta la chispa divina que con el correr del tiempo, ha de convertir el monstruo en ángel.

Conviene insistir sobre el tema hasta el cansancio: los maestros tienen las misión de realizar la revolución psíquica que ha de matar todas las causas de la infinita desventura humana, mientras la ciencia logra vencer los males del cuerpo.

Y ese milagro sólo se ha de lograr con la magia del arte, que ha de cambiar las bestias en hombres que miren los cielos y lleguen a ser parientes de los dioses como lo quería Pitágoras.

Tan eficaz como la religión, el arte alumbra la chispa divina, la mónada de los filósofos griegos, que en la mayor parte de los hombres duerme, sin que el ser que la lleva en lo más hondo de su entraña, como la gota de rocío en el cenegal, sospeche siquiera su existencia. Y nada como la música para alumbrar los abismos de esa inmensa región desconocida, que si hoy se encuentra velada por espesas sombras, tiene su ventana abierta a los rayos de la aurora de una patria de belleza y de infinita dulzura de la que es un desterrado y del que la música es el más elocuente mensaje. Los grandes maestros de la música, tienen misión idéntica a la de los más grandes profetas de todas las biblias sagradas.

Dice la mitología griega, que cuando Zeus quiere derramar bienes y alumbrar el camino de los mortales, siembra entre ellos un alma grande hecha de luz, de sabiduría y de bondad, en la persona de un sabio, un artista o un héroe. Nadie como el músico parece dar razón a la creencia según la que, ciertos seres no tienen la misma procedencia que el común de los mortales. ¿No es acaso milagro divino el de un niño como Mozart, que a los seis años asombra a sus oyentes en el piano, y a los ocho compone sinfonías admirables? En estos momentos —mayo de 1949— un niño de once años, Pierino Gamba, dirige una orquesta de setenta profesores en el "Gran Rex" de esta Capital, para lo que, por lo común, requieren diez

años de estudio maestros avezados. Sabe de memoria cuarenta y ocho óperas y le son familiares todos los instrumentos.

Son sin duda maravillas ciertas almas, que hacen creer lo que dice el patriarca Enoch, que ángeles errantes en los espacios siderales tuvieron curiosidad de conocer las mujeres a poco de creadas, para lo que bajaron a tierra, y las encontraron tan bellas, que resolvieron encarnarse en el cuerpo de hombres y tomarlas por esposas de donde según el mismo poeta-profeta arranca la estirpe de los héroes, sabios y artistas. Pero el músico, entre los seres privilegiados, es sin duda la cumbre, la cima de esta estirpe divina, porque arde en su alma la chispa que vive en contacto con la fuente madre que crea los mundos con la magia del amor y de la belleza. ¿No son plegarias inefables, las sinfonías de músicas como las de Beethoven, Mozart, Chopin, Wagner, Juan Sebastián Bach, Grieg, y otros que incitan a caer de rodillas en oración a Dios?

Por desgracia, en pueblos de escasa cultura, estos seres venidos quién sabe de qué rincón de los cielos, son casi siempre simientes caídas en terreno refractario. ¡Con cuánta frecuencia los esteriliza el medio! Mueren de asfixia por falta de atmósfera o por atmósferas envenenadas. Su desdicha se encuentra casi siempre en relación con la riqueza y amplitud de sus talentos. Su suerte es la del ave extraña en la laguna, perseguida y picoteada por bandas de aves pequeñas y vulgares, por la incomprensión de los unos, por la indiferencia de otros, por la envidia de los más. Sus dotes de excepción parece que significaran una injuria, un reproche permanente al montón, como si infiriesen un agravio a los mediocres sin talento ni carácter que suman el noventa y nueve por ciento de la especie humana, según cálculos del astrónomo Flamarion.

Quiero terminar este capítulo sobre la música, haciendo votos porque nuestros artistas se consagren de preferencia al cultivo de temas de la tierra, que apliquen el oído y ausculten lo que dicen las maravillas de los estuarios del Orinoco, del Amazonas, del Plata y de los ríos y lagos de la Patagonia, donde arden los volcanes entre cumbres de nieve y hielo.

Que vuelvan la espalda a la música lasciva y mecánica que tuvo su cuna en Africa y se baila en los salones con la

cadencia de muñecos movidos por resortes, o como las figuras animadas del cine.

Que florezca siempre en la tierra de Santos Vega, la música criolla que es risa y lágrima, desahogo del corazón de hombres sanos y fuertes que rinden culto a las más nobles manifestaciones del espíritu. Mucha falta le hace al pueblo argentino, el alimento de la buena música, tal como una hostia divina que tonifica y eleva el alma.

La música arrabalera enciende y revuelve las bajas pasiones y despierta los instintos de la bestia. En los países más cultos, la música sirve ya de remedio eficaz en la cura de enfermedades nerviosas y también para aliviar los males morales.

EN LA REGION DE LAS SELVAS

Nubes, vientos y tempestades

En el ámbito que rodean las cadenas del valle de Jujuy, de cuatrocientos leguas cuadradas, caben varias tempestades, como que es frecuente asistir en verano al espectáculo de tres y cuatro tormentas a la vez, en cumbres distantes cien kilómetros unas de otras, en rumbos opuestos, alumbrando el parpadeo de los relámpagos, el fondo obscuro del valle en calma. Con frecuencia, las tinieblas y las borrascas de un lado, mientras la luna aparece entre girones de nubes de nácar, de las cimas quebradas de las cadenas del otro extremo. Sucede también, que una tormenta de agua y nieve, azota la cumbre del Chañi al poniente, y al Oeste, el Zapla y el Santa Bárbara, se ostentan teñidos de un sol de oro y fuego. Entonces ocurre que uno y dos arco-iris, a la vez, tienden su pórtico de luz de montaña a montaña, y las abrazan anunciando que la tormenta se aleja o termina. Cuando los ciclones fermentan en lo hondo del valle, parece que las nubes se arrastran pesadas y negras sobre los árboles y que en su entraña vienen envueltos los vientos, que luego zamarrean con ira el bosque. La noche del día que esto escribo, 28 de noviembre de 1949, me ha sido dado contemplar un espectáculo extraordinario, una tempestad al poniente en la falda del Chañi, mientras del lado opuesto, de las espaldas del Zapla se levanta la luna llena, que convierte las masas de nubes en un telón revuelto de nácar, ópalo y turquesa, con la entraña castigada por las centellas, mientras parpadean por segundos los relámpagos.

En las noches de luna, cuando llegan los temporales del sud, me entretengo en ver pasar a gran velocidad, las prime-

ras nubes con senos negros y los bordes de nácar que anuncian la proximidad de la borrasca. Los vientos de la pampa, tropiezan con las cadenas de montañas que se atraviesan de este a oeste, y pierden además su fuerza enredados en el ramaje de los bosques.

Los inviernos, en el norte, son secos. Muy rara vez llueve o nieva. Las lluvias principian por lo general en octubre y noviembre. Se anuncian por cúmulus que por arte de magia, parece brotaran de la entraña misma de las montañas. Toman la forma de circunvoluciones cerebrales, de seres que meditan, observan o sueñan. Permanecen por instantes en la postura de algo con vida, parece que descansan en la falda, como si contemplaran el valle con amor, hasta que con desgano se despegan y hacen rumbos a lo alto. Muchas veces al observarlos, me ha parecido ver en ellas viajeros que se detienen a descansar en el curso de larga travesía, pasan revista a lo andado y meditan en lo que les falta del camino. Es como si midieran la suerte que les espera: ser granizo, fango, vivir en la entraña obscura de la tierra, para reventar un día con risa alegre y juguetona a la luz del valle, y ser luego perfume en la flor, sangre en el corazón de la virgen, lágrima que arranca el dolor o el exceso de emoción y de dicha.

Magnífico y conmovedor espectáculo el de las nubes, cuando desembocan en el valle en los días de tormenta, como los bordes de un mar revuelto, alumbrado su seno por los relámpagos detrás de las espaldas de las montañas. Son, cual cordilleras de plomo y mármol, que se mueven sobre las moles quietas, que toman el aspecto de cordilleras de luz y sombras. Cuando la tormenta estalla, parece que se sienten los estremecimientos sensorio-nerviosos de un organismo gigantesco, cual alma humana presa de una crisis de nervios, que termina en desahogo violento. Los árboles con aire de resignación, reciben a pie firme las embestidas del viento, la caída del agua a torrentes, y el rayo que hiere y despedaza.

En aquellas regiones, las corrientes de aire nacidas en las montañas o en el trópico, o el polo o el mar, se juntan en lugares en los que entablan luchas a brazo partido, hasta que alguna resulta vencida.

Cuando el pampero, portador del frío del polo y del alien-

to de la pampa, domina el viento caliente del trópico, llega a su vez tibio hasta las punas, después de resbalar por los flancos de las cadenas del Ambato y del Aconquija. Cuando triunfan los vientos calientes, que parecen portadores de rabia y veneno, no tarda en hacerse sentir su acción en el mar y sobrevienen los temporales y lluvias que fecundan los campos y vigorizan las selvas. ¡De qué cosas misteriosas no serán portadores los vientos en su seno! ¡Qué secretos traerán los que nacen en las arenas calientes, en los bosques poblados de árboles gigantes, de marañas y aguas estancadas y los que vienen del polo, del mar y de la pampa, como aquéllos que bajan de las cumbres cubiertas de nieve o que se escapan por entre las hondas quebradas de la cordillera! ¿No hablarán acaso el mar, la pampa, las selvas y la montaña en lenguaje propio? ¿No traerán los vientos uń mensaje de las entrañas que les han servido de cuna, para las tierras y cielos que atraviesan y aquellas donde mueren? Lo indudable, es que su acción en el organismo humano, no es la misma. El viento norte, trastorna, enferma y con frecuencia mata; el del mar y la pampa como el de las cumbres, alienta y reanima, son portadores de alegría, de salud, de vida y esperanza.

En los primeros días de septiembre, es frecuente ver a la madrugada el cuerpo de la montaña del Chañi, envuelto en un ligero tul rosa pálido, del que emergen las crestas rotas con nieve a seis mil metros de elevación, teñidas de rojo vivo. Lentamente, la cortina de tul rosa se corre hacia el llano hasta que el valle entero se inunda de un baño de oro, mientras centenares de loros y avecillas pequeñas que dormían al abrigo de las quebradas hondas, caen de lo alto en bandadas sobre las copas de los ceibos y aromos en flor.

El canto de los zorzales y calandrias, dan la nota saliente en la sinfonía con que la familia de avecillas saludan el primer albor de la mañana; y cuando el sol calienta, bullen en las copas de los espinillos y algarrobos, las abejas y los insectos que corren de flor en flor.

Los días en que habrán lluvias o tormentas, el sol aparece detrás de las montañas envuelto en mantos desgarrados de nubes negras, con bordes que arden. Entonces, las cumbres del Zapla, ofrecen columnas de humo que le dan el aspecto de vol-

canes en actividad. Esas cumbres anuncian con seguridad, el buen y el mal tiempo. Cuando sobrevienen temporales, dicen los criollos que las lluvias no se van, hasta que el Zapla no tira el sombrero. Los vapores de la mañana y de la tarde, transpiración del cuerpo de las cordilleras, cambian de tono por instantes y tiñen con juegos de luz laderas, cuchillas y quebradas hondas. Indefectiblemente también en septiembre se producen incendios en las quebradas que duran varios días; de noche semejan ríos de fuego que corren por el costado de las sombras. El vientre opulento del Zapla, arde en todo tiempo alumbrado por las luces de los que oradan su entraña, en la tarea de extraer minerales de hierro.

El alba que asoma tras de las montañas, es maravilla que se repite todos los días y que no tiene admiradores. El cielo se tiñe del rubor de una virgen o de la sonrisa de un dios. Desde joven, cuando estoy en el campo, lo primero que pregunto a las personas del servicio al despertar, es cómo ha amanecido el día —si limpio o con nubes—; jamás saben darme razón, salvo cuando llueve. Es que vivimos perdidos entre milagros y maravillas que a nadie asombran, que a nadie llaman la atención.

No se repite en las montañas un día en que el espectáculo sea el mismo. Nunca se alumbra el telón de las cordilleras y de los cielos con idénticos colores. El fenómeno es viva imagen de lo que ocurre en el universo todo, sin un segundo igual, el que precede al que le sigue. Y si así no fuese, no sería posible la belleza y la juventud eterna de la creación. Dice Mauricio Mæterlink, que en el infinito de los tiempos idos, la naturaleza ha debido repetirse muchas veces. Siempre que contemplo un amanecer, recuerdo el pensamiento del poeta, y no le encuentro razón, porque la materia vive, en movimiento y cambio perpetuo, principiando por los elementos que componen el átomo.

—Usted dice que es doctor en nubes— observaba a Lugones en charla de sobremesa. —Pero no lo será completo, mientras no vaya a pasar unos días conmigo, en mi rancho de La Quinteja, dentro del marco de cuatro cadenas de montañas de tres a seis mil doscientos metros de elevación, donde las nubes, las montañas y el bosque, juegan la fiesta permanente de la

luz y de los colores. —Me entusiasma el calor con que habla de su tierra —me dijo mi noble amigo—; iremos un día. Conozco Jujuy, pero no su valle sino de paso por el tren".

Por desgracia, a pesar de sus promesas y deseos, no llegó el día del viaje. Se fué para siempre, asfixiado por la atmósfera que respiraba. Había nacido para deambular entre las nubes en las regiones más altas de los sueños y del pensamiento; sucumbió a la nostalgia del infinito, que es en ciertos seres, la peor de las nostalgias. "Muero porque no muero", decía Santa Teresa de Jesús. Por otra parte, no se puede llegar hasta la región de las nubes sin asfixia y sin recibir los latigazos de las centellas.

Aquellos que han venido al mundo con el espíritu tejido con la trama de hermosos sueños, tienen las alas frágiles, fáciles de quebrarse en las horas aciagas. El sistema nervioso del mercader o industrial afortunado, no es el del poeta, el músico o el patriota desinteresado. No es el mismo el corazón de las aves de presa, o de corral, que el de aquellos que han nacido para saludar la aurora.

Es que por otra parte, el misterio de la muerte, pavoroso para el mayor número, es para unos pocos, manantial de voluptuosidades espirituales. Es el umbral que descubre el horizonte de los cielos, las regiones de lo inmaterial en donde viven los inmortales al decir de Homero.

Lugones se quebró en un momento de debilidad, bajo el peso del delito de haber nacido con gran talento, con dones raros que se pagan tan caros en este mundo.

¡Ah, doctor en nubes! A primera vista diríase un concepto hueco y baladí, pero a poco que se medite, nos enfrentamos con algo tan grande como sería el hecho de tener en la mente, el secreto de todos los arcanos de la naturaleza, comenzando por el origen de la gasa tenue de materia cósmica que al comenzar de los tiempos, cubría con su velo el infinito, hasta que la nube cuajó en las estrellas y mundos que nacieron al son de la lira, según los sabios griegos, sembrando la vida, el amor y la belleza en la inmensidad. ¡Pobre poeta! El vulgo no sólo ignora lo caro que cuestan los dones de excepción, que acercan a ciertos hombres a los cielos y a los dioses, sino que los

compadece y los considera seres inútiles por los que sienten la compasión del ave de corral por las de canto.

Los corazones y las mentes alumbradas con más luz y que más sienten, son sin duda las que con mayor intensidad experimentan los goces de la materia y del alma, pero son también las más sensibles al sufrimiento, a los dolores propios y ajenos.

Acaso sea cierto que la locura o los desequilibrios nerviosos son compañeros del genio.

INTI - HUASI: LA MANSION DEL SOL O DE DIOS

Si las cordilleras que aprisionan el alma desolada de las punas —el alma de las tormentas eléctricas y de los vientos blancos—, ofrecen al viajero paisajes semejantes a los de los mundos que han muerto, esas mismas cadenas en las faldas que miran la salida del sol y reciben de frente el beso de las brisas empapadas de rocío, que vienen de las pampas y del mar, ostentan en sus senos la vida exuberante de una primavera eterna.

Diríase que el invierno y la primavera, la vida y la muerte, están allí pegadas por la espalda: una eclosión de belleza de un lado, y del otro yermos fríos, donde el enrarecimiento del aire sofoca y mata toda simiente y hace penosa la existencia de hombres y animales. En una misma página dos poemas: el que celebra las nupcias de la tierra con el sol, y el de la tristeza y soledad de arenales sedientos que amortajan con frecuencia los vientos blancos y que tienen el semblante de seres en los que ha muerto toda esperanza.

Las moles de los Andes, de Catamarca al norte, son seres con vida, cuyas pulsaciones vigorosas se sienten en los temblores de tierra; en los bosques de maderas duras como el acero, que se cubren de flores antes que de hojas; en los vientos encajonados entre los flancos de las cordilleras; en el rayo y la centella que castigan la frente de la nube, con más ira que en las pampas y valles hondos.

Las aguas calientes que brotan de sus flancos, parece que traen con sus radiaciones, mensajes del corazón del planeta; las cumbres son antenas que reciben mensajes de las estrellas, de los dioses y de los ángeles. Las corrientes de los deshielos que se

despeñan dando alaridos, son notas agudas de una lira encordada con vientos y tempestades que entonan melodías a los cielos junto con las voces del valle, del bosque y de las pampas. Deshechas en espuma a la madrugada, estas corrientes parecen lágrimas que ríen, cascadas de perlas que rebotan en su lecho de piedras y su cárcel de rocas. De noche, entonan elegías que por la magia de las sombras de las montañas, alumbradas por la luz de la luna o de las estrellas, despiertan reminiscencias de ésta y acaso de otras vidas. Los yaravíes, huainos y otros cantos de los hijos de la tierra, son ecos del alma de la montaña, como el canto del zorzal y de la calandria.

Ocúrreseme que un dios, escucha atento estas armonías y otras que escapan al oído humano; y que las hadas, los silfos, las ondinas y náyades y todos los espíritus de la naturaleza, se dan cita para celebrar a orillas de lagunas como las de Yala, a tres mil metros de altura sostenidas por brazos de rocas que avanzan del vientre de la montaña sobre el abismo, la llegada de la primavera. ¡Qué valles son los que median entre las cadenas del Chañi y del Zapla; del Santa Bárbara y del Centinela; del Zenta, Calilegua y la Candelaria, con cerros menores y colinas que terminan por morir a los pies de los nevados de Cachi y Acay en la provincia de Salta! Los rincones de los valles donde nacen los ríos de León, Yala, Reyes, Perico y La Cabaña, que han cortado el cuerpo gigante del Chañi de más de 6.000 metros de elevación en tarjas profundas que son verdaderos abismos, tienen la magia de los lugares encantados. Son manantial de sueños; todo habla allí de los cielos, los lirios blancos y rojos que brotan de la noche a la mañana entre los barrancos empapados de agua; el cóndor y las águilas plateadas y negras que planean en lo alto; la golondrina casi del tamaño de una paloma con el cuello blanco que raya el cristal del horizonte como una flecha; el palio de nubes o de gasas desgarradas de los vapores de la tarde, y el lucero que brilla en un pedazo de sombra, y tiembla y nos da su último adiós desde el filo quebrado de la montaña.

Todo es allí manantial de sueños que curan almas enfermas, que golpean las puertas de las dormidas, para recordarles que el hombre, si es materia, es también espíritu; que abren las

ventanas de los cielos a los que han nacido con el don de percibir la belleza de la música, de la poesía y de la bóveda de los cielos salpicada de estrellas.

Aquellos rincones guardan remansos de silencio, donde parece que duerme el tiempo. Allí no hieren las espinas de recuerdos tristes. Todo se olvida. ¿Pensáis lo que valen para la higiene del alma, lugares donde se borran y alivian los recuerdos desagradables?

Cuéntase que el poeta Simónides ofreció a Temístocles enseñarle a memorizar. —Enséñame a olvidar, le respondió con vehemencia, porque olvido lo que me agrada, mientras me envenenan recuerdos que no puedo borrar.

El capitán Andrews, de la Armada Británica al que me referí, que en 1825 hizo la travesía de Buenos Aires al Alto Perú, escritor de pluma amena, ágil y vigorosa que conocía los países que bañan todos los mares, estalla en una explosión de entusiasmo al contemplar el horizonte en el amanecer de un día de septiembre, en la posta de La Cabaña, a orillas del río de Perico, con el Chañi a la espalda y el Zapla al frente. Con palabra conmovida se lamenta de que en su patria no exista paraje semejante, donde puedan ir a beber inspiración los poetas, los músicos y los artistas, a sumergir —dice— el corazón, entre paisajes de belleza inexpresable como jamás ha visto.

¡Y qué decir de las lagunas de Yala, de las termas de Reyes y de Santa Bárbara; y las cumbres anchas y planas del Calilegua, verdadero prodigio donde se contempla desde el llano la entraña de la tierra cerca del azul, en estratificaciones horizontales, tal como estuvieron tendidas en los abismos, hoy sobre moles de miles de metros de elevación, que un día subieron a lo alto horizontalmente debido a una contracción horrorosa de la corteza terrestre! Desde la primera vez que las vi, se me ocurrió que eran el solio desde donde el Satán de Milton, sentado al borde del abismo contempla con atención el mundo. ¡Qué trono para un Olimpo de los dioses de la luz, de la belleza y del amor, desterrados por la barbarie de los tiempos, hace siglos, del monte Ida! Estoy cierto, que el sueño de la mitología griega, se ha de traducir en realidad allí, en día no lejano, porque es sin duda el más bello altar de la cordillera

de los Andes, colocado al parecer adrede, donde pasa la línea del trópico y se quiebra la espina dorsal de las cadenas que bajan desde Méjico para perderse entre los hielos del Polo Sud. Se dice que en una de esas cumbres, existen ruinas de un templo del Sol, de tiempos de los Incas. El escenario, evoca dramas como el del Prometeo de Esquilo, encadenado en las rocas del Cáucaso; el castigo de los Titanes por Zeus; se cree ver a Apolo y a Dionysos coronados de flores del aire, de orquídeas con pétalos alumbrados por dentro con fulgores de luna y de estrellas. Y siguiendo por esa senda, acuden a la mente algunos personajes del Paraíso Perdido de Milton: la Alegría hija del Céfiro y de la Aurora; la Melancolía, hija de Vesta y de Saturno; y el hijo de Circe, Comus, coronado de hiedra, el dios de los rumorosos bosques y de la vigía tumultuosa. ¡Qué monte Ida, ni qué rocas del Cáucaso! ¡Para trono de todos los dioses y todas las musas, las cumbres del Calilegua y del Zenta! Pasa por ellas el aliento de una mañana del Génesis.

Bien pronto la aviación ha de cambiar la vida y hasta la faz de nuestro planeta. Las grandes ciudades como Buenos Aires, han de perder entonces mucha de su importancia, porque los que hoy viven asfixiados en una aglomeración donde faltan el aire, la luz y los paisajes bellos, han de buscar de preferencia el albergue de estas montañas. Entonces, cadenas como las que desde Catamarca siguen al Norte, pasando por las de Tucumán, Salta y Jujuy, se convertirán en mansiones de hadas de carne y hueso, que vivirán entre el cielo y la tierra, en un paraíso tejido de ilusiones, fantasías y sueños. La influencia de la atmósfera y la alta tensión eléctrica, darán vigor a los cuerpos, mientras las almas habrán de sentir el despertar espontáneo del sentimiento de la belleza, hasta en los corazones dormidos, por el embrujo de paisajes que no parecen de este mundo, sino de otro mucho más bello que el nuestro.

Cuando esto escribo —febrero 22 de 1951—, leo en La Nación, de Buenos Aires, que se ha cubierto la distancia de una ciudad de Estados Unidos a Inglaterra, en cuatro horas y cuarenta minutos, a razón de ochocientos kilómetros por hora. Nadie puede, pues, tachar de sueños fantásticos, fruto del cariño a mis montañas, el porvenir maravilloso que veo venir para ellas a plazo cierto, acaso muy breve.

Las noches en los rincones de las montañas cubiertas de selvas tropicales, empapadas de aguas frías en los flancos y calientes en la entraña, son diferentes a las de las pampas, las selvas, y valles amplios. Bajo la mirada de las estrellas que arden, el alma se siente oprimida por la sombra del cuerpo de montes que tienen el ceño adusto de titanes, que duermen sueñan y meditan y crean una atmósfera se diría de silencio condensado y solemne que penetra hasta lo más hondo y parece paradoja, poblado de rumores que no son de este mundo, sino del infinito.

Despiertan en nosotros voces que nos hablan de dramas cósmicos, de la orquestación del universo, como del nacimiento y agonía de las estrellas, o de las cordilleras que un día emergieron del seno profundo de los mares. Nos llevan a meditar en el dolor inmenso de la Madre Tierra cuando una contracción de su corteza tuvo por resultado el alumbramiento de las montañas que son la espina dorsal de los Continentes con volcanes en los que late el corazón del planeta; nos hablan de la peregrinación del agua cristalina que se escurre rumorosa entre piedras y rocas, y a poco andar en el fondo del valle, se convierte en fango, en flor, fruto, sangre y lágrimas, hasta que vuelve a confundirse con las aguas amargas del mar, para retomar el hilo de su peregrinación por las alturas, en forma de ténues vapores que cuajan en nubes, a las que el sol convierte en mantos de púrpura y esmeralda, en ríos de oro, y luego en rocío que siembra de perlas las hebras de las cortaderas, airampos y las hojas de los árboles. Las sombras de tales rincones, nos imponen el imperativo de meditar en los misterios entre los que caminamos perdidos, a tientas y en los que no reparamos, entre otras causas, por los rudos afanes que impone el mandato bíblico de ganar el pan con el sudor de la frente, lo que hace que nada nos llame la atención en una travesía donde a cada rato nos golpeamos la faz con prodigios y milagros estupendos, de los cuales el más oscuro es nuestro propio yo, —el enigma de la vida—. ¿Quiénes son los que se preguntan y preocupan por qué piensan, sienten, aman y sufren, de dónde han venido y para dónde van? No lo dudéis: en aquellos parajes, la inteligencia ha de alumbrar con fulgores desconocidos y si de los cielos han de bajar mensajes o revelaciones nuevas a este mundo, vendrán

por el camino de las queridas mansiones del sol, en las que el hombre va a representar el último acto del drama de su destino en la tierra.

La selva en flor

A fines de julio, estos valles ardientes, principian a ataviarse para la eclosión de amor del mes entrante. Este mes, mientras en Tucumán y Salta, los durazneros y ceibos tiritan de frío, en Jujuy están cargados de flores de un rojo tan vivo, que ofende la vista. A mediados de setiembre, valles, faldas y laderas, tienen la expresión de una joven y bella mujer en cinta, en trance de dar a luz. En una calma tibia y solemne, sin los vientos de agosto que sacuden la fronda, las ramas de los árboles de la noche a la mañana se cubran de flores, antes que de hojas. El manto plomizo, apagado y marchito de cerros y valles, desteñidos por los fríos del invierno, se salpican de manchas rojas, moradas, amarillas, lilas o blancas.

Es el milagro del amor divino que llega y pasa, es el fruto de los rayos del padre sol, prisioneros en el vientre de la madre tierra. Es el beso amoroso del sol, que hace florecer a un tiempo el duraznero y el ceibo, luego el naranjo y el lapacho; después el guarán, el espinillo, el árbol de la cruz, el tarco y el carnaval, envueltos muchos de ellos con mantos de enredaderas también floridas, que se acomodan con la coquetería y gracia de un chal en los hombros desnudos de una joven y bella mujer. Cuando se despojan de las flores, para ceder sitio a las hojas, la extensión que abarca la sombra de cada árbol, es un manto o alfombra de pétalos blancos, rojos, lilas o de oro. En su agonía, parece que las flores dan su último adiós al sol, a quien raptaran por un instante los colores del iris.

Pero cuando estalla la vida, en toda su belleza y pujanza, es después de la primera lluvia. Entonces, se produce una verdadera explosión del vientre materno, que puebla los campos de millares de flores de variedades infinitas, nacidas en un instante, de la noche a la mañana, entre el polvo antes reseco, donde no existía señal remota de simiente de vida. Tales son entre otras, los lirios, las azucenas, las puyas, las flores de lis, el amancay, las dalias silvestres, el panti, y una variedad ex-

traordinaria de plantas que escancian esencias, perfumes del cuerpo de la montaña, como la dama de noche, el grano de oro, el espinillo, el aromo, el tala lila, y las flores del aire. Debo decir aquí, de paso, que he podido comprobar en cada cuerpo de montaña, la transpiración de un perfume propio.

Coincide este alumbramiento de la flora, con la aparición repentina de toda clase de insectos, mariposas y aves, que dan vida al ambiente, en verdadera orgía de vida. Vienen desde lejos, en busca de la flor del ceibo y de los naranjos, loros grandes y pequeños, las catas negras, el tordo carmesí, el jilguero rojo como una brasa, el cardenal de cresta colorada, y se juntan con las aves sedentarias los naranjeros azules y de pecho granate, con el zorzal y la calandria, que no dejan una mañana de anunciar la llegada del sol. El tordo carmesí que parece una brasa alada, hace su aparición como el más bello mensaje de la primavera. Se lo ve, durante unos días en los alfares en flor y luego desaparece cuando aumentan los calores.

Con los vapores calientes de setiembre, se produce una invasión de aves extrañas, que llegan no se sabe de dónde y desaparecen tan luego como los árboles pierden las flores, que les sirven de manjar. Merecen, entre ellas, especial mención, los jilgueros de distintos colores, los picaflores y colibríes de todo tamaño. Toman como por asalto la copa de los ceibos, espinillos y algarrobos en flor. Una superstición popular, dice que son mensajeros de buenas nueyas. Yo los saludo complacido y me hago la ilusión de que me traen buenos anuncios, no sé de quién, ni de dónde. Y por las noches, sobre todo a fines de noviembre, pueblan las sombras luciérnagas y tucos tan numerosos, que pasan por oleadas, chispas azules y celestes que vuelan, se encienden y se apagan entre el follaje. Reviven en mí, alegrías de niño, lo mismo que los gusanos de luz, vulgarmente conocidos con el nombre de *tren expreso*, porque me traen recuerdos de la infancia, cuando en compañía de otros de mi edad, perseguíamos los tucos y hacíamos un alboroto cuando encontrábamos entre el césped un gusano de luz. La luz, en los insectos alados, es una de las maravillas más dignas de asombro y meditación. Cuando se observa una luciérnaga en quietud, se asiste al espectáculo de un brillante sin igual, con

mil facetas que se encienden y apagan con fulgor celeste, como debe ser el de los cielos. Parecen una chispa de Sirio, la estrella más brillante de la noche.

La ciencia, hasta hoy, ha fracasado en el intento de dar con el secreto que la produce. No hay duda que en ella interviene el amor, porque sólo alumbra cuando están en celo, en la hora de la fecundación.

En los tucos, la llama adquiere doble fulgor, cuando en vuelo nupcial, el macho lleva a la hembra prendida a su pecho.

Indefectiblemente, todos los años, aves viajeras regresan al bosque o a la montaña donde sus ojos se abrieron a la luz y a las maravillas de la selva. Sus pequeños corazones, están mejor encordados que el de muchos hombres, que no sólo no aman su cuna, sino que la desprecian y detestan. En las fieras y en las aves, no falla el amor a la tierra natal, aquello que en el hombre se llama patria, sol divino que irradia los sentimientos de belleza, fraternidad, abnegación, deber y justicia.

Vuelvo al bosque. El verde de los árboles, es tan vivo y reluciente después de la primera lluvia, que no lo puede imaginar el que no lo ha visto. Poco después, las hojas pierden el verdor chocante, se obscurecen un tanto y toman un tinte verdinegro o azul oscuro. Muchos son los árboles de hojas cual bronce bruñido, cuando recién brotan, como las del yuchán y del lapacho; alegran cual si fuesen flores.

Entre los reyes de la selva, que crecen con tallos de veinte metros arriba y abrigan cantidad de especies menores, los hay que son reflejo del alma de una mujer alegre y coqueta unos, de hombres recios y fuertes otros. Las tipas opulentas, crecen de preferencia en lugares húmedos o que reciben el soplo de los vientos cargados de humedad del mar. Parecen mujeres del pueblo que se atavían con todo género de mantos y cubren el cuerpo y los brazos con joyas finas y falsas, con parásitas delicadas y ordinarias. Sus troncos y ramas, ostentan todo género de lianas, siendo de notar que no admiten las parásitas venenosas que matan las ramas donde se prenden. En cambio, árboles como el roble, el cedro, el guayacán, el lapacho, el virarú, el arca, la sombra de toro, la sachapera no admiten ni lianas ni parásitas. Diríase que no quieren otra belleza que la propia elegancia de sus copas con sus varas erectas,

duras y recias. ¡Y cosa extraña! El quebracho colorado, de madera de las más duras de la selva, es víctima de parásitas venenosas que cubren las ramas y con frecuencia terminan por matar el árbol.

Hay parásitas que hacen el papel de demagogos de la selva: son enemigos de las plantas más delicadas y de las que dan los mejores frutos. En cambio, las orquídeas de variedad infinita se alimentan de los troncos de árboles muertos o agonizantes.

He de decir de paso, que los lapachos son para mí, los reyes del bosque. Los hay, que se cubren de flores blancas antes que de hojas, como novias ataviadas para ir al altar. Otros, diríase que condensan en sus ramos, la sangre de los veranos rojos y ardientes; los hay de rosa pálido, como los últimos destellos de la tarde, y una cuarta especie tiene la copa de oro reluciente, como el fulgor de los primeros rayos de la alborada. Y su madera, es dura como el acero. Cuántas veces los veo, se me ocurre que sería más feliz después de muerto, si mis restos descansaran bajo la copa de uno de estos árboles divinos, en la falda del cementerio de la loma del pueblo de El Carmen. La vida es una serie de renunciamientos y de anhelos insatisfechos. Este será sin duda el último: que me den sepultura donde ocasione menos molestias siempre que sea en tierra de Jujuy.

Otro árbol maravilloso, es el "carnaval", del género de las acacias. Su nombre le viene bien, por la expresión de fiesta de su copa florida durante más de un mes. Es la sonrisa de una bella y alegre mujer, que ha cuajado en flor. No se aclimata sino en los lugares calientes, en la proximidad de las montañas. Otro árbol precioso y raro, es el que llaman árbol de la cruz, de flores hermosas y extrañas. Parecen orquídeas. Su nombre le viene, sin duda, del hecho de florecer en la fecha religiosa del día de la cruz. Hoy en los valles cerca de Jujuy, es raro encontrarlo y temo que la especie llegue a extinguirse.

Bella nota de poesía del bosque, es el ceibo del valle del Carmen. Durante dos meses, su copa es un ramo de flores que arden. Se encienden progresivamente. Las primeras ramas que florecen convertidas un mes después en vainas verdes, se

mezclan con los últimos racimos de sangre viva. ¡Y qué opulentos y gigantes los ceibos del Calilegua y del Zenta con flores de rojo pálido como el lacre! Es que como he dicho la savia de la tierra cambia según los lugares y ofrece dentro de una misma especie, frutos distintos de poesía y belleza.

Como última palabra, debo decir que los árboles reflejan en sus copas toda la gama de las pasiones humanas. En unos, vive la nota de una sana alegría; en otros, de gravedad silenciosa, con el aire de esos hombres satisfechos, hinchados y solemnes personajes de sí mismos, enfermos de importancia; en otros, la indiferencia y la resignación; y los hay, que traducen una pena infinita, un duelo sin término. Todos parecen obsedidos por la idea fija de llenar un deber, que lo tienen sin duda, el de cuajar en flores, frutos y esencias o producir maderas nobles o simplemente abonar la tierra. Para mí, no hay duda que las plantas piensan o sienten sueños hermosos o tristes, que sufren, gozan y aman y que hasta odian, porque las hay, que viven de la savia de otras plantas, hasta que les dan muerte; son muchas las que destilan venenos y se erizan de espinas con expresión de ira como el coronillo, armado de verdaderos puñales, que causan miedo. Por último, diríase que hay árboles que lloran, como el ceibo y el algarrobo, que gotean lágrimas cuando se va la primavera.

Un desahogo. Arboles centenarios

No quiero despedirme de la primavera y del otoño de mis selvas sin un desahogo de orden sentimental. No puedo dejar de volver la vista con la imaginación a un laurel varias veces centenario, que levantaba su copa a la vera del camino de Jujuy a Salta, en la angosta y honda quebrada de Los Sauces, cerca del límite entre las dos provincias. Su tronco, tendría metro y medio de diámetro y unos quince de alto, desde donde se abría la copa sedienta de luz cual parasol enorme. Dos veces, siendo niño, descansé a su sombra con mi padre. Cuarenta años después volví en su busca. Encontré el tronco, en gran parte enterrado por los aluviones de ripio y barro de la quebrada, que había rellenado un zanjón profundo en el extremo opuesto. Su follaje semidesgajado por los vendavales, había

sido herido por el rayo en uno de sus costados. ¡Con qué pena contemplé al gigante en agonía, a cuya sombra descansaron los hijos de la tierra, que durante siglos trillaron esta huella obligada del viejo camino del virreinato y que vió más tarde pasar los ejércitos del Rey y de la Patria! He vuelto después, acompañado de mi esposa e hijos, a pasar el día bajo su sombra amiga. Ignoro si aún vive; ha debido morir, porque la última vez que lo vi, no tenía nidos. Las aves conocen con anticipación el árbol que va a morir y se alejan y lo abandonan antes que sus ramas se desnuden y sequen. Recuerdo también otros árboles centenarios como éste, sobre todo tipas y cedros enormes, en la Quebrada de Las Pircas o Chucupal, atravesada por un arroyo cristalino, sembrado de remansos que bordean árboles celosos, mudos testigos de las alegrías, los cantos y risas de tantas generaciones de los pueblos vecinos, que han pasado como "el heno a la mañana verde, seco a la tarde", según la expresión de Job. Ignoro si todavía viven. Lo más probable es que hayan sido abatidos para quemarlos como leña en hornos de ladrillos o secaderos de tabaco. ¡Cómo se destruyen tesoros que a la naturaleza ha costado la labor paciente de siglos! Y las consecuencias que la depredación ciega de bosques tienen en el clima! Cuando yo era niño, las lluvias y tormentas se hacían sentir abundantes en los primeros días de agosto. Hoy se las espera con ansiedad en octubre cuando llegan. Es que de Córdoba al Norte, los bosques han sido talados junto con el paso del ferrocarril. Lo mismo ha sucedido en los Chacos, Misiones y el Brasil.

La caída de las hojas

Cuando estas líneas escribo —mediados de junio— hiere mi espíritu el espectáculo de la caída de las hojas de los ceibos y otros árboles que rodean mi casa de campo. Unas en pos de otras, se desprenden y esparcen por el camino o entre los arbustos y gramas. De rato en rato, una ráfaga de viento las arrebata y arremolina y desaparecen en la maraña para convertirse luego en polvo y enriquecer la tierra. Y acude entonces a la mente en forma repentina e involuntaria el símil con la caravana de seres que a diario bajan a la tumba y sus des-

pojos vuelven a la tierra de donde salieron, mientras sus almas se ausentan para dormir sin despertar o despertar no se sabe dónde.

Y cuán presto hasta los seres que fueron más queridos son entonces olvidados. ¡Ah! nuestro paso por este mundo, es como dice el poeta —menos que una sombra— el sueño de una vida. Un himno indio dice: "los que han visto las auroras de ayer, murieron; moriremos nosotros los que vemos las auroras de hoy; morirán los que vean las que habrán de venir. Nace y muere la luz ¿qué queda de los ponientes y de las auroras? ¡Todo en el mundo, Señor, excepto tu esencia, es vano!".

Todos los años, la tierra se viste de flores y hojas, como al conjuro del latido del corazón de un dios. Luego, viene una ola de frío, y los campos se marchitan y amortajan para revivir al año siguiente. Pero el hombre, sólo tiene una primavera. ¡Y cuán presto pasa! En cambio, para los que tienen el privilegio de vivir muchos años, la tarde fría es larga, hasta que llega la noche, llevándose a la tumba dramas y tragedias desconocidas, que a nadie se contaron y que a nadie interesan. No puede ser que estos dramas mudos y lacerantes, tengan la misma suerte de las hojas de otoño o de los rumores que nacen y mueren en las selvas.

LOS ARBOLES Y LA PATRIA

Fragmento de una Conferencia leída en el Consejo de Educación de Jujuy siendo su Presidente, ante maestros y alumnos, el Día del Arbol, el año 1919.

Después de la batalla de Caseros —me decía mi padre— regresaba de Bolivia en compañía de dos desterrados y un veterano correntino de los ejércitos de Paz y Lavalle, que habían acompañado los restos de este último hasta Potosí.

La noche que dormimos en la posta de este lado de la frontera, no pude conciliar el sueño; existen horas que emergen en el plano borroso de los recuerdos, cual cimas en el espejismo de un desierto sin accidentes. Así, aquella noche, pasaban por la mente las sombras de amigos muertos en los combates, en el lecho frío del desterrado, y más de uno ¡ay! en la renunciación suprema del suicida. A estas extrañas visiones, sucedíanse otras de personas que dejara en el pueblo natal, cuando me diera de alta en las filas de los ejércitos unitarios. Extraño ir y venir de sentimientos dulces y amargos, como la dicha del regreso y el presentimiento de la despedida sin retorno al hogar hospitalario donde había vagado once años sin poder arraigar, la vista siempre fija en la tierra natal.

Al llegar a Huacalera, el veterano nos enseñó un rastrojo cruzado por acequia caudalosa, donde nos dijo había sido descarnado el cadáver del General Lavalle. Agregaba que el corazón, colocado en un pequeño cántaro de barro cocido, fué depositado debajo del altar de la Iglesia vieja del lugar, pocas leguas al Norte, iglesia que ya no existe porque desapareció sepultada por una oleada de barro.

Echamos pie a tierra, nos descubrimos, y enternecidos saludamos la sombra del General como si la tuviéramos delante.

En el momento de retirarnos, el correntino hizo la señal de la cruz y la besó. Lo imitamos.

Hasta aquel instante, —agregaba— caminábamos bajo el peso de recuerdos tristes. Ni yo, ni mis compañeros, conocíamos esta parte de la Quebrada de Humahuaca. El paisaje era el mismo casi que el que nos quedaba en la retina, desde el destierro. Fué al llegar a la falda de Chorrillos o del Volcán, donde recibimos la impresión de que la Patria se abría ante nuestros ojos con todos sus encantos para recibirnos con los brazos abiertos. Detuvímonos asombrados en el dintel de aquella puerta abierta en la espalda de una montaña deshecha, que nos descorría el telón de una naturaleza espléndida. La falda parecía hundirse en fuga en un abismo; cerros a nuestras plantas cubiertos de árboles crespos y chatos en las cimas, como cabezas de mulatos; erectos, altos, buscando el sol con ansias en las quebradas hondas; el fleco suelto al viento de las cortaderas, airampos, lianas y helechos que pugnaban por asirse como desesperadas en la rampa vertical de las lomas, en las aristas de las rocas y en el borde de los barrancos y pizarras chorreando agua.

La puerta de Chorrillos, es el tajo que abrieran en tiempos remotos las aguas de un lago o mar que se derramara por nuestros Chacos y Pampas, después de perforar las cordilleras; es la línea donde se confunden y terminan dos mundos diametralmente opuestos, el de la vida y el de la muerte; el de las mesetas y montañas desoladas de la Puna, continuación de las del altiplano de Bolivia y el de la alegría del trópico con la nota verde hasta donde principian las nieves, con valles hondos, abrigados y calientes, verdaderos invernáculos de la chirimolla, la palta y el café.

Seguimos el descenso y dejando a un lado el camino; buscamos un claro en la falda para descansar, abriéndonos paso entre los árboles[1]. Arrancamos hierbas, tiramos al aire piedras como en las ceremonias antiguas de toma de posesión de las tierras y echados de bruces sorbimos el agua de la ver-

[1] El bosque de esta parte de la quebrada ha sido completamente talado hace muchos años.

tiente que reventaba en la roca cerca del camino. Era uno de tantos días, tan frecuentes en el trópico, en los que se siente de manera indudable, la proximidad de la tormenta, por lo tibio del aire, el color amenazante de los cúmulos y la calma perezosa que adormece los árboles y lleva a las aves inquietas a la rama que guarece el nido. El paisaje era magnífico. Parecía detenerse a observarnos con cariño maternal, con la expresión de todos los ojos que nos encantaran en la vida; y con honda emoción daba gracias a Dios porque no me había dejado morir sin volver a ver mis cielos y montañas, el fondo verde oscuro de los valles, la nube y su sombra correr por la colina, pasar la hondonada y ceñir su moño rosa y lila, en la frente blanca de las cumbres. Y espontánea me subía del corazón esta plegaria: ¡Salve! tierra del sol, que tienes por marco de tus llanuras, el mar donde nace el pampero cargado de lluvias y los Andes que desde el fondo de los siglos miran palpitar los senos de dos océanos! ¡Salve! ¡tierra de los mares de grama y trébol, de las montañas con vida, de las corrientes rumorosas, de los bosques del urundel, del quebracho, del guayacán y el arca, a los que no quiebra la borrasca ni mata el rayo! ¡Salve! ¡madre de los hombres que perpetúan el ideal, la sed de aventuras y peligros, la galantería y generosidad de los conquistadores de la cepa de los Cortés, Irala, Garay, Ercilla y Valdivia! ¡Salve! ¡tierra del amor y de la vida, de la fuerza, del valor y de la esperanza!

Seguimos viaje y pronto la lluvia hízose sentir con fuerza. Las gotas que caían sobre los rostros, tostados y rugosos por la intemperie y las amarguras de la vida, las sentíamos correr como bálsamo que calmara una fiebre o lágrimas que desahogaran una pena.

Los jornadas que se siguieron, continuaba diciendo, los árboles fueron nuestros mejores compañeros. El cariño que hoy les tengo, les tuve de muchacho. Y entonces me dí cuenta cabal de cuánto valen y significan en este mundo. ¡No más el embate de los vientos en la frente calva de las punas, revolviendo sus arenas pedregosas, o silbando la nostalgia del desierto en las aristas filosas de los cerros! ¡No más la travesía donde la vista del viajero, no encuentra un arbusto que le preste sombra, ni el arenal la corriente fresca, ni la nube que en nuestros cam-

pos, acompaña la puesta del sol y la salida del lucero! ¡No más la imagen de la muerte en la tierra, sin la caricia del agua, de la flor y del ave!

Cuando llegamos a Tucumán, aunque el hogar estaba vacío, deshecho por la muerte y la voluntad de los mandones tiranuelos, un impulso irresistible me llevó a la casa paterna, ya de propiedad de extraños. Vagué largo rato por entre los viejos muros y la huerta como alguien venido de ultratumba. Escuetos estaban los sitios que ocuparan pacarás y laureles centenarios, abatidos sin duda por manos mercenarias. Estos árboles que debieron encontrar en el lugar los conquistadores cuando plantaron la primera tienda en la tierra virgen, eran inseparables del recuerdo de mi madre y hermanas en el destierro—. Y volviendo mi padre su vista al fondo oscuro del valle, decía con animación: —Es que en este mundo no existe paisaje con poesía sin árboles; en cambio, la vida, el trabajo, la fatiga, la mujer y el amor, son más dulces en su compañía.

Las penas son más suaves y cuando se acerca la tarde y las sombras se espesan, se piensa con serenidad y sin tristeza, que se ha de descansar en la hora del último sueño, a la sombra de cualquiera de estas copas frondosas; que nuestra sangre ha de florecer en la copa del ceibo, del lapacho o espinillo. ¡Ah, descansar! ¡he ahí un verbo cuyo significado aún tú no comprendes y ojalá no comprendas nunca! ¡Cuántas veces experimento amarga tristeza al despertar y no poder volver a conciliar el sueño!...— Y volviendo al tema anterior, agregó: —¡Ya te llegará un día el turno de vagar por lejanas tierras y entonces sabrás lo que significa la amargura de esa pena que se llama nostalgia; verás cómo se recuerda la aldea, el río y la montaña; las salidas y puestas de sol; el lucero en el filo desparejo de la loma, la luz de la luna alumbrando sobre los bosques y las tumbas!— Poco tardé en conocer el sentido de estas palabras; pero más feliz que el desterrado, me cupo la suerte de recoger la última pulsación y cerrar los ojos en la despedida suprema, a los que, según el poeta, no debiéramos llorar, porque no es que mueren, sino que parten antes, en la metamorfosis de crisálida a mariposa.

Y en el áspero repecho de la cuesta, toda vez que he regresado al punto de partida con frío y fatiga, he visto el

bosque poblarse gradualmente de luz y rumores, los nidos con pichones y el árbol simbólico con que los norsos traducían la idea de patria, abrigarme con su copa frondosa, con sus ramas que significan amor y esperanza, brazos abiertos que llaman a los que sufren y luchan en toda la tierra —esta patria de una humanidad en ensayo— como dice el salmista, valle sembrado de cenizas y de lágrimas, porque no ha sabido dar aún con el secreto de su redención.

EN LA SELVA VIRGEN

Mi camino de Damasco[1]

Hace más de cincuenta años que, de viaje al Oriente de Bolivia, resolví con el peón que me acompañaba, hacer noche sobre el río Bermejo, en unas barrancas próximas al lugar por donde hoy pasa el tren que se dirige a Yacuiba, en la frontera argentina. No quise pedir hospitalidad en un puesto cercano, por temor a las vinchucas y otras sabandijas.

Mientras el peón aseguraba las mulas y encendía el fuego para cocer el asado, yo me paseaba cerca de las barrancas altas, al pie de las que corre el río Bermejo. Era un día de principios de marzo. La jornada había sido muy dura, bajo un sol de fuego y un viento norte que parecía venir de las cercanías del infierno. Debía, sin duda, esta circunstancia influir en mi estado de ánimo, que no podía ser más deplorable. Con verdadera obsesión, miraba la corriente turbia de las aguas del Bermejo, y sentía impulsos fervientes de arrojarme de un salto al remanso que se arremolinaba en la peña, y concluir de una vez una vida en la que hasta entonces, sólo había conocido amarguras. Mi situación de espíritu era muy parecida a la de Hamlet cuando repetía su monólogo "to be or not to be", que tenía pegado al oído.

[1] Dicen los libros santos, que en la travesía, la luz divina alumbró a San Pablo y sintió la palabra de Cristo que lo reconvenía por su persecución a los cristianos.

Hasta entonces, y tenía algo más de veinte años, la vida había sido para mí dura travesía. Nunca había tenido de mi parte al destino. Terminé mis estudios en el Colegio Nacional de Jujuy el año 1893, a los diez y seis años, algunos meses después del fallecimiento de mi padre. Por falta de recursos, no pude trasladarme a continuarlos a Buenos Aires, hasta el año 1895. Mientras tanto, había desempeñado los cargos de Secretario del Consejo de Higiene, de escribiente del Registro Civil y del Consejo de Educación, y más luego, los de Secretario, Tesorero y Contador de la Municipalidad, bajo la administración progresista del ingeniero Agustín Borús, que había sido mi profesor de matemáticas en el colegio nacional y que al nombrarme, me dijo, lo hacía como premio a mi contracción al estudio.

Una vez en Buenos Aires, pasé los ocho meses más desdichados de mi vida, recibiendo desaires a diario en la tarea triste y humillante de implorar un empleo que me permitiera vivir y estudiar. Entonces me dí cuenta del origen de esos espíritus amargados que militan en todos los extremismos, que un día toman cruel venganza de una sociedad que los abandona en el desamparo de la miseria, cuando por conveniencia propia los poderes públicos y los ricos, sin ningún sacrificio, pueden ofrecer a quienes lo merecen, lo que reparten con profusión a elementos inútiles de comités políticos o malgastan en orgías. ¿Por qué los gobiernos de provincia no podían destinar en sus presupuestos abultados una partida para costear los estudios de uno o dos estudiantes que más se hubieran distinguido al terminar sus estudios en los Colegios Nacionales?

Por fin, fuí agraciado con el puesto de cartero, con sesenta y cinco pesos mensuales de sueldo, debido a la gestión del Diputado Nacional, doctor Ernesto Claros, y seis meses después fuí nombrado Auxiliar de la Contaduría General de la Nación con ochenta pesos, gracia que debí al señor Senador don Sergio F. Alvarado.

Si bien este último cargo, me permitía vivir y estudiar, aunque con suma estrechez, ya no pude hacerlo, porque mi salud se había resentido en forma tal, que los médicos me indicaron debía salir de Buenos Aires y volver al interior, en procura de clima propicio para restaurar mis fuerzas casi

perdidas. Entonces acepté la oferta de una casa fuerte de Buenos Aires, para trasladarme al Chaco y más allá de las fronteras con Bolivia, para visitar campos ofrecidos en venta.

Estaba, como he dicho, al borde de un barranco del río Bermejo, en situación parecida a la de Hamlet, cuando pesaba el pro y la contra de las ventajas e inconvenientes del suicidio. A pesar de los años, conservo aún en la memoria la protesta nacida del fondo del corazón de Shakespeare contra "los escarnios del tiempo, los ultrajes del orgullo infundado; la insolencia de los poderosos; la injusticia de los tiranos; el desamparo de los inocentes; las ansias del amor desgraciado; la ineptitud escarneciendo el mérito". No se puede pintar mejor al mundo de entonces como al de ahora con tan pocas palabras.

Contribuía a mi desaliento, el hecho de que continuas amarguras a edad tan temprana, habían casi borrado de mi espíritu el sentimiento religioso. Lo que yo consideraba un castigo inmerecido, me había llevado a poner en duda el imperio de las leyes morales y a creer que vivíamos en un mundo sin más ley que la de la fuerza, de la astucia y de la casualidad. Si no había llegado al ateísmo, me encontraba al borde, porque tanto vale la indiferencia en materia religiosa. Son, sin duda, muchos, los que en este mundo, no pueden decir lo que Jorge Manrique: que todo tiempo pasado fué mejor.

Iba y venía por las orillas de las barrancas y por lo menos, tres veces estuve a punto de dar el salto mortal. Todos los suicidas deben pasar por instantes de vacilación semejantes. Creo que lo que en ese momento me salvó, fué el recuerdo de mi anciana madre y la consideración de que podían culpar de mi muerte al peón, pues llevaba dinero.

Seguía paseándome. En una de tantas idas y venidas reparé a la distancia, en un manto de bejucos floridos que cubría con gracia inteligente y delicada la copa de un arbusto al borde de un madrejón[1] que desembocaba en el río. Eran flores de nácar que parecían alumbradas por dentro con rayos de luna y de estrellas. Me llamó la atención, una que había vuelto su corola hacia el sol poniente, por entre un claro del

[1] Cañada estrecha y honda con agua corriente.

manto del follaje. Parecía mirarme con curiosidad y dulzura. Largo rato me detuve a contemplarla, convencido de que algo me decía, que me proponía un enigma y me invitaba a descifrar el significado de una palabra escrita en lengua misteriosa y extrahumana.

En esas circunstancias, el peón me llamó, diciéndome que la carne del asado estaba en punto. Después de comer, seguí meditabundo, llevando en la pupila y el corazón, la visión de la maravilla que debía agostarse al día siguiente.

Mi compañero, criollo inteligente, con alguna ilustración, en otros tiempos sargento del 12 de Caballería, había notado mi abatimiento; se acercó a darme charla con el pretexto de llevarme pomada alcanforada y amoníaco, para calmar las picadas de los bichos colorados y de los mosquitos. Me contó muchos cuentos, de los que no he olvidado el de un santiagueño que se había dado maña, por apuesta, para robar un huevo a un águila mientras empollaba en el nido, en la copa de un árbol. Agregaba que, cuando murió, la esposa sumida en dolor y llanto, acompañada de un hijo, se lamentaba pensando en donde estaría su alma. —Te voy a decir —interrumpió el hijo— y salió del rancho a mirar los cielos. Después de un momento volvió y dijo a la madre: —Vea, mamita, en el cielo no está mi tata, porque están allí todavía las estrellas que se llaman "las cabrillas" (aludía sin duda a la constelación de las siete cabrillas).

En ese momento, sentimos algo como los ayes desesperados de un ave cerca de nosotros. El peón se puso de pie, tomó un trozo de leña humeante del fogón donde había preparado la comida y la arrojó a la copa del árbol de donde partían los gritos del afligido pajarillo.

—Una lechuza o un buho, señor, que habrá atacado un nido en busca de los pichones.

Efectivamente; al día siguiente, vimos un nido de quitupí, con un montón de plumas sueltas que denunciaba que madre y pichones habían sido víctimas del ave pirata y asesina.

Esa noche no podía conciliar el sueño a pesar del cansancio. En la selva virgen, la noche tiene mil voces misteriosas. Los árboles toman formas fantásticas a la luz de la luna o de las estrellas y los ruidos de toda procedencia se oyen desde largas

distancias. Todo parece crecer en las sombras. Me llegaba de lejos el ladrido de un perro, el eco de un coro de ranas, el silbido de los grillos, y de vez en cuando el mugido de un toro; pero lo que más me impresionaba, era el canto del kakuy, que parecía al mismo tiempo la risa y el lamento de las tinieblas. En las sombras de la noche, los rumores del bosque repercuten hasta el fondo del alma; avivan todos los recuerdos y alumbran la conciencia hasta sus últimos rincones [1].

Por otra parte, me obsedía la visión de la flor del barranco, que parecía someterme a un verdadero interrogatorio: ¿No era desatino, me decía, pensar que el barro, por sí solo, sea capaz de combinar los colores del iris y dar a los pétalos forma tal, que ningún artista podría soñar? ¿Puede concebir la razón, la existencia de una cosa que no habría tenido principio?

¿Quién es el que puede decir lo que es el pensamiento? ¿No es el hombre para sí mismo el más extraordinario de los misterios? Y respecto de mis pesares, que yo consideraba sin culpa, recordaba lo que decía Job, al protestar del triunfo de los malvados frente al fracaso y la desdicha de los buenos: "¡tal es el secreto de Dios que adorar me toca en silencio! ¿quién soy yo para llamar a juicio al Señor del espacio y del tiempo, al que alumbró el abismo, suspendió los cielos, pesó las montañas y el océano?". Me vino entonces a la memoria aquello de Goethe: Sólo encuentran a Dios, los que han comido el pan mojado en lágrimas. Y pensaba que, para sentirse alumbrado por la luz divina, era menester estar dotado del sentido de la belleza, que se encuentra en el corazón de los que han traído al nacer, la cuerda que vibra al unísono del espíritu divino, —que el mundo está lleno de personas inteligentes, que afirman lo que Napoleón: que la música es el mejor de los ruidos— ¡Cuántos hay que nada sienten en presencia del sol hundiéndose en las ondas del mar o asomando al valle tras del cuerpo de las montañas!

Esa mañana amanecí aliviado de cuerpo y alma; todo lo

[1] Entonces tenía oído muy delicado. Mi sordera fué consecuencia del exceso de remedios que me dieron para combatir una fiebre palúdica a los treinta y ocho años de edad.

que miraba en el bosque era entonces objeto de curiosidad, de análisis y examen. Los árboles estaban empapados de rocío y a los ruidos de la noche, había sucedido el bullicio de las aves; parecía que el espíritu de Dios sacudía el follaje de la selva. El estado anterior de permanente atonía, indiferencia y tristeza, había desaparecido. A poco andar, me llamó sobremanera la atención una avecilla blanca como un copo de nieve, con dos plumas negras en las extremidades de las alas y dos en la cola; y a punto seguido, encontré otra igual, pero a la inversa, negra retinta, con dos plumas blancas en las alas y dos en la cola. Producían al volar una sinfonía de colores. ¡La belleza hasta en el vuelo, como imperativo de la creación! Meditadlo bien: ¿de quién era ese capricho? ¿Sería efecto de la casualidad u obra del barro?

¿No resulta evidente, me decía, que no sólo existe una inteligencia que todo lo ordena y atiende, desde la ubicación de las galaxias pobladas de millones de mundos, sino que se complace en pequeñeces como la de combinar el color de las plumas de las aves? No cabía duda, esa inteligencia, —me repetía—, me ha creado y señalado un puesto de lucha y sabe por qué lo hace: mis dolores deben tener algún fin. Pensar de otra manera, que no existe justicia para el hombre, sería concluir que el creador de tanta maravilla y que todo lo puede, es el más despiadado de los tiranos.

Marchaba por la senda del bosque virgen, de majestad y grandeza que no puede concebir el que no lo ha visto, maravilla hoy deshecha por el hacha y las máquinas de la industria, que han talado cuanto de grande y bello había, hasta muchas leguas de distancia de las líneas férreas. Pero no eran los gigantes de copas de cincuenta y sesenta metros lo que herían más mi atención, sino la variedad infinita de flores del aire y las parásitas, cuya misión fuera de duda, no era sino la de engalanar el ramaje de los árboles: pequeños y gigantes. De tiempo en tiempo me detenía a contemplar algún coloso de la selva ya agonizante al parecer atacado de cáncer, con troncos que se deshacían, dando alimento a orquídeas y flores del aire. Otros, habían caído abatidos por los vendavales sobre los ramajes de los vecinos, en los que se apoyaban y parecían muertos o heridos, sostenidos por brazos amigos y piadosos. Pero

lo que más me llamaba la atención, era la familia de las enredaderas. Las había de hojas diminutas, prendidas a los troncos como encajes delicados o broderíes, tejidos con esmero, a mano, en forma primorosa; otras de la misma familia, pero de hojas más grandes, simulaban tapados o chales echados a la espalda del cuerpo de una elegante mujer o sobre el cabello, dejando libre con gracia parte de la copa de las plantas. Las había, como cables o cordeles gruesos cual boas enroscadas a los troncos que oprimían con el fuego de un amor que llegaba a ser mortal, como que eran muchos los árboles agonizantes o muertos, sofocados por el abrazo que les cortaba la respiración y no permitía la circulación de la savia. Pero la más digna de estudio, la que enfrentaba el espíritu al más grande de los misterios, era una enredadera que parecía no tener otra misión que la de defender el tronco joven de ciertos árboles del embate de los vientos. Es, sobre todo, en el tronco de los árboles que se conoce con el nombre de "palo blanco", que he observado el fenómeno. Este árbol, es un bello ejemplar de la selva, que levanta su tronco a diez, quince y veinte metros, como sediento de sol y recién abre el follaje de hojas hermosas, relucientes, de plomo y bronce, cual un hermoso plumero. La enredadera a que me refiero, nace cerca del tronco y sube hasta donde se abre la copa. Allí elige un gajo fuerte, se enrosca y desciende en línea recta hasta el suelo, donde se entierra como a un metro de distancia del tronco. Realiza la operación de aferrarse no se sabe cómo, bien hondo y aflora como a un metro de distancia en dirección opuesta al tronco para volver a subir y anudar en otro gajo de los más robustos. De nuevo vuelve a la tierra, se entierra otra vez y hace su aparición a un metro de distancia en otro rumbo, para volver a trepar al árbol, anudarse a otra rama escogida y repetir la tarea de volver a tierra y formar un cuadrado perfecto alrededor del tronco. Así, el árbol, queda sujeto a tierra desde sus ramas más fuertes por cuatro cables que defienden la copa de las sacudidas de los vientos. Una vez que el tronco del árbol ha tomado consistencia, los cables por sí solos se rompen y la enredadera muere después de haber llenado su amorosa misión. ¿Qué numen es el que ha dotado a esta enredadera de la inteligencia que la hace vivir para asegurar la existencia de un árbol por el

que parece sentir predilección y amor? ¡Y en qué forma! Yo me he tomado el trabajo de medir con cordel la distancia que media de cable a cable del cuadrado alrededor del tronco y la distancia a los cuatro costados es la misma, en forma que en ninguna parte la enredadera se ha equivocado en la distancia ni en un milímetro. Como se ve, se trata de un ejemplar al que anima no sólo el soplo de una clara inteligencia, sino talento y amor.

Es común otra enredadera que se conoce con el nombre de "patitos". Da una flor, que es un ave pequeña perfecta, con cabeza, cuello, cuerpo, alas, patas, cola y pico. Cuelga de la rama por la lengua, el pico abierto con algo de expresión de burla para quien la mira, como diciéndole: ¡eh! ¡pobre diablo! ¡crees que sólo tú eres inteligente y niegas a Quien te hizo a ti y a mí! Existe otra, que merece ser calificada de liana asesina. Se enrosca en la planta, le succiona la savia hasta que la mata y entonces se convierte en arbusto de follaje lozano. Esta enredadera, la encontré más tarde en los bosques de Misiones. La llaman huapoí. ¡Ah! ¡siempre, hasta en el bosque el misterio del mal! La familia de lianas asesinas que viven de la savia del árbol que les sirve de sostén es numerosa.

La variedad de enredaderas con jazmines y corales, es extraordinaria, como otras flores delicadas dignas de cultivo para adorno de los mejores jardines. Cuando llega el otoño, los bejucos de todo tamaño, desde los de flor diminuta hasta los del tamaño de una rosa, cubren con un manto los montes, sobre todo, los situados en las faldas de las montañas que reciben los vientos húmedos del sud. Flores de vida efímera, de extraordinaria belleza, su misión parece ser la de dar una melancólica despedida al Sol. Diríase que por su intermedio la tierra le envía una caricia amorosa, con ostentación de los rayos de luz prisioneros un día en sus pétalos. Otras, como la llamada grano de oro, sólo florecen de noche y embalsaman el ambiente con un perfume delicadísimo. De las orquídeas y flores del aire, me he ocupado en otra parte.

Intencionadamente, nada quiero decir de la selva del trópico, de la jungla, en cuanto tiene de desagradable y aterrador, como cuna y abrigo de toda suerte de fieras, de alimañas como los cocodrilos, las boas gigantes, las víboras de ponzoña mortal

y los insectos que hacen la desesperación del hombre. El tema ha sido tratado en forma insuperable por Eustacio Rivera, en su libro "La Vorágine", y por tantos y tantos viajeros y exploradores de pluma maestra. Por otra parte, la jungla aterradora del Amazonas está muy lejos, a mil kilómetros de distancia.

He de limitarme a decir que el bosque en aquellas regiones ofrecía dos aspectos: en algunas partes, cual bóveda inmensa donde los troncos se elevan como pirámides de diez a veinte metros y mucho más, desde donde se desprende la copa para formar la cúpula de ramas y hojas en los que no penetra el sol. En otras regiones, entre los troncos de los árboles gigantes se cría una gran variedad de árboles pequeños y arbustos de toda clase que hacen la selva impenetrable.

Este aspecto predomina cerca de las montañas y es la vegetación que cubre las moles, hasta los tres mil metros.

¡Y qué majestad solemne la de las selvas de árboles gigantes que matan toda vegetación entre sus troncos de colosos! El viajero se siente sobrecogido de un sentimiento extraño intraducible hecho de admiración y de terror. Siente o cree sentirse, en presencia de un espíritu desconocido que habla a su corazón con lenguaje misterioso. Sin duda por eso los Escitas y los Celtas encontraron sus dioses en el fondo de sus bosques. Como dice Eduardo Shuré, allí oyeron voces misteriosas, allí tuvieron los primeros escalofríos de lo Invisible, las visiones del más allá. Por esta razón agrega, el bosque encantado o terrible, ha quedado como algo querido de la raza blanca. Atraída por la música de las hojas y la magia lunar, ella vuelve allí en el curso de las edades. Allí duermen sus dioses, sus amores, sus misterios perdidos.

¡Qué maravillas ha de develar y poner al alcance de la mano del hombre la aviación, en el corazón del Continente maravilloso donde nacen los estuarios del Plata, del Amazonas, y del Orinoco!

Con el tiempo, allí tendrá la humanidad, el paraíso terrenal.

¡Qué símil tan exacto realiza un bosque con la especie humana! Una minoría de plantas de madera perfumada y flores con esencias delicadas, mientras por millares las que sólo sirven para abonar la tierra, con tallos blandos, sin consis-

tencia, sin flores ni frutos, muchos erizados de espinas, que escancian veneno. Meditando sobre el particular me decía: si pudieran decretar el sufragio universal, las ortigas y la cizaña, darían cuenta en seguida de las plantas nobles y no existirían más las que son ornato de los jardines como los lirios, violetas y orquídeas.

Esa noche, volví a dormir en plena selva y tuve el despertar de una mañana inolvidable, alumbrada por el sol de oro del trópico. Todo tiene en la Creación su eco, su palabra, su orquestación, su himno, —la montaña, la pampa, el mar—, pero ninguno tan bello, tan poblado de armonías como el de la selva virgen, cuando las aves ebrias de alegría saludan el primer rayo de sol.

Quien ha sentido una vez el despertar del bosque en estas regiones, no lo olvida nunca.

Aquella mañana, una bandada de pequeños loros, al revolotear entre los árboles, armaba una gritería infernal; el zorzal, el sabiá de los brasileños, los tordos cantores llamados de Santa Cruz, la reina mora y una gran variedad de jilgueros y aves pequeñas, poblaban de trinos la selva. Los claros del bosque, tomaban animación con el vuelo blanco y azulado de la urruca; del martín pescador que pasaba rozando el agua de un arroyo que corría cerca de nosotros; del carpintero de plumaje regio que se pegaba a la corteza de los árboles para hacer la policía de los troncos; del tucán, de pico enorme con algo de figura de payaso, y los loros grandes llamados "habladores" que parecen, mientras vuelan en parejas, que conversaran en voz baja. El vuelo de la calandria, es una sinfonía de colores. Lo mismo sucede con la llamada nievecita y gran variedad de aves de todo tamaño. Un picaflor, me revoloteó un momento alrededor del cuerpo, cual si me examinara con curiosidad. Como en el paraje solitario donde me encontraba, nadie las perseguía, las aves no se cuidaban de mí ni de la presencia del baqueano. A medida que el sol se levantaba, huían a la espesura como enloquecidas de dicha. Todo este cuadro, en el albor de la mañana, que parecía prendido en la copa de los árboles y en las cumbres de las montañas de Occidente.

El amanecer es largo para el hombre que se pone de pie en cuanto despunta el alba. Y como esa madrugada, son todas

las de esas regiones de primavera eterna, donde la mayor parte de los árboles, no pierden la hoja en el invierno. De tarde, se mira con melancolía el regreso de las aves a la montaña, en parejas como las torcazas y los loros grandes, y en bandadas como los patos silvestres. Pero, más que todo este mundo alado, me sumía en meditación profunda el de las mariposas. Principian por ser gusanos que se arrastran en la tierra y en la hierba. Un día, revienta la crisálida y levanta el vuelo, cual sueño de un ángel, verdadera alma de flor entre las flores. Sucede con ellas, como con las plantas y hombres, que la jerarquía es infinita. Existen las mariposas llamadas pirpintos, blancas y amarillas, tan numerosas en ciertas épocas del año, casi como las langostas, mientras que las de alas pintadas en forma primorosa, son tan raras que se hacen presentes de tarde en tarde, tan escasas y raras como las orquídeas en la maraña. Me entretenía verlas volar de a tres; sin duda, dos machos en disputa de una hembra. Una tarde, presencié una lucha semejante, entre dos águilas negras por una tercera, que era sin duda hembra. Con coquetería de mujer, esta águila jugaba con sus perseguidores. Volaba en línea recta como una flecha y cuando iba a ser alcanzada por el de vuelo más veloz, daba la vuelta para ir al encuentro del que se había rezagado. Entonces, se trababan en riña y ella los separaba para huir de nuevo.

Volviendo a las mariposas, debo decir que me venían a la mente los versos de Gutiérrez Nájera:

Ora blancas, cual copo de nieve,
ora negras, azules o rojas,
en miriadas esmaltan el aire
y en pétalos frescos retozan.
Una chispa de luz les da vida,
y una gota al caer las ahoga.

Yo soy un tanto supersticioso y veía con íntimo placer posárseme en el cuerpo y la montura, pequeñas mariposas, unas de nácar, otras salpicadas de todos los colores. Las miraba con cariño y no las espantaba —¿no me traerían, pensaba, algún

mensaje de personas queridas o de regiones ignoradas y desconocidas?

Y siguiendo en mis reflexiones, por el sendero del bosque continuaba: ¿no se realizará en los hombres, un proceso semejante al de las mariposas, primero orugas repugnantes, luego crisálidas que se arrastran en el barro y por fin a la hora de la muerte, almas hechas de luces de astros que levantan el vuelo hacia regiones que no nos es dable concebir? ¿Y no serán estas almas semejantes a las mariposas, unas de luces delicadas de colores primorosos y otras obscuras, negras y repugnantes como las que abundan con figura de murciélago? Acaso, me decía, para que el hombre llegue a vislumbrar a Dios, requiera como lo enseña la filosofía hindú, que pase por la transformación sucesiva, de animal, hombre, crisálida y ángel, una serie de cambios en los que cada forma es el resultado de las precedentes y la condición de la que le sigue.

Una reminiscencia suelta: siendo niño, en un pliegue de los cerros que se encuentran al sur del río de los Sauces en San Antonio, oí un estridente canto de ave de profunda melancolía, que parecía traducir la pena de la selva. —Es la reina mora —dijo el peón que me acompañaba—, ave huraña muy hermosa, que raras veces se deja ver y que huye a larga distancia de los lugares poblados. Cuando se la aprisiona, siendo pichón, se domestica, pero no canta: sólo se hace sentir en la libertad y la soledad del bosque. Es un caso frecuente entre las aves. ¿No acontece algo semejante con los pueblos que pierden su libertad? Homero llamaba a los pueblos esclavos: países de muertos. Cicerón en una página magistral, nos explica de cómo murió la elocuencia en Roma, el mismo caso que el de Grecia, cuya civilización, que alumbró al mundo, se extinguió desde el día en que cayó en poder de los treinta tiranos. Me persigue la obsesión del más allá y pienso que un día, el alma ha de crear el sentido que le permita ver la causa de las causas, con las visiones de los éxtasis de los santos. Hubo un tiempo, dice Guyau, antes de que tuviesen ojos los seres animados, en que gravitaba en el mundo físico una oscuridad tan sombría y tan pesada, como la que hoy gravita sobre el mundo moral. Sin embargo, por encima de esta oscuridad, se mecía la luz, pero no había ojos para verla. De un siglo a otro, se

calentó, hizo vibrar al ser todavía ciego. Al principio, opaca, inerte, casi insensible, sólo por el deslumbramiento y el calor continuo de sus rayos, el ojo del ser primitivo, aclarándose por grados, ha sentido que se convertía en cristal y como espejo vivo, reflejaba la luz. Es la luz la que ha formado los ojos penetrándolos. Su transparencia, no es más que un poco de su claridad, que ha quedado en ellos. ¿Este ideal tembloroso de la belleza pura, que está en el fondo de ciertos corazones, —me decía— no es también un amanecer que está acaso cerca de despuntar? El mismo ser ¿no es, quizá en su totalidad, más que una mirada que se dibuja lentamente, que se abre lentamente a la luz, la que, avanzando cada vez más, ha de llegar con su claridad a impregnar todo lo que está ciego y penetrar en todas las sombras del infinito? ¿Quién sabe, después de todo, si mirar obstinadamente, no es acabar por ver? El inmenso esfuerzo, consciente o no que está en nosotros, que está en todo, ¿no terminará en una inmensa aurora? ¿Por qué no?

Ese viaje resultó para mí, el camino de Damasco, de San Pablo, alumbrado por flores, aves, lianas y mariposas, que me hablaron con la elocuencia de la lógica, de la razón y del buen sentido, de la causa primera que se refleja en toda suerte de maravillas, desde el átomo hasta las estrellas, desde las montañas hasta las nubes que tiñen de oro el sol poniente. Una luz desconocida se había encendido en los pliegues más hondos del corazón. Entonces comprendí lo profundo del pensamiento de Platón, según quien "el ateísmo es una enfermedad del alma", porque sólo los ojos enfermos se cierran a la luz.

Los efectos de la conformidad con mi destino, los sentí de inmediato en el cuerpo, que recobró en poco tiempo su vigor, a pesar de lo insalubre del clima de las regiones donde pasé más de un mes. Entonces me dí cuenta que el antídoto más eficaz para los males del cuerpo es un corazón animoso y valiente. El que no logra libertarse de una preocupación amarga y sombría, es un condenado a muerte a plazo cierto. No existe vigor físico que resista el desgaste de una pena continua. El talismán que defiende la vida del hombre, es un carácter sano y alegre; la melancolía, el veneno que activa su fin.

El sabio Director del Instituto del Cáncer de París, doctor Lakowski, dice que la mayor parte de las enfermedades que

afligen al hombre, tienen por origen males morales. Lo mismo afirma el gran sabio Alexis Carrel y las más autorizadas eminencias médicas. Según ellos, la tristeza, el odio, la envidia, la irritabilidad, la ira, los celos, los remordimientos, son causa de mucha parte de las más crueles dolencias del cuerpo. Hace medio siglo, un hombre de ciencia norteamericano, anunció por la prensa, que era poseedor del talismán que haría a todas las mujeres hermosas, y que daría a conocer el secreto en una conferencia, como lo hizo. La disertación, en síntesis, se limitó a la demostración de esta gran verdad: que no existe mujer bella si no es buena, y que la más fea se convierte en atrayente y simpática, cuando su alma refleja bondad. ¿No debían enseñarse estas verdades en las escuelas, junto con las primeras letras? Y volviendo al suicidio, debo decir que, sin duda, es una suerte que el destino hiera temprano en forma despiadada. Muy dura y cruel debe ser la desdicha, cuando llega tarde y encuentra el alma cansada, con la visión permanente de un páramo, donde en otros tiempos brillaba con los colores del prisma la ilusión y la esperanza. ¡Cuánta abnegación se requiere entonces para soportar la vida!

UNA VELADA EN EL DESIERTO

Al calor de una hospitalidad sencilla, hija del corazón de hombres sanos y fuertes de cuerpo y alma, nacidos y criados en el desierto, cerca de la misión franciscana de Caraparí, en las fronteras con Bolivia, me cupo en suerte ser huésped de una familia compuesta de los padres, ya de edad avanzada y tres jóvenes que parecían tallados en troncos de algarrobo o quebracho. Tenían las piernas arqueadas, —consecuencia del vivir como de mudada sobre el caballo— y los dedos como tenazas.

El jinete de los bosques, es sin duda el más hábil, audaz y valiente del mundo entero. Ha de atropellar con la furia del caballo la selva espesa tupida de maraña y espinas, entre árboles de todo tamaño, en persecución de los animales alzados, ariscos o cimarrones. Sólo realiza esta proeza entre las proezas, el que se ha criado en el bosque, acostumbrado a correr pegado a las costillas del caballo y agazapado detrás de los guardamontes. Ha de seguir la huella que abre en la espesura el animal que huye y evitar el choque de la cabeza y del cuerpo en las ramas y troncos de los árboles. Para ello, necesita manejar las riendas tomándolas de cerca de la quijada del caballo, por debajo del pescuezo. Por lo mismo, son enlazadores eximios. Pocas cosas tan peligrosas como el tiro de lazo en el monte.

Y así eran los hombres en cuya casa me había hospedado, como eran entonces todos los hijos de los Chacos, que parecen hechos de fibras de alambre o de acero, a lo que contribuye sin duda, además del género de vida, una alimentación a base de

carne. Nunca les falta el asado y dos o tres platos más, bien condimentados siempre con carne.

La casa, era una de las tantas estancias perdidas entre los bosques, en la que no existe otro afán que el de la cría de ganado, con sus grandes corrales de madera, horcones y bramaderos. A toda hora, sobre todo de mañana y de tarde, se siente el balido de los terneros, mientras las vacas madres rondan por los alrededores y de vez en cuando, contestan al requerimiento de sus crías. Se siente también el mugido de los toros en celo, que suelen terminar con frecuencia en riñas terribles, que exigen la intervención de los peones para separarlos.

La noche inolvidable, que pasé al calor de la hospitalidad del hogar de D. Eusebio Gómez, rodeaban la mesa, además de los dueños de casa, un Teniente Coronel del Ejército de Bolivia en viaje a Tarija, de apellido Velasco; dos viejos criollos del lugar y un comerciante de Yacuiba. La charla, alegre y despreocupada, sobre temas de la vida del campo, era para mí llena de encanto. Desfilaba la vida de la selva a través de anécdotas y episodios que por turno contaba cada uno de los asistentes, entre los que no faltaban algunos llenos de sabor picaresco.

Apenas sentados a la mesa, el señor Gómez díjome: —Su peón acaba de referirme que anoche los asustó un tigre, cerca de Aguaray ¿Qué les ha sucedido? —Efectivamente —repuse—, estábamos terminando de comer junto al fogón, cuando las tres mulas que estaban atadas cerca de nosotros, dando bufidos, se nos vinieron encima temblando como en busca de protección. A duras penas escapamos de ser pisados, pues una de ellas llegó hasta meter las manos en el fuego.

El peón, alcanzándome el Winchester me dijo: —¡el tigre, señor!— mientras a su vez se armaba de una carabina Remington. Hicimos disparos al aire y después de un rato, como observamos que las mulas se habían calmado, echamos leña al fuego, en forma que las llamas pudieran alumbrar hasta alguna distancia. Hicimos tres fogatas más. La noche pasó sin otro inconveniente que la nerviosidad que nos dejara el susto de las mulas. —Es nuestra pesadilla con el ganado —dijo entonces el señor Gómez, —los daños son increíbles, a pesar de que no pasa una semana sin que matemos uno o dos tigres y leones. Hace pocos días, cerca de la región donde ustedes han dormido,

un tigre se entró al rancho de uno de los peones, hizo presa de una criatura de tres años y se retiraba con el chico al monte, cuando el pobre gaucho, dándose cuenta de lo que ocurría tomó una manta y un puñal y atropelló a la fiera con la que entabló un duelo terrible. El hombre, acostumbrado a este género de luchas, dió cuenta bien pronto del tigre, sin otra herida que un rasguño en una mano.

Luego, uno de los jóvenes relató: —Hace ocho días, los perros a la hora de la siesta, hicieron subir un tigre a un quebracho, que se lo he de enseñar mañana. Se encontraba con nosotros un comerciante que había llegado ese mismo día de Santa Cruz y como nos viera salir armados con Winchester y Remington, se ofreció a acompañarnos. El también tenía su arma larga. Llegamos como a veinte metros del árbol y vimos al tigre agazapado en una rama gruesa. Nos miró a los tres y en seguida clavó los ojos sobre nuestro huésped de manera fija. Este se demudó de inmediato y nos dijo: —Vds. perdonen, pero yo me voy, siento miedo—; y se volvió a la casa. El bicho, a primera vista, había conocido quién le temía. Mi hermano Juan, de puntería que no falla, lo hirió en el codillo [1] y cayó del árbol, siendo barajado por los perros. Yo no tengo la misma puntería, a pesar de que el pulso, por miedo, no me tiembla. En una ocasión parecida, disparé al tigre y no lo herí bien. Estaba sin perros. Se bajó como una exhalación y se me vino encima. Tuve tiempo de sacar el puñal, le cuerpié al salto y lo clavé hasta la empuñadora. Viera, señor ¡qué cosa horrible el aliento de la fiera! Los animales, sobre todo los caballares, lo sienten a larga distancia por el olor. También los leones, hacen mucho daño. Le referiré un incidente risueño. Hace poco, los perros, hicieron subir a un árbol a un león. Un peón, veterano en la caza de bichos, tomó una lanza hecha de un puñal y una caña tacuara y principió a subir al árbol, mientras la jauría de perros espera abajo ladrando y meneando la cola.

Estaba el hombre cerca de poder pinchar al león, cuando se le quiebra la rama y se viene al suelo. Los perros creyendo se trataba del león, lo barajan en el aire, mientras el pobre, deses-

[1] Lugar donde nace la mano delantera.

perado gritaba: ¡sala! ¡sala! ¡sala! y se salvó raspando de ser malamente mordido con sus gritos y manotones. El león, aprovechó la confusión, se bajó como un relámpago y desapareció en el monte.

A esta altura de nuestra amena charla se me ocurrió preguntarles si había allí personas que supieran curar a los animales *por secreto.* —A los animales y a los hombres— me contestó con énfasis don Eusebio. —Esa es, entre nosotros, la mejor medicina.

—¿Y, en qué consiste la cura por secreto?

—Ahí está la cuestión, —contestó—, es un don que tienen ciertas personas. Ven el rastro del animal enfermo, hacen encima una cruz, concentran el pensamiento, rezan, y el milagro se opera.

Años más tarde, conversando sobre dicho particular con don Esteban Leach, inglés ilustrado y de talento, entonces administrador y co-propietario del Ingenio La Esperanza, en San Pedro, me decía que lo de la cura por secreto, era exacto, que a él, le había costado mucho tiempo llegar a convencerse.

A mí, personalmente, me ha sucedido lo siguiente: Hace años, en mi propiedad del Bordo de la Isla, Departamento del Carmen, tenía un caballo de estimación, que un día amaneció sin poder asentar bien una de las patas traseras. Parecía descaderado. Mandé llamar a un criollo muy despierto que me dijeron era hábil para curar y le pedí se encargara del caballo. Me prometió hacerlo. Estuve ausente ocho días y de regreso, averigué si el caballo había sido curado. —Ruiz no ha vuelto por aquí, —me respondieron—. Sentí mucho fastidio y lo mandé llamar. —¿Por qué se compromete usted a lo que no ha de cumplir?— le dije, antes de darle la mano. —Señor —me contestó—, su caballo debe estar sano, mándelo traer. Efectivamente, lo trajeron y el caballo no tenía nada. —Pero usted no lo ha curado. —Sí, señor ¡por secreto! Averigué si alguien había visto al hombre en la finca y todos estuvieron de acuerdo en que nadie lo había visto. Aurelio Ruiz vive todavía. Es mi vecino en El Bordo de la Isla.

Volviendo a la velada del desierto. Uno de los jóvenes, dirigiéndose al padre le dijo: —Cuente, tata, al señor Villafañe, la historia del Catamarqueño, que ha de interesarle.

El viejo, con tono serio y solemne, me dijo:

—Señor—, se trata de un caso extraño y crea que en lo que le voy a referir, ni miento ni exagero. Cuando recuerdo lo que ví, todavía siento miedo; se me pone la carne de gallina. Llegó a Yacuiba, allá por el año 1882, un gaucho que decía ser catamarqueño, de Tinogasta —Germán Rivero—. Era hombre de hermosa presencia, alto, bien formado, ojos claros y cabello castaño. Gaucho, como jinete, maravilloso, que ha dejado aquí escuela. Tenía un caballo encerado tan bien educado en la rienda como no he visto otro. En cuanto se enchispaba un poco, le gustaba hacer lo que llamaba el ocho, con las patas del caballo. Le clavaba las espuelas, y al arrancar la carrera lo sujetaba y hacía que se arrastrara con las patas y lo volvía de un lado para otro con el cuerpo del animal casi tocando tierra. Tenía una colección única de frenos, porque, como decía con razón, no a todos los caballos les conviene el freno pesado o el liviano. Lanzado el animal a toda carrera se arrastraba en las patas, tan luego sentía la mano del jinete en el pescuezo. Amansaba a los animales como decía, de *abajo*, manoseándolos con paciencia y bondad. Se enfurecía, cuando veía dar un azote a un animal. Tenía una mula, a la que le urgaba todo el cuerpo con la mano sin que se moviera.

Encantaba oírlo cantar con la guitarra. Decía haber estado en dos revoluciones en Jujuy y que había salido de allí huyendo de la del año 1880, por cuya causa había estado preso. Se estableció primero con un boliche en Yacuiba y luego compró un campo para criar ganado en esta vecindad, porque quería vivir en la Argentina. Cuando llegaba algún paisano de tierra adentro, se *alegraba* dos y tres días. Más de una vez dejó sin licor a su boliche.

Me amadriné mucho con el hombre y con frecuencia iba a comer a su casa y él venía a la mía. Fué en vísperas de Navidad, dos años después de su llegada, que me invitó a cenar.

Lo notaba triste y preocupado. Sin embargo, comió con el apetito de siempre y me contó cantidad de anécdotas de sus viajes a Chile y de su vida en Jujuy. Había visto cuando lo mataron a Placidito Sánchez de Bustamante [1] frente a la Iglesia

[1] Joven abogado de talento, hijo del Dr. Plácido Sánchez de Busta-

Matriz y al Dr. Orihuela, cuando entraba al Cabildo por una calle lateral a la plaza donde estuvo su cadáver dos días, la mitad del cuerpo adentro y la otra mitad en la calle. De pronto sentimos ladrar los perros con furia, mientras otros lloraban. Rivero se puso lívido y de un salto cerró la puerta que daba al camino y la aseguró con una tranca. De inmediato sentimos como si la empujaran con fuerza desde afuera. Rivero, pálido y sudoroso, volviéndose a mí me dijo: —Venga don Eusebio, ayúdeme a empujar—. Yo saqué el puñal, me puse al lado de la puerta y le dije: —¡Quite la tranca! déjelo que entre y ya verá lo que le pasa—. Pero el hombre, fuera de sí, parecía no oírme, como atontado y seguía empujando la tranca. Por fin, después de un momento, me dijo: —Gracias a Dios; ya se ha ido.

—¿Quién— le dije con extrañeza.

—¡El difunto! —me repuso.

Yo me quedé alelado, con los ojos abiertos, pensando que se había vuelto loco. Pero principié a sentir miedo, recordando que había visto la puerta sacudirse con violencia, empujada desde afuera, así como el llanto y el ladrido de los perros.

Don Germán —seguía Gómez—, dejando la puerta trancada, se acercó a la mesa, se enjugó el sudor que bañaba su frente y tomó de un sorbo una copa de caña. Acérquese, —me dijo—, le voy a contar. Hace de esto precisamente diez años, en esta misma fecha y hora, maté a un bandido en la provincia de Catamarca, en el Bañado de Obanta. Estábamos de diversión y por celos, sacó el cuchillo y me invitó a pelear. Yo no estaba de humor, pero tanto insistió, que por fin sentí rabia y resolví hacerle el gusto. Además, allí estaba la mujer. Nos batimos un buen rato, en una noche profundamente oscura, hasta que cayó alcanzado por un pinchazo en el cuello. Se desangró en un momento y murió en seguida.

—¿Cómo se defendía Vd., en la oscuridad, del puñal? —le pregunté.

—¡Ah! Don Eusebio, —me dijo—, es que el relampagueo

mante, que fué Gobernador de Jujuy y Senador Nacional dos veces; hijo a su vez del Dr. Teodoro Sánchez de Bustamante, Secretario del Congreso de Tucumán.

del puñal se lo ve en la noche más oscura! La justicia me puso en libertad poco después, porque los testigos fueron muchos y dijeron la verdad. Cinco años seguidos, este mismo día y hora, el bandido se hizo presente para sacudirme las puertas de las habitaciones donde me encontraba, a pesar de las misas que le hice rezar por el descanso de su alma. Me había dejado tranquilo cinco años y hoy ha vuelto a molestarme. Mañana voy al pueblo a hacerle rezar una misa.

Esa noche, me quedé a hacerle compañía. Luego se perdió de mi casa y supe que había desaparecido, después de vender cuanto tenía. A unos dijo que se iba a Tarija; a otros a Lima. Nunca he vuelto a tener ninguna noticia de él, a pesar de que con todo empeño, he hecho averiguaciones por mucho tiempo a cuántas personas han venido de todos los rumbos. Y ahora, le toca a usted, —dijo el dueño de casa, dirigiéndose al comerciante de Yacuiba—, cuéntenos algo.

No se hizo de rogar. —En este mundo —dijo serio—, todo puede suceder y no es para tomar a risa casos como el que ha referido don Eusebio. Yo soy español, de familia de extremistas, criado entre personas que se complacen en hablar mal de Jesús y de la Virgen María. Pero he visto muchas cosas que me hacen creer que hay algo más en la vida que aquello que vemos y tocamos. Yo digo —agregó—, como un paisano mío: no creo en brujas ¡pero las hay! Hace pocos días me ha ocurrido en Yacuiba lo siguiente: al volver de noche a mi domicilio de casa de un amigo, a tres cuadras de distancia alumbrado por un farol regador, veo de repente venir hacia mí algo extraño: tenía la cabeza de mula y el cuerpo de hombre. Me detuve para observar mejor y entonces vi claro la cara del señor N., que había sido Cura años antes en la localidad y tiró los hábitos para irse a vivir con una mujer. Esta vez, cuando lo alumbré, era el cuerpo de una mula y la cara del señor N. Seguí alumbrando y al llegar a mí, era el señor N. en cuerpo y alma; había desaparecido la visión de la mula. No sin cierto temor, me acerqué y le dí la mano, sintiendo una impresión horrible, pues tenía la certeza de que lo que había visto no era fruto de alucinación ni que me había vuelto loco. Cambiamos unas cuantas palabras de mera cortesía y él siguió su camino y yo el mío.

Al llegar a casa, conté a mi señora el percance y entonces

ella me dijo: —Hace pocos días, una muchacha que estaba al servicio del ex-cura, me ha referido que una mañana que, como de costumbre le llevó el mate, vió en la cama acostada una mula. Dió un grito, tiró el mate y salió huyendo. No ha habido forma de hacerla volver a la casa, ni para que cobrara lo que se le debía. Días después, tuve ocasión de conversar con la muchacha y me ratificó lo del cuento en todos sus detalles, jurando que hablaba la verdad ¿qué opinan ustedes del caso?

—Vea, señor —dijo Velazco—, la explicación que me doy, es la que las almas de los hombres tienen forma según la calidad moral de las personas. Las hay con expresión de fieras, de cerdos, de perros, de víboras, de mulas y de bueyes. Acaso las almas no están encarnadas del todo y acaso en ciertos momentos afloran y se reflejan fuera del cuerpo. Tal es la razón de que yo crea en el cuento según el cual ciertos sacerdotes apóstatas, se presentan en ocasiones con figura de mula.

—Y usted, ¿qué piensa, señor Villafañe? —Estoy en todo de acuerdo con el señor Velazco —dije—. Yo también encuentro a cada rato parecido entre la cara y la expresión de ciertos hombres con las de algunos irracionales. Pero sobre todo, me deleita observar en las mujeres bonitas, la semejanza con mariposas, flores y aves. Las hay, que al pasar, me dan la ilusión de una orquídea con vida; otras, de un lirio, o una camelia alumbrada por dentro con luz de estrellas. —Pero las hay también —observó Velazco sonriendo—, que tienen la cara de fieras y de avesuchas de corral.

Siguió un momento de silencio y preocupación. Y como para volver el buen humor a la reunión, el Comandante Velazco dijo que iba a contar un cuento de curas y mujeres y así fué: —Había llegado días atrás al fortín de Caraparí, un Teniente joven del ejército boliviano. Para conquistar la buena voluntad de un cacique toba o chiriguano, le había llevado presentes en abundancia. El cacique, después de agradecer los obsequios, le dijo: —Ahora, pedíme vos lo que yo pueda darte.

—Vé, tata —responde el Teniente—, quiero para que me sirva y atienda, una chica de doce a quince años, a la que no haya besado ningún hombre. —No hay, señor —contestó de inmediato el Cacique—, *¡a tuitas las ha besao el Cura!*

Me alcanzaron la guitarra y canté algunas canciones.

Lástima de velada tan hermosa, no había mujeres.

Dos días después, seguí viaje a Yacuiba, rumbo al Oriente de Bolivia. En aquellos tiempos se trataba de una travesía sembrada de mortificaciones y peligros. Dos años antes, había sido asesinado cerca de la senda que yo llevaba, el hombre de ciencia, escritor notable y explorador de la Patagonia, Ramón Lista, por uno de los peones que lo acompañaba, al que no se pudo castigar, porque alegaba que el patrón se había suicidado, decía, por no poder resistir las torturas de la sed, afirmación sin duda falsa, porque en toda la región, abunda el agua. Quedaba la duda a la justicia que estaba en la imposibilidad por la distancia, de realizar una inspección ocular y el Juez creyó con razón tal vez, que debía absolverlo.

Poco años antes, había sido asesinado por los indios el explorador español Enrique Ibarreta, cerca del Estero Patiño, a orillas del río Pilcomayo. Y veinte años atrás, terminó también en estas regiones una vida de gloria, se dice que asesinado por los tobas, el explorador francés Julio Crevaux, de quien espero ocuparme con algún detenimiento más tarde. Otro personaje ilustre que encontró su tumba en los bosques del Chaco fué el notable artista y hombre de ciencia italiano Boggiani cuyo nombre se me escapa en este momento.

Van a continuación dos capítulos ajenos a lo que podía llamar la materia de este libro de carácter sentimental. Los incluyo, porque se debaten en ellos temas de interés público, pues tienen íntima relación con la historia de la Quebrada de Humahuaca y de la Puna y de sus problemas actuales. Hay también en ellos, algo de un eco de las montañas.

Pienso continuar en otro volumen, con la narración de episodios sueltos de viajes a Bolivia, si lo permite mi salud seriamente resentida en los últimos tiempos.

APENDICE

PROBLEMAS DE LA PUNA DESOLADA

Discurso pronunciado como Gobernador de Jujuy con motivo de la inauguración del edificio para telares e hilanderías en Abra Pampa, en febrero del año 1926.

Pueblo de Abra Pampa, señoras, señores:

Una nueva era clarea para la desolada Puna de Jujuy. Apuntan signos en el horizonte que parecen decir va a cumplirse en vosotros la sentencia bíblica: "los últimos serán los primeros".

Vuestra miseria moral y material ha tenido por causa diversos factores: la pobreza del suelo consecuencia de la rarefacción del aire por encima de los tres mil metros sobre el nivel del mar. La falta de agua o ser éstas saladas; la herencia de la Colonia: el latifundio; el confinamiento entre cadenas de montañas sin vías fáciles de comunicación; las escuelas escasas y deficientes bajo todo punto de vista.

Ha sido una de las primeras preocupaciones de mi gobierno dedicar especial atención a cada uno de estos problemas. Para la solución del de la tierra, designé una comisión que ha estudiado concienzudamente el asunto, acumulando todos los elementos de juicio necesarios para resolverlo. Es muy posible que en breve se llegue a un resultado satisfactorio con los latifundios de Rodero y Negra Muerta, así como con los de Yavi y Rinconada, cuyos propietarios ofrecen todo género de facilidades para su adquisición.

A fin de dar fácil salida a la riqueza minera, está para darse impulso a la magna obra del camino de autos que por la Quebrada de Purmamarca desembocará al altiplano por el Abra de Pives, arteria por la que habrán de afluir los ricos minerales de las cordilleras, hasta las estaciones del ferrocarril, sin los gastos que hoy hacen tan costosa toda explotación.

Este año quedará concluído el puente sobre el río de Abra Pampa, y se proyecta una red de caminos que darán fácil acceso a las vías férreas de lugares tan distantes como el territorio de los Andes.

Para inyectar nueva vida a la industria ganadera, solicité y obtuve del ex ministro de Agricultura doctor Le Breton, la instalación de un criadero con toda clase de padres en este Departamento, destinando para el efecto tres mil hectáreas de tierras de Miraflores que están cerrándose con alambre, a la vez que se hacen las instalaciones necesarias para traer los planteles de vacunos, caballares, lanares, cerdos, aves, etc., trabajo que dirige con toda inteligencia el técnico enviado por el Ministerio, doctor Pedro García. No ha de escapar a vuestra penetración la importancia de este criadero. Actualmente puede estimarse en cerca de doscientas mil el número de ovejas de la región montañosa de la Provincia, y en veinticinco a treinta mil el número de asnos. El peso medio de la oveja de venta es de nueve a diez kilos. Imaginad cuánto aumentará su valor con la cruza de padres que pesan más de cincuenta kilos. Lo mismo acontecerá con los asnos y caballares. Ya tenemos un magnífico plantel de alpacas debido a la generosidad del gobierno boliviano. Tenemos también carneros Karacules adquiridos para repartirlos gratis entre los criadores. Y se espera tan sólo que terminen las instalaciones indispensables para traer las vacas, caballos, burros garañones, cerdos y aves. Se acometerá también aquí la empresa de criar la chinchilla y la vicuña en tan gran escala como sea posible [1].

La provincia tiene ya en "El Remate" a quince kilómetros de la Capital un criadero completo de toda clase de padres que ya presta servicios al público, y que debemos agradecer en primer término al ex Ministro doctor Le Breton. Doy a estos criaderos excepcional importancia, porque antes de diez años habrán operado un cambio completo en la riqueza ganadera de la Provincia donde por falta de cruzamiento, los ganados habían degenerado lamentablemente. Por primera vez en estas re-

[1] Todo esto se hizo.

giones, tienen también lavaderos para combatir la sarna, así como en otros puntos de la Provincia —que diría estratégicos— se han construído lavaderos para combatir la garrapata.

Ha tenido en vista mi gobierno la prosperidad de estas desoladas regiones, al resolver que aquí se instalen los telares cuyo edificio inauguramos. No debíamos incurrir en el error de los hombres de la Capital Federal, de acumular toda la riqueza en la cabeza, sin preocuparse de que los miembros languidezcan. Las poderosas maquinarias que tenemos a la vista adquiridas en Bélgica personalmente por el Agrónomo Regional señor Julio Sánchez, harán de Abra Pampa un centro fabril importantísimo, donde podrán elaborarse las lanas no sólo de esta región, sino de todo el Sud de Bolivia. Así le cabrá en breve a Jujuy la gloria de producir no solo azúcar, las mejores frutas y excelentes vinos, sino de abastecer de buenas telas una vasta zona de la República y así en adelante, no os veréis forzados, como hasta aquí, a vender vuestros frutos a los precios irrisorios impuestos por la especulación.

Terminado este espléndido edificio, tendremos que dar principio de inmediato a la construcción de un lavadero de lana.

Esta fábrica ha de servir además de escuela de mecánicos, así como se están formando en estos momentos excelentes técnicos criollos en los minerales que hoy se trabajan en el distrito de Pumahuasi.

Es lamentable que las escuelas nacionales procedan en su plan de estudios sin consultar a los gobiernos de Provincia, ni a las necesidades regionales. No puede darse desatino mayor, que el de aplicar los mismos planes de estudio a los niños de las pampas de Buenos Aires, que al de nuestros valles hondos, como a los hijos de estas punas y montañas. Ya lucharemos a fin de que en Abra Pampa se establezca una escuela internado donde se recojan los niños desvalidos de estas regiones, y se forme con ellos un plantel que ha de dar obreros inteligentes a las minas, a los telares y demás industrias nacientes.

No es un sueño fruto de un intenso amor a la tierra natal, aquel que me hace ver a la Provincia de Jujuy, en un día no lejano, convertida en el primer emporio industrial de Sud América.

Aquí tienen que instalarse los altos hornos para la fundición del hierro y del acero [1]. Y aquí tienen también que ser elaborados los minerales de todo el Sud de Bolivia, acaso los más ricos y abundantes del mundo, porque allí carecen del combustible necesario, mientras a nosotros nos sobra el agua para fuerza motriz, las maderas duras y el carbón de piedra.

La República Argentina es el país más atrasado de Sud América en materia minera. Es que por razón de la inmensidad de nuestro territorio, nuestros gobernantes sólo se han interesado en la solución de los problemas urgentes y aquellos que solo interesaban al litoral. Los del interior, siempre fueron descuidados o encarados en forma deficiente o lamentable. Nunca han tenido idea aproximada de lo que significa la riqueza minera, por lo que no sólo no se han preocupado de fomentarla pero ni siquiera de defenderla. Algunas resoluciones legislativas por el contrario, parecen haber obedecido a influencias interesadas en matar explotaciones como la del borato.

El actual Poder Ejecutivo de la Nación, ha intentado el fomento del interior como el de la riqueza minera. En el mensaje dirigido a las Cámaras el año 1923, el señor Presidente de la República hacía presente la necesidad de dar vida a las regiones más apartadas y de fomentar las industrias a fin de vigorizar el organismo nacional y enderezar las finanzas maltrechas. Pero estas buenas intenciones han escollado con la inercia del Congreso, preocupado de los problemas de los partidos que agitan al país, como las fiebres tropicales agitan a los enfermos de las zonas pantanosas de nuestros valles hondos.

Es lamentable que los hombres públicos del litoral no comprendan que la industria minera con la agrícola y la ganadera, —y más que éstas aún— es cimiento primario de nuestro progreso económico, es condición de nuestra independencia de los mercados extranjeros, y es también algo indispensable para la seguridad de la Nación. Anualmente se introducen al país, máquinas agrícolas, artículos de ferretería y otros, por valor de cuatrocientos millones de pesos. El día que explotemos nuestras

[1] Ya están en plena actividad los de Palpalá.

minas, esos millones quedarán en el país para enriquecer a los hombres del litoral como a los del interior, para levantar de su postración regiones que hoy se debaten en la impotencia y sufren hambre, como el indio aquel de la leyenda que en el cerro de Potosí, llevaba vida miserable en la choza levantada sobre el venero de plata más rico del mundo que otros debían aprovechar.

Entonces, las enormes riquezas que atesoran provincias hoy muertas como La Rioja y Catamarca, han de llevar sus tesoros rumbo a la desembocadura de los grandes ríos y sus ciudades, porque el dinero es como la sangre que de las extremidades afluye al cerebro, que cuando rica, equilibra el pensamiento y el alma; y es causa de locura, anemia y trastornos cuando es débil como hoy acontece.

Hace dos años, en un trabajo de un economista norteamericano, leí un estudio comparativo de lo que significa para un país la riqueza agrícola y ganadera y la minera. Demostraba que las minas de las regiones inhospitalarias del Canadá, producen por año mucho más que las pampas argentinas en granos y ganados. Hace pocos meses el doctor Benito Villanueva de regreso de Estados Unidos me confirmaba el dato.

Uno de los órganos más caracterizados de la prensa de Chile, estudiando el año pasado la prosperidad industrial del Brasil, decía con razón —lo que para nosotros debiera ser una afrenta— que no existe en el mundo país más favorecido por la naturaleza que la República Argentina, ni habitado por hombres más inútiles e incapaces para las empresas de aliento. Pienso que el juicio encierra una gran verdad, sobre todo si se tiene en cuenta el abandono de la riqueza minera, abandono que revela una falta absoluta de visión de los intereses más caros de la nacionalidad. Brasileños y chilenos tienen altos hornos donde se funde el acero que da la materia prima para las industrias de la paz como de la guerra, y puede decirse que día a día se emancipan económicamente del extranjero, multiplicando las fábricas. De seguir cruzados de brazos, discutiendo qué partido o fracción ha de aprovecharse del fruto de lo que trabaja el pueblo, dentro de pocos años los argentinos seremos tributarios en materia económica del Brasil y de Chile, que estarán en condiciones de introducir al país más baratas las ma-

quinarias y artículos que hoy nos llegan de Norte América y Europa [1].

A los numerosos enemigos que la industria minera ha tenido en el país, debe agregarse el de los técnicos extranjeros.

En diversas ocasiones en esta provincia, hombres animosos, librados a su esfuerzo, intentaron explotar minas. En cuanto tratóse de formar sociedades aquí o en el extranjero, llegaron los sabios europeos a fallar sobre su riqueza y siempre dictaminaron a primera vista que eran pobres, que de nada servían. Sin embargo, son esas minas precisamente, las que hoy se explotan en Jujuy con éxito espléndido. Por eso, cuando supe que el doctor Le Breton había contratado técnicos en el extranjero para el estudio de nuestras minas, experimenté una contrariedad profunda. Y cuando llegaron a Jujuy, me apresuré a acompañarlos sobre el terreno, a fin de poder certificar que no habían visto nada, como en efecto aconteció. Su estudio se redujo a ir conmigo hasta La Quiaca, y al día siguiente a caballo, a observar en la superficie una veta de hierro a dos leguas de distancia y regresar por la tarde al Hotel para seguir a Jujuy y a Buenos Aires, porque decían no poder disponer de más tiempo. Para que hubieran podido estudiar los minerales de la Provincia, era menester por lo menos seis meses para dedicarlo al estudio de las montañas del Aguilar, del Chañi, del Moreno y otros.

Yo me comprometo a probar al Gobierno de la Nación, que Jujuy tiene montañas de hierro de la mejor calidad, como que tiene también carbón de piedra del más rico que se conoce. Ojalá me tomaran la palabra los poderes nacionales ya que tan poco costo demandaría la prueba, mientras que tanta trascendencia tiene para nuestros destinos la posesión de semejantes tesoros. Y me expreso en esta forma, porque repetidas veces he pedido el envío de técnicos con este objeto sin ningún resultado.

Yo espero, señores, que en día no lejano, la providencia se ha de apiadar de los argentinos y la politiquería ha de hacer crisis por exceso de intoxicación. Entonces nuestro Congreso dedicará atención preferente a los problemas en que finca la grandeza de la nación.

[1] Esto ha principiado a suceder.

Entonces Jujuy será lo que digo —el primer emporio industrial de Sud América—. Aquí se levantarán los altos hornos, porque prescindiendo de los recursos naturales, Jujuy es la única parte de la República que se encuentra al abrigo de los ataques aéreos en caso de guerra; porque acontece con nuestra provincia lo que con el corazón en el cuerpo humano, que por ser lo más precioso y delicado es también lo más defendido. Valles feraces, mesetas elevadas con lagos de agua salada y dulce, con arroyos y ríos innumerables, con depósitos de toda clase de minerales, todos estos tesoros guardados por la cintura de montañas de más de seis mil metros de elevación, que vienen a formar algo así como un recinto inexpugnable y sagrado donde lo bello y lo grandioso se une a lo útil y a lo agradable.

No son visiones de un profundo amor a la tierra natal las que me hacen ver transformado el mundo muerto del altiplano, el paisaje de luna de las salinas inmensas, el cuadro apocalíptico de montañas que se deshacen cual gigantes que agonizan bajo la acción de las lluvias, las nieves y los vientos; no son visiones de mi fantasía las que me dicen que no está lejana la hora de la redención de los hijos de esta tierra. Cerca de aquí, parece que su entraña despierta y se agita después de un sueño milenario, al golpe de la herramienta del minero a centenares de metros de profundidad. No hace mucho que hemos fundado el pueblo de San Francisco de Pumahuasi, donde se agrupan las familias de los obreros de La Belga y La Pulpera, que mensualmente extraen miles de toneladas de plomo. Poco tiempo más y se elaborarán los boratos y las turberas de Salinas Grandes y el Moreno, el cobre y el hierro que abunda por todas partes, así como el oro que corre confundido con las arenas y el ripio en las avenidas de Rinconada y Santa Catalina.

Ha llegado la hora de dedicar especial atención a la plantación de árboles para moderar los rigores del clima. Con tal fin, he hecho venir del extranjero especies adecuadas de las que existen ya magníficos viveros en Maimará. Entre las especies de nuestra flora criolla, merece especial mención el algarrobo negro de la Quebrada de Humahuaca, el álamo, el sauce, el mimbre, el moye y el pino silvestre. El árbol, como decía Sarmiento, es el mejor compañero del hombre; es tam-

bién el complemento de la mujer, del niño y del ave. Plantad árboles y habréis puesto la nota de la poesía en el caos de los valles y de las montañas muertas.

El ex ministro Le Breton, me prometió algunas de las máquinas perforadoras para buscar agua dulce, que tiene desocupadas la Nación, —promesa que me hubiera cumplido sin duda, de haber continuado en el ministerio—. No dudo que el actual ministro, me ha de prestar la ayuda que reclamo con tanta justicia. Entonces podremos hacer aquí lo que en idénticas regiones han hecho los norteamericanos, donde salares áridos como éstos, fueron convertidos en vergeles, bajo el conjuro del agua dulce brotando de las rocas profundas.

Señores: existe en este mundo una justicia inmanente o preestablecida que se impone al alma con la elocuencia de la brújula que señala al marino el polo magnético. Los habitantes de estas regiones son los descendientes de los primeros servidores de la patria, de los que más se sacrificaron por ella. A nadie debe tanto el país como a quienes formaron la vanguardia de los ejércitos de Belgrano y de Güemes, que solos rechazaron once invasiones extranjeras, después de haber sido el nervio del ejército que triunfara en Tucumán y Salta y se desangrara en Vilcapujio y Ayohuma. Yo me siento feliz de ser hijo de una tierra abonada con la sangre de bravos, donde vive el ideal alimentado por el recuerdo y la tradición, como las flores silvestres que se nutren del humus acumulado por el arrastre de los siglos. Yo me siento feliz de ser hijo de la región premiada por su heroísmo con la primera enseña patria, donde el alma de la nacionalidad ha de tener asilo seguro por los siglos de los siglos, contra las asechanzas externas e internas, como el espíritu mismo de las montañas que guardan la libertad de sus hijos indómitos cual el viento de las cumbres, como las nubes que viajan empujadas por su aliento. Es oportuno el recuerdo en estos momentos y lo será siempre, de que por nuestras venas corre la savia que nutriera la sangre de aquella tribu, que refiere el padre Lozano, prefiriera despeñarse desde lo alto de una montaña, antes que rendirse, así como vive el gesto del Sargento Gómez, retando a la muerte en Humahuaca, como el aliento de Manuel Eduardo Arias, el primer soldado de Güemes y la última palpita-

ción del general Juan Lavalle, cuyo cuerpo desangrándose gota a gota a la grupa de sus compañeros santificara las arenas de nuestra histórica Quebrada. Sombras grandes como las que proyectan estas montañas, —fantasmas de gloria— que se levantan paso a paso en el camino del hijo de los valles y cordilleras que conoce y ama la historia de sus padres y la evoca a cada instante al conjuro del recuerdo de los lugares donde batallaron y derramaron su sangre.

Al inaugurar un templo [1] para las necesidades del alma, así como obras que habrán de asegurar la prosperidad material de los desheredados de esta tierra, yo pido a los cielos con toda la efusión de mi alma, nobleza para el corazón de sus hijos y carácter recio para afrontar la prueba tremenda de la vida; para que se perpetúe esta raza inteligente y luchadora, vástago de una cuna étnica misteriosa, que dió trabajo como ninguno a los conquistadores de América; raza en la que viven fundidas las cualidades del montañés primitivo con las del soldado de Pizarro, Almagro y Diego de Rojas. Para que estas cordilleras sean siempre altar de la Patria, asilo eterno de los ideales de amor, de fraternidad y de belleza, y para que alumbren siempre el escenario nacional con la luz de las estrellas de estas punas, en las que los Humahuacas y Calchaquíes de la conquista creían ver arder, acaso con razón, el alma de sus héroes desaparecidos.

[1] El mismo día se inauguró el templo de Abra Pampa.

UNA NOTA ALEGRE EN LA MONTAÑA

Discurso pronunciado como Gobernador de la Provincia al inaugurarse la Colonia de niños débiles, en Tilcara, en enero de 1926.

Señoras, señores:

No puedo resistir al impulso de exteriorizar lo que siento en presencia de este coro de niños que semejan aves prisioneras libradas al aire y al sol. Feliz de mí que el destino ha querido depararme la suerte de haber contribuído para que se traduzca en realidad esta obra que ha de tonificar el cuerpo y el alma de niños desvalidos. Feliz hora, que me permite sentir cerca de mí, palpitantes de alegría, los corazoncitos de más de un centenar de niños que dan expansión a su alma como las alondras en la montaña.

En este mundo, no puede darse dicha comparable a la de mitigar o suprimir causas de dolor o de pena. La filosofía hindú dice que el hombre vive en este valle sembrado de cenizas y de lágrimas, entre tinieblas de una noche y sombras de un atardecer, como una luciérnaga que tiene conocimiento de sí misma por algunos estremecimientos de placer, por algunas convulsiones de dolor. Su entrada al mundo se anuncia con un gemido, dice Job, su partida está regada por lágrimas.

En su infinita desventura, el hombre no sabe lo que es, ni de dónde viene, ni para dónde va, ni si es llama que se extingue para siempre. Es para sí mismo, el más profundo de los misterios. Pero como el marino perdido en la soledad de los mares, que se orienta por la brújula, siente imperativos en el alma que le marcan los derroteros del mundo moral.

¿Por qué la aguja imantada se vuelve hacia el Norte?

¿Por qué el alma busca sedienta la verdad, el bien y la belleza?

¿De qué fuente misteriosa manan los sentimientos que se traducen con el nombre de piedad, justicia, amor y heroísmo?

Los rayos de luz que preceden la aurora, nos anuncian la magnífica fuente de donde vienen, que no tardaremos en admirar. La obra revela al artista. No importa el misterio, si la observación nos dice a simple vista que ni la casualidad, ni el caos existen en este mundo; si todo con elocuencia nos hace ver que somos resortes de un mecanismo donde impera la ley de lo bello y de lo maravilloso. Ignoramos por qué del barro nace la flor, no sabemos quién ha enseñado a cantar al ave, ni por qué brilla con infinita dulzura la estrella, ni por qué el corazón del héroe busca el sacrificio. Pero sentimos que el amor, la justicia y la virtud, son el cimiento de las sociedades, la luz que señala el sendero que salva al hombre de todos los peligros y le descubre las fuentes de la felicidad que hacen soportable la existencia. Porque no todo es dolor, lucha y lágrimas, en este mundo. La vida, sin duda, es una prueba tremenda, en la que perecen y fracasan los débiles y vencen los animosos que saben afrontar las dificultades del destino con el coraje del nadador que no trepida en luchar con las olas sacudidas por la tormenta, y saben a la vez dominar los demonios de las malas pasiones y salir ilesos de sus acechanzas. Pero el hombre más animoso, el triunfador que ha logrado tomar por asalto cada una de esas fortalezas que se dibujan en lontananza en los primeros días o que llevan los nombres de gloria, fortuna y poder, encuentra que una vez alcanzados y saciados todos los anhelos de la materia, otro vacío se nos hace en el alma que nos recuerda "el vanidad de vanidades" de Salomón, mientras que una voz misteriosa nos canta al oído los versos de Schubert: "allí donde tú no estás, allí está la felicidad". Sin embargo, existe algo que luce más allá de los fanales de la fortuna, del poder y de la gloria, para las almas de selección, y ese algo inexplicable, es la satisfacción de hacer el bien por el bien mismo, de llevar el consuelo a los afligidos, a los que padecen por su culpa o sin culpa, y a sacrificarse hasta por los que no se conoce y nos hacen mal. Dichosos los que tienen fortuna y corazón

para ir en socorro de los que reclaman pan para el cuerpo y alimento para el alma. La piedad, señores, es una de las manifestaciones más elevadas de la inteligencia. Las almas grandes, lo son porque comprenden, y porque comprenden perdonan y repercuten en lo más íntimo de ellas todos los dolores de la hora en que viven. Si fuera filósofo, diría que la vida tiene por objeto o finalidad principal domar la fiera que todos llevamos dentro de nosotros, y en una esfera más elevada, sentir y hacer el bien, dar la mano a los que vienen en pos; y para unos pocos privilegiados, sentir los reflejos de la verdad y de la belleza eterna, que decía Platón, nos hacen entrever una maravillosa ribera desconocida. Los malos y los egoístas son seres primitivos que viven en las fronteras de la animalidad, la peor clase de ciegos —los del corazón— que nada saben de la belleza ni de sentimientos que nos hacen olvidar de nosotros mismos, que nos mueven a dar sin esperanzas de compensación, nos hacen mirar a los cielos y acercarnos a los dioses.

Viniendo al caso que el gobierno de Jujuy ha querido celebrar con pompa y solemnidad, debo decir que la idea piadosa de la colonia de vacaciones para los niños palúdicos y débiles, me fué sugerida por primera vez por los doctores Barbieri y Arroyabe, a poco de hacerme cargo del gobierno de la Provincia. La situación del erario era tan desastrosa, que fué menester desistir del proyecto. Escribí, sin embargo, al señor Presidente del Consejo de Higiene de la Nación, doctor Gregorio Aráoz Alfaro pidiéndole su ayuda. Me contestó que aplaudía la iniciativa, pero que nada podía hacer por falta de recursos. La idea nació otra vez, hace poco, auspiciada por los Dres. Alvarado, Arroyabe y Bernasconi, encontrando la más franca acogida de parte del señor Presidente del Consejo de Educación y de la señora Felisa R. de Bustamante. Es a ellos, a quienes se debe el éxito alcanzado.

Es con orgullo que dejo constancia de que a Jujuy le cabe la honra de ser la primera provincia argentina que lleva a cabo esta obra piadosa, que ha de ser imitada en todo el país y ha de servir a nuestros ricos, de fuente de los más intensos goces espirituales. Me complazco también en dejar constancia de la generosidad con que nuestros hombres de dinero han respondido al llamado que se les formulara para secundar

la acción del gobierno. La simiente, señores, ha de ser proficua. El año que viene, la obra será más eficaz y amplia. También el beneficio podrá hacerse extensivo hasta las niñas de la clase más humilde con otra Colonia semejante en Maimará o Purmamarca.

Señores: es esta la hora más feliz de mi paso por el Gobierno, comparable sólo a la del día en que inauguramos el dispensario de lactantes. Espero antes de terminar mi mandato, ver también terminados los salones para hospitalizar tuberculosos, obra poco ha principiada [1].

Me siento recompensado de muchas fatigas con este coro de alondras que ha venido a beber sol, alegría y vida, en este rincón de la histórica Quebrada de Humahuaca, tierra de montañeses trabajadores y sobrios en la paz, altivos y bravos como pocos en la guerra, que han dejado escrita la página más hermosa de la historia de la conquista y de la emancipación. Estos niños, llevarán de aquí la sangre más rica, y el rastro indeleble en el alma de los sentimientos de piedad de las maestras abnegadas a cuyo cuidado se encuentran. Aprenderán a amar y se sentirán identificados con esta hermosa tierra, que los cobija como verdadera madre.

Señores: mi agradecimiento para todos los que han contribuído a tan bella obra con su iniciativa, con su dinero, con su cooperación tan eficaz y con su presencia en este acto [2].

[1] Fué terminado el pabellón para enfermos del pulmón.

[2] El resultado fué *magnífico* —los niños después de mes y medio regresaron sanos y contentos—, algunos habían aumentado hasta tres kilos de peso; los padres fueron dos veces en este intervalo a visitarlos con rebaja de pasajes concedida por el ferrocarril.

EL SACRIFICIO DEL SARGENTO GOMEZ

El sacrificio del sargento Mariano Gómez, héroe de Tambo Nuevo, en la plazoleta de Humahuaca, es episodio que se destaca entre tantos sucesos heroicos de que fuera escenario la Quebrada, en quince años de guerra.

Al mando de un destacamento cubría la retirada del ejército patriota después del desastre de Ayohuma. Sorprendido mientras dormía por fuerzas españolas al mando del Coronel Saturnino Castro, fué condenado a muerte sin otra causa que su fama de bravo de leyenda. Sentado en el banquillo, con los tiradores al frente, Castro le hace ofrecer la vida si promete servir en las filas del ejército español. Su respuesta, fué un arranque de indignación y un reto a la muerte: "Diga Vd. al Coronel Castro, que si quiere saber quién es el Sargento Gómez le haga quitar los grillos, dar un sable y soltar en este cuadro".

Reacción sublime en un hijo del pueblo, analfabeto, nacido y criado en una cuna humilde del pueblo tucumano, que pone de manifiesto el clima moral que alentaba la revolución y cómo sus jefes habían sabido hacer penetrar sus ideales en el corazón de almas sin cultura. Sólo un sentimiento místico, lindando con el fanatismo, pudo hacer que los pueblos de Jujuy y Salta, abandonados a sus destinos, desnudos, sin más retribución que una alimentación sobria, lucharan durante quince años de epopeya que no tiene igual en toda América.

Es de imaginar el efecto moral que el gesto del Sargento Gómez debió producir en el espíritu de las tropas en momentos de prueba. Tierra de gloria la de Humahuaca. Y allí está a

cien metros del monumento de Soto Avendaño la plazoleta del sacrificio —menos de una hectárea cuadrada— tal cual era cuando este soldado, entregó su sangre santificando una tierra muchas veces sagrada. Un día, debe recordarse este episodio y honrar en el Sargento Gómez al soldado raso de los ejércitos argentinos, cuyo destino fué en todo tiempo el que pintan los versos de Ricardo Gutiérrez:

Yo soy la abnegación desconocida
Y la pena ignorada
Soy la sangre vertida
Con todo el sacrificio de la vida
Y sin otra ambición en mi carrera
Que un girón de bandera
Que sepulte mis miembros en la nada

¡Qué bien vendrían estos versos al pie del monumento que un día ha de erigirse al Sargento Gómez!

¡Tierra sagrada la de Humahuaca! Allí en 1817, fué pasada a cuchillo la retaguardia del ejército del Virrey Laserna por Manuel Eduardo Arias lo que determinó la retirada del ejército invasor desde Salta al Alto Perú.

Allí el 17 de septiembre del año 1837 el General Alejandro Heredia derrotó la vanguardia del ejército boliviano al mando del Coronel Fernando Campero, donde se inmortalizó el Capitán Benigno Macías muerto al frente de una carga decisiva y temeraria.

Allí en año 1874 fué fusilado uno de los jefes del levantamiento de los hijos de la Puna de apellido Guanuco, después de la llamada hecatombe de Quera.

Cuna de una raza heroica, su nombre evoca la epopeya de la conquista y de la revolución con las sonoridades de un clarín de guerra y el tropel de los gauchos que bajan de las montañas a cerrar el camino a once ejércitos invasores.

DOS IDILIOS BAJO LAS BALAS

Cuando el Virrey Laserna estuvo sitiado en Jujuy en 1817, cerca de un mes, dos de sus Ayudantes de Campo, el Capitán don José María Fascio y el Teniente Miguel de Aráoz, se enamoraron de dos niñas de las familias más distinguidas, que pertenecían al bando realista: doña Trinidad Alvarado y doña Florencia de Tezanos Pinto. El episodio tiene todo el sabor de los romances nacidos bajo el fuego de las balas y el fragor de los combates.

La llama prendió hasta correr una venda en los ojos del Teniente Aráoz, que contrajo enlace la noche antes de la retirada del ejército español, al Norte, apadrinando la boda el Virrey Laserna. El General García Camba, en el relato de la retirada desastrosa del ejército español, dice que al día siguiente, en el paraje "El Volcán", se libró un combate sangriento, en el que se distinguió de modo saliente el Teniente Miguel de Aráoz. En el Cuzco, el matrimonio celebró la ceremonia del "Velatorio", que entonces se acostumbraba hacer ocho días después del enlace, en la que el sacerdote, bendecía el vientre de la madre futura, para que fuera prolífica y feliz, ceremonia casi idéntica a la del matrimonio. Aún se conservaba esta costumbre en Bolivia, hace cuarenta años. (Yo asistí a la ceremonia del "Velatorio" en Tarija en el año 1906, de un hijo del Dr. Luis Paz, sobrino del General José María Paz). Y a fe que fué propicia la ceremonia para los esposos Aráoz, porque fué tronco de un árbol genealógico, como se verá luego, que dió bellas flores y magníficos frutos.

En cuanto al Capitán Fascio, de temperamento menos

impetuoso y más prudente que Aráoz, se limitó a prometer a la novia contraer enlace si salvaba la vida en la guerra. Durante ocho años en cuanta ocasión se le presentaba, escribía desde los campamentos a la prometida. Después de la batalla de Ayacucho, siendo ya coronel, regresó a Jujuy y cumplió su promesa, el año 1826. Aráoz, también fué prisionero en Ayacucho y había ascendido igualmente al grado de Coronel. Volvió a Jujuy a hacer vida de hogar.

¡Qué vida atormentada la que debieron llevar estas niñas de 1817 a 1826. La una, con el esposo en el ejército, desafiando la muerte todos los días. La otra con las angustias del novio en la misma situación y todavía con la posibilidad de que no volviera!

Como es sabido, Fascio fué el Jefe de las fuerzas de Jujuy, que en 1834 derrotaron en el Campo de Castañares a las tropas del Gobernador de Salta, General Pablo Latorre. Después de este suceso fué elegido primer Gobernador de Jujuy. Pertenecía a una familia de los grandes de España y era poseedor, dicen, de una cuantiosa fortuna, por lo que tenía entre sus compañeros del ejército, el apodo de "Niño de Oro".

En el año 1837, resolvió volver a España y se fué con su esposa y tres hijos a lomo de mula, a embarcarse en un vapor que partía del Callao. Una vez allí, la señora se sintió atemorizada por el mar y se negó a embarcarse. Fascio se fué dejándola con los hijos, bajo promesa de regreso. No volvió nunca y falleció, años después en Sanlúcar de Barrameda, donde descansan sus restos. La señora regresó a Jujuy y sus hijos han sido tronco de prole numerosa, emparentada con las principales familias de la sociedad jujeña.

En cuanto al Coronel Aráoz, vivió en Jujuy con su esposa, y allí murió, dejando también muchos hijos. Uno de ellos fué el doctor Daniel Aráoz, médico filántropo de talento, que hizo sus estudios en París. En el Congreso de la Nación, como Senador, terció con brillo en debates con oradores de la talla de Sarmiento, Mitre y Vicente López. Fué Gobernador de Jujuy y falleció muy joven, dejando el más grato de los recuerdos. Hombres y mujeres del pueblo llevaron al cementerio su féretro a pulso. No puedo resistir la tentación de referir una anécdota que recogí de los labios del dueño de una farmacia, el honorable

anciano don Melitón González. Una cruda noche de invierno, decía, sentí a media noche que golpeaban la puerta. Un tanto delicado de salud, resolví no levantarme. En seguida los golpes arreciaron en violencia y yo seguí sin abandonar la cama. Momentos después, comenzaron a llover piedras sobre la puerta. Me levanté entonces armado de un garrote resuelto a castigar al insolente y me dí de manos a boca con el Gobernador Aráoz, que sacudiéndome con la mano izquierda, y con el puño en alto, me dijo: —So tal por cual —con las palabras más duras del idioma castellano—; el Gobernador de la Provincia se molesta por un enfermo y Vd. se queda muy tranquilo entre las sábanas calientes! Le pregunté quién era el enfermo, seguro de que se trataba de la madre o de alguna persona de la familia y me respondió que se trataba de un niño de corta edad, de un indiecito hijo de una chichera del mercado, que estaba en estado grave, por lo cual, él mismo iba en busca de los remedios. Tal era el corazón del Dr. Aráoz y nada tiene de extraño que el pueblo lo idolatrara. Otra anécdota. En una discusión en el Senado, creo sobre la Ley de Intervenciones, discutía con Sarmiento. Parece que éste, un tanto molesto, por el tono de la discusión en el curso del debate, principió una réplica con las siguientes palabras: "El señor Senador Araditos, en su exposición"... En el acto, Aráoz, sin dejarlo continuar, se paró en la banca y con voz airada lo interrumpió diciéndole: "Aradazo" c... El Dr. Aráoz era de talla pequeña y delgado. Se dice que en otra ocasión discutiendo con violencia con el Gral. Lucio V. Mansilla, ofendido por éste, se quitó un zapato y se lo tiró por la cabeza en pleno recinto.

Una de las hijas del Coronel Miguel de Aráoz, fué casada con el Ingeniero francés Coronel don Felipe Bertrés, que vino al país en compañía de Doyenard, Santerre y otros franceses de destacada actuación, mandados por Napoleón, conduciendo armas y pertrechos de guerra en un bergantín, para ayudar a combatir las invasiones inglesas; también intervino en las expediciones al Alto Perú por la libertad e independencia y muy especialmente en la batalla de Suipacha, donde según el historiador José J. Biedma, fué el que hizo el plano y parte circunstanciado de la batalla. El Coronel Ingeniero Bertrés fué asesor de Rivadavia y confeccionó un plano de la ciudad de

Buenos Aires, siendo el primero en concebir la expansión que en el porvenir debía adquirir, y así proyectó la ampliación de la ciudad, delineando y trazando avenidas y ensanche de calles, desde la de "Artes" hoy Carlos Pellegrini, comprendiendo la zona del Once y Norte, que aprobó Rivadavia y ordenó su ejecución en el año 1822; lo mismo que el plano del Cementerio de la Recoleta, aprobado al año siguiente. En mérito a estas y otras obras, se dió su nombre a una de las calles de la Comuna, en el barrio de Caballito. Más tarde Bertrés se trasladó al Norte formando su hogar en Tucumán. Levantó planos de mensura y relevamiento de las ciudades de Tucumán, Salta y Jujuy; fundó en Tucumán el Departamento Topográfico y la primera escuela pública por el sistema Lancaster, siendo su director. Luego se trasladó a Jujuy donde vivió varios años. Falleció en la ciudad de Salta y el Gobierno ordenó que sus restos fueran sepultados como un honor al pie del Altar Mayor de la Iglesia de la Merced. La Municipalidad de Tucumán dió su nombre a una de sus calles. De su matrimonio nacieron entre otros, los hermanos don Pedro y don Manuel Bertrés, de destacada figuración en la política de Jujuy, caballeros estimables bajo todo concepto. Don Manuel fué dos veces Gobernador de Jujuy y Diputado al Congreso de la Nación. Don Pedro designado Vice Gobernador, también ejerció el Gobierno. Fué padre del Doctor Raúl Bertrés, que siendo Gobernador de Jujuy elegido en elecciones libérrimas el año 1940 (triunfo alcanzado desde la oposición), fué depuesto por el Presidente Castillo, con una intervención sin causa, en 1942, pocos meses antes de la Revolución. Tiene en su haber como mandatario, la gran iniciativa de la construcción de los altos hornos de Zapla, dictando el decreto de reserva de los minerales de hierro en esa zona, en el año 1941, poniéndolos a disposición del Gobierno Nacional, para que por intermedio de Fábricas Militares, ordenase su construcción y explotación; obra de trascendencia extraordinaria para el progreso de la Provincia y de la Nación, porque con ella se cimenta la industria siderúrgica, indispensable para la libertad económica y engrandecimiento del país. Aquella iniciativa es hoy una hermosa realidad, orgullo de la Provincia de Jujuy, a la que le depara un gran porvenir (ya se ha formado en Palpala y Zapla una nueva

ciudad) y la Nación con esa obra magnífica, ha creado una nueva industria que pronto producirá todo el hierro que se necesite, hasta llegar a liberarnos de su importación [1].

Los datos referentes a los Coroneles Fascio, Araoz y Bertrés, los tengo de labios de mi padre, corroborados los que se refieren a Aráoz y Bertrés, por los hermanos Bertrés, y los de Fascio, por los nietos de éste, Emilio y Justiniano, a quienes me ligó íntima amistad.

Al cerrar esta nota, debo decir, que mi padre, que conoció a las Tezanos Pinto y a las Alvarado, decía que fueron mujeres de talento y de singular hermosura, cualidades que han heredado sus descendientes. La belleza, es una característica en las mujeres de la familia Tezanos Pinto, tan numerosa en la República Argentina, como en Chile, Bolivia y Perú. De Jujuy fueron los troncos que han dado tan bellas ramas, flores y frutos.

[1] Ha sucedido al doctor Bertres, con el hierro, lo que a mí con el petróleo. Sus adversarios propalaron calumniosamente la versión de que intentaba entregar el mineral a capitales extraños con daño de la Provincia y de la Nación; nada más inexacto y así pude constatarlo yo, después de estudiar como Senador de la Nación, todos los expedientes que me fueron puestos a mi disposición, por el Gobernador Bertres, y así se lo hice saber al Presidente Castillo.

Cuando yo me hice cargo del gobierno de la provincia, en el año 1924, fué uno de mis primeros actos de gobierno, dejar sin efecto todos los permisos de exploración concedidos a favor de compañías extranjeras y particulares, que sumaban cerca de cuatrocientos. El señor Diego Luis Molinari, inventó la especie de que yo había entregado el petróleo de la Provincia a la Standard Oil, lo que dió motivo a dos investigaciones, una del Senado de la Nación y otra del Presidente Irigoyen, que puso de manifiesto la calumnia. El Sr. Irigoyen que veía en mí al adversario político más enconado, porque fuí el que como diputado al Congreso puso de manifiesto vergonzosos negociados o robos documentados en los diarios de sesiones del año 1922, siguió propalando la calumnia hasta cuando estuvo preso en Martín García, lo que consta en un diario escrito por un oficial de la Marina que lo custodiaba, diario que se encuentra en poder del Dr. Alberto Uriburu.

Se trata de una causa siempre abierta. La verdad se pone de manifiesto con los libros del Registro de Minas y el Boletín Oficial, labor que no requiere más de una hora de trabajo. Hago un llamado a mis adversarios, a la posteridad y a todos los que quieran conocer la verdad para que se tomen la molestia de verificar lo que afirmo.

PRETENDIDA REVISION DE UN PLEITO PERDIDO

Las quebradas del Toro y de Humahuaca

El Dr. Carlos Serrey, en "La Nación" del día 4 del corriente [1] bajo el epígrafe de "El Ferrocarril de Buenos Aires a La Paz", con habilidad y talento, ha tratado de demostrar que la traza del ferrocarril a Bolivia por la Quebrada de Humahuaca fué un error lamentable que debe repararse.

En su trabajo, intenta reveer un pleito ventilado con pasión hace medio siglo entre las provincias de Jujuy y Salta y fallado para siempre por dos salteños ilustres, —los doctores José Evaristo Uriburu, entonces Presidente de la Nación y su Ministro del Interior don Benjamín Zorrilla—, de talento y patriotismo indiscutibles y de tanto amor a Salta como el doctor Serrey y todos los que sostenían la tesis de la traza por la Quebrada del Toro.

En resumen, el Dr. Serrey sostiene lo siguiente: que la traza por la Quebrada de Humahuaca fué un error técnico y práctico, que debe corregirse llevando un ramal que partiendo de la Estación Tastil al otro lado de la Quebrada del Toro, empalme con la línea de Humahuaca en la Estación Abra Pampa. Que el triunfo de la traza por la Quebrada de Humahuaca tuvo origen en la influencia política de los Senadores Pérez y Pellegrini, que inclinaron a favor de Jujuy los votos de los otros Senadores que resolvieron el pleito. Que la Que-

[1] Enero de 1946.

brada de Humahuaca tiene inconvenientes insalvables por la naturaleza del terreno, lo que no sucede en la del Toro.

El proceso de la construcción de este ferrocarril lo tengo estudiado detenidamente en mi libro "El Destino de Sudamérica" dado a luz a fines del año pasado, y para contestar al Dr. Serrey me basta transcribir lo que digo en las páginas 266 y siguientes: "El autor del proyecto del Ferrocarril a Bolivia, fué el Senador Nacional Dr. Cátulo Aparicio, proyecto presentado al Senado con fecha 26 de setiembre del año 1901 (transcribo en el libro el proyecto y los fundamentos). Antes de dar principio a la obra, originóse una enconada disputa por la traza que debía seguir: los salteños alegaban que por la Quebrada del Toro; los jujeños defendían la de Humahuaca. Era Presidente de la República, un salteño: el Dr. José Evaristo Uriburu, que se veía asediado por el clamor de sus comprovincianos. Caballero y argentino, antes que salteño, llamó a su despacho a dos de los Generales más reputados de su tiempo, don Bartolomé Mitre y don Alberto Capdevila, a los que pidió consejo escrito sobre la traza más conveniente. Se expidieron en detenido y minucioso estudio aconsejando la ruta de Humahuaca. El General Mitre, que por su edad y salud quebrantada hacía tiempo que no concurría al Senado del que formaba parte, asistió a la sesión en la que fué ventilada la cuestión a seguir y determinó la sanción del Senado casi por unanimidad. El pueblo de Jujuy que seguía los sucesos con ansiedad, minuto por minuto, testimonió su agradecimiento a los Generales Mitre y Capdevila, con una medalla de oro, acuñada por suscripción pública, y puso el nombre de "Mitre", al único teatro que por entonces tenía la ciudad. Ha sido también la causa determinante de que se diera el nombre de "Mitre" a la Ruta Nº 9 del camino internacional a Bolivia".

Como se ve, nada tuvo que hacer la influencia del Dr. Carlos Pellegrini en la sanción de la ley. Es más, las relaciones del Senador Pérez con el Dr. Pellegrini, estaban por entonces cortadas a punto de negarse el saludo con motivo de una incidencia en la elección de Vice Presidente de la República un año antes de la disputa entre jujeños y salteños.

¿Cuál fué el proceso que determinó el triunfo de la traza del Ferrocarril a Bolivia por la Quebrada de Humahuaca?.

Quien quiera conocerlo en sus detalles, lo encontrará en las sesiones del Senado de los días 18 y 20 de enero del año 1902. Sigo con transcripciones de mi libro. En esas sesiones, las partes en disputa tuvieron por representantes a los señores Francisco Uriburu senador por Salta y Domingo T. Pérez por Jujuy. El Senador Pérez, llevaba en la mano todas las cartas del juego para ganar. Las rutas por las Quebradas del Toro y Humahuaca, habían sido estudiadas durante tres años por una comisión compuesta por los Ingenieros Candioti, Iturbe, Muñoz, Sakman, Girado, Mazza, Ramallo y Treglia, escogidos entre los universitarios de más notoria preparación e inteligencia en aquel tiempo. Estos estudios, demandaron un gasto de setecientos mil pesos y terminaron con un informe prolijo y completo. Dice el informe de la Comisión como síntesis final: "En la elección por la Quebrada del Toro y la de Humahuaca, no es posible vacilar para dar preferencia a ésta última".

El Director de Vías de Comunicación y Obras Públicas, Ingeniero Alberto Schneidewind, dice: "Que el informe de la Comisión estudia con todo detalle las condiciones de construcción, conservación, trazado técnico, tracción, tráfico y gastos de explotación, todo favorable a Humahuaca".

Recuerda Pérez, en ese momento, que diez años antes, el Departamento de Obras Públicas de la Nación, había pedido la opinión del Ingeniero Arsenio Bergallo especialista europeo de gran renombre en materia ferroviaria, que se pronunció por el camino de Humahuaca, estudio reproducido en "La Nación" del 12 de enero de 1901. Bergallo, aconsejaba en su trabajo "aplicar a esta zona, la tracción eléctrica, como lo hacen, dice, en Italia en los Ferrocarriles de Vattelina, Milán, Galarat, Arma, Varesse, Porto Cacerio, Laccosombrio, y Chiasena, y utilizar los miles de caballos de fuerza perdidos hoy, que nos ofrecen los Ríos Grande, Reyes, Yala, León, Lozano y otras caídas, factor además para crear industrias".

El Ministro de Obras Públicas, por su parte, dice en la misma sesión que todo cuanto afirma la Comisión especial, es exacto, que la traza por la Quebrada de Humahuaca es de doscientos ochenta y seis kilómetros y la del Toro de trescientos sesenta y tres, y mucho más barata; que la del Toro requiere la construcción de dieciséis puentes, viaductos, curvas y contra-

curvas, con radio mínimo de ciento cincuenta metros, mientras en la de Humahuaca tienen doscientos metros la mínima. Agrega que en la Quebrada del Toro, no hay aguas salubres, en contraposición a la abundancia de ríos de agua dulce de la Quebrada de Humahuaca, con fuerza motriz para mover con electricidad todos los trenes del norte del país.

El Senador Uriburu, observa que la Comisión de Ingenieros, ha sido designada a indicación del Senador Pérez. Este, le replica, que no tuvo intervención alguna en tales nombramientos que fueron hechos por el Presidente Uriburu y su Ministro Dr. Zorrilla, también salteño, lo que confirma el Ministro de Obras Públicas.

A esta altura de la discusión, el Dr. Uriburu pide que resuelva el pleito el Poder Ejecutivo. El senado se pronuncia en contra de la moción y resuelve pasar a cuarto intermedio después de votar y aprobar el proyecto en general. Algunos senadores, en antesalas, manifiestan el deseo de oír al General Mitre. Pérez y Aparicio, le llevan personalmente este deseo al General, que de inmediato les manifiesta que se hará un deber en concurrir a la sesión próxima del día 20. Así sucedió. Antes de entrar a sesión, tuvo lugar una reunión en la que el General dió las razones de su opinión en favor de Humahuaca y contestó todas las preguntas que le formularon los senadores que abrigaban dudas y deseaban ser ilustrados. Abierta la sesión, se vota el proyecto en particular y se aprueba la traza por Humahuaca. De dieciocho Senadores presentes, dieciséis votan por la afirmativa, y dos por la negativa: los Senadores por Salta Dres. Antonino Díaz y Francisco Uriburu. Votó a favor de Jujuy, el Dr. José Evaristo Uriburu, que un año antes, había dejado de ser Presidente de la República y ocupaba una banca por la Capital. Es que en los grandes espíritus, no pesan las críticas ni los aplausos, cuando se encuentran de por medio los intereses nacionales.

El pueblo de Jujuy, con fecha 21 de enero, al día siguiente de la sanción del proyecto, dirigió al General Mitre el telegrama que transcribo, tomado del diario de "La Nación" del día 23, página cinco: "Jujuy, enero 21 de 1902. Al señor Teniente "General Bartolomé Mitre. La eficacia de la acción de V. E. "en favor de los intereses de esta Provincia, siempre en armonía

" con los de la República, se ha revelado una vez más con la adop-
" ción de la traza de Humahuaca para la prolongación del
" Ferrocarril a Bolivia, que en mucho se debe a la presencia y
" al voto de V. E. en el Senado. Complácenos renovar a V. E.
" la expresión de los sentimientos de gratitud y alta considera-
" ción que la profesa el pueblo de Jujuy". Siguen las firmas de cuanto había de caracterizado en la sociedad, el comercio y las industrias.

En "La Nación" del día 20 de enero del año 1902, encuentro un estudio del General Daniel Cerry, sobre el valor estratégico de la línea por la Quebrada del Toro, que llega a la conclusión siguiente: "El Ferrocarril por la vía salteña, sería inútil, por cuanto pasa por territorio árido y despoblado. Ningún ejército se atrevería a pasar por terrenos de puna con arenales secos y ardientes, tierras boratosas, falta de agua dulce, tierras blandas bajo el pie, que imposibilitan la marcha. No tiene objeto un ferrocarril por un región que por desolada, se defiende por sí sola. En cambio, en la Quebrada de Humahuaca, los ríos son abundantes con caudales y desniveles que hacen esperar su aprovechamiento para la tracción eléctrica".

Lo de la electricidad del norte del país, de que hablaban en aquellos tiempos el señor Ministro de Obras Públicas, los Ingenieros Bergallo y General Cerry, es algo de palpitante actualidad, hoy, más que hace cuarenta años. En 1920, el Diputado Nacional Teófilo Sánchez de Bustamante, pidió a la Cámara de Diputados se destinara una partida de cien mil pesos para el estudio del aprovechamiento como fuerza motriz de la corriente de los ríos que desembocan en la Quebrada de Humahuaca. El pedido fué rechazado y en cambio se votó una partida de dinero de ciento cincuenta mil pesos, para el estudio del aprovechamiento de las mareas de la Patagonia, problema científico que hasta hoy no ha sido resuelto en parte alguna de la tierra.

En cuanto a las dificultades de orden técnico a que se refiere el Dr. Serrey debo remitirme a los informes de los Ingenieros que durante tres años estudiaron las dos rutas en litigio sobre el terreno. El Dr. Serrey, sobre este particular, habla de oídas —no conoce la Quebrada de Humahuaca—. Y para hacer esta afirmación, me fundo en el hecho de que habla de perió-

dicos derramamientos de barro y lava de volcanes que no existen, inexactitud en que no incurriría si conociese el terreno. Quién lee esta afirmación, repetida dos veces, cree que en la Quebrada de Humahuaca existen volcanes en actividad que arrojan fuego y lava, lo que no sucede; no los hay ni apagados. Trátase de deyecciones de barro y ripio de montañas de aluvión que se deshacen con las lluvias del verano, cosa que ocurre en toda zona de montaña, de la que no es excepción por cierto la Quebrada del Toro. También a esa línea, con frecuencia la tapan volcanes de barro.

La misma fantasía, existe, en lo que se refiere a la parte de traza, que dice insuperable, de las estaciones León al Norte.

El año 1936, presenté al Senado de la Nación un proyecto de ley que tuvo sanción en ambas Cámaras, por el que se destinaba la suma de seis millones de pesos para salvar las dificultades del volcán de manera definitiva. Al fijar esta suma, lo hice después de oir a ingenieros reputados que habían estudiado el problema. Nada se hizo, porque el ingeniero Nogués, Administrador de los Ferrocarriles del Estado se opuso, alegando que en los muchos años de su administración, los cortes de las líneas no habían pasado de uno o dos por año y que a la Nación le resultaba más económico y conveniente limitarse a meras composturas. Lo que había de verdad,. era que este Administrador sentía antipatía profunda por las provincias de Jujuy y Salta hasta las que no llegó nunca en los largos años de su administración. Fué por razones de salud hasta Rosario de la Frontera. El Gobernador de Salta, señor Avelino Aráoz, le envió un emisario especial —su jefe de Policía, Federico Ovejero—, a saludarlo y pedirle llegara hasta la ciudad de Salta para que oyera quejas y hablarle de las necesidades del ferrocarril. Contestó con un mensaje descomedido. No consideraba necesario para la buena marcha de los ferrocarriles, las molestias que le ocasionaría llegar a Salta. Cuando lo entrevisté para pedirle se diese cumplimiento a la ley del Congreso sobre el Volcán y la prosecución de los trabajos de Huaytiquina, me contestó que no gastaría un peso en el volcán, ni echaría una palada de tierra en la prolongación del ferrocarril "acrobático del Pacífico". Este señor ejerció una dictadura extraña desde el cargo que desempeñaba por encima del Poder Ejecutivo y

del Congreso. El Ministro de Obras Públicas señor Manuel R. Alvarado, salteño, es de presumir que nada pudo hacer en favor de la línea al Pacífico desde su elevado cargo.

El mismo resultado tuvo una ley, que logré se sancionara destinando cuatro millones de pesos para un camino estable de rodados por la Quebrada de Humahuaca. Nunca pude conseguir que los Ministros de Hacienda hicieran entrega de los fondos a la Dirección de Vialidad de la Nación. En una de las ocasiones en la que se me despidió con la respuesta de la falta de fondos, ocho días después, en la prensa, se daba la noticia de la entrega de un millón de pesos a una sociedad deportiva para la construcción de una cancha de fútbol en Palermo. Y hasta ahora, ésta es una ley muerta, no obstante tratarse de un camino internacional, de la arteria principal de la ruta Panamericana [1]. Es inexacto que al discutirse el trazado del Ferrocarril a Bolivia, hubieran estudios que permitieran asegurar que la vía por la Quebrada del Toro no estaba sujeta a cremallera.

El primer estudio en el terreno sobre ese trazado, fué hecho con posterioridad a la concesión con prima, de la línea Huaytiquina y es notorio que reconocía pendientes de más de sesenta por mil y numerosas y costosas obras de arte.

Conviene recordar, que el verdadero punto de partida de la actual línea a Antofagasta, fué la ley complementaria del censo de 1914, debida a la iniciativa de un grupo de Diputados, presentada en septiembre de 1918 y fundada por su autor e inspirador el Diputado por Tucumán Dr. Ernesto Padilla. Convertida en Ley, fué vetada por el Presidente Irigoyen en mensaje del 16 de octubre leído en sesión del Senado del 27 de enero de 1921 a pesar de haber contado en su tramitación con el concurso del Ministro de Obras Públicas Dr. Torello. Todos estos documentos se encuentran transcriptos en mi libro "El Destino de Sudamérica".

En estas circunstancias, intervino el señor Administrador General de los Ferrocarriles del Estado, señor Domingo Fernández Beschted, a quien se le debe, no sólo la salvación de

[1] Me dicen que al fin se hizo el camino.

la idea del proyecto, sino su realización. Partidario decidido y entusiasta, buscó el medio de poner en pie la iniciativa y secundado eficazmente por un grupo de legisladores encabezados por el Dr. Padilla, consiguió que por un decreto, se autorizara la construcción de un ramal de setenta y cinco kilómetros, como tramo inicial de la línea, echando mano de un recurso que le estaba permitido a la administración por la Ley de los Ferrocarriles.

Inmediatamente contrató servicios de especialistas afamados, de reputación mundial, y los de una empresa constructora que puso todo su empeño en revisar los planos y establecer los medios conducentes para que la línea pudiera ser construída, suprimiendo diversos tramos de cremallera y numerosos túneles que comprendían los primeros estudios.

Así, pues, de tal manera, sólo en 1922 con el concurso ilimitado de los fondos de la Nación, bajo la acción enérgica del administrador, que contó con la confianza indispensable para realizarla, se aplicaron procedimientos recién practicados en construcciones análogas, terminándose por obtener el desarrollo de la vía con pendientes no mayores del veinticinco por ciento, en la actual Quebrada del Toro, como en el resto del Trazado al Pacífico.

Ahora bien: en los trabajos por Humahuaca, todo fué provisorio y sujeto a máxima economía, contando con que en adelante, se podrían hacer reparaciones y complementar los trabajos después de habilitada la vía. Y sucedió lo de siempre —lo provisorio, se convirtió en definitivo y permanente— y durante cuarenta años, no se destinó una sola partida a ensanchar los desagües en las partes señaladas como indispensables, ni tampoco para limpiarlos una vez colmados. Es bien sabido que lo que ha faltado en la Quebrada de Humahuaca es corresponder al plan inicial de la construcción, con el ensanche de los desagües y su mantenimiento limpio de año en año.

En cuanto al desastre de proporciones de catástrofe del mes de septiembre que recuerda el Dr. Serrey para demostrar la peligrosidad de esta vía, hablando con sinceridad y buena fe, es menester encontrar la causa en otra parte que la indicada. Es notorio que en los cuarenta años que el ferrocarril se encuentra librado al servicio público, es el único de este género

que registra la línea. La verdad es que la culpa no la tiene la vía, sino el estado catastrófico en que se encuentra el tren rodante, que no ha podido ser renovado como consecuencia de la guerra. En los últimos meses se han registrado tres o cuatro accidentes, entre las Estaciones Güemes y la Ciudad de Salta, parecidos al que comenta el Dr. Serrey, por suerte en trenes de carga. En Jujuy, hace quince días, ví cerca de la casilla de Monterrico destrozados varios vagones que se habían alzado cerca de Perico. El día que viajaba a ésta, el 18 del corriente, estuvimos mucho tiempo plantados en la falda del Volcán, porque se habían roto las bombas de los frenos. Hoy se viaja de Tucumán al norte, con el Jesús en la boca, bajo la amenaza permanente de una catástrofe como la del mes de septiembre. En la vía Huaytiquina, hasta hoy, nada ha sucedido, por que el movimiento de trenes es diez veces menor que el de la línea por Humahuaca y la línea fué hecha como es debido, razón por la que costó tres veces más de Salta a Tastil que de Jujuy a La Quiaca. Sesenta millones este solo tramo del Huaytiquina y veinte millones toda la línea hasta la frontera de Bolivia.

El desastre del Ferrocarril Central Norte, no hay duda que tiene por causa principal el deterioro del tren rodante, pero conviene recordar que en todo tiempo, a estos ferrocarriles les ha sido aplicable la crítica que Blasco Ibáñez hacía a una línea de España: ¡los pasajeros tenían que mandar preguntar a qué hora llegaba el tren de las cuatro y cuando partiría el de las ocho! Estas provincias están muy lejos de Buenos Aires y es muy difícil administrar bien las líneas desde allí. Lo que no se conoce, no se puede manejar como es es debido. En los últimos cuarenta años, no sé que ningún administrador haya llegado hasta Tastil, ni hasta La Quiaca, ni hasta Aguaray en la línea a Yacuiba.

Por otra parte, la mala administración de los ferrocarriles del Estado, viene de lejos. El año mil novecientos veintiuno, pedí en la Cámara de Diputados una investigación. Se designó una Comisión compuesta con miembros de todos los sectores políticos, que se trasladó hasta Orán y Humahuaca. Las irregularidades que se comprobaron fueron tales, que se resolvió no darlas a luz. Me remito al testimonio del Dr. Héctor González Iramain, que fué uno de los miembros de la Comisión.

Algún tiempo después, el Diputado por Santiago del Estero Dr. Alejandro Gancedo, promovió otra investigación que corre impresa, en la que se comprobaron más de doscientos casos de irregularidades consumadas en las líneas del Estado.

En la cuestión de los Ferrocarriles al Pacífico y la Quebrada de Humahuaca debe terminar para siempre todo sentimiento localista egoísta. El de Huaytiquina para Salta, el de Humahuaca para Jujuy.

Sobre la conveniencia del ferrocarril al Pacífico, creo que ningún salteño ha escrito tanto y con tanto amor, como el que suscribe, trabajos transcriptos en parte en mi último libro ya citado —páginas 38 a 112—, reproducidos y comentados por la prensa de Santiago de Chile, Valparaíso y Antofagasta, en los que he demostrado que este ferrocarril tiene importancia semejante a la del Canal de Panamá por la enorme zona de influencia que ha de servir.

Pienso que lo que conviene a salteños y jujeños, es unir sus esfuerzos para que la Nación movilice sus inmensas riquebas en potencia del norte y oeste, que sólo necesitan para dar fruto, la terminación del ferrocarril hasta la costa de Chile y la consolidación de la vía de Humahuaca. Cuando tal suceda, se habrá de traducir en verdad para estas regiones, la sentencia bíblica: "los últimos serán los primeros".

Yo invito al Dr. Serrey a que me acompañe en la campaña por la construcción de los caminos de la puerta de Tastil hasta Abra Pampa y Purmamarca, así como los de la Quebrada de Calete o Zenta al sud de Humahuaca, hasta Orán. También, los caminos de esta ciudad de Orán hasta Tarija y los centros de producción del Oriente de Bolivia, de riquezas fabulosas y muertas. Estas vías, llamadas a abrir un pulmón a Bolivia hacia nuestros grandes ríos, resolverán un problema continental, terminando para siempre la disputa entre Bolivia y el Paraguay.

Tengo un libro escrito sobre estos temas, en parte reproducción de un trabajo que escribió mi padre hace noventa años sobre "Orán y Bolivia a las márgenes del Bermejo", traducido por Martín Moussy al francés y por Pablo Mantegazza al italiano. Espero algún día disponer de fondos para su impresión.

No puedo dejar de recordar, como nota final de este tra-

bajo, que los pueblos de Jujuy y Salta, tienen derecho a ser oídos con preferencia de parte de los poderes públicos, porque fueron escenario del drama de la Revolución de Mayo durante quince años. En Humahuaca y Yavi se dispararon los primeros tiros de esa guerra en 1810, y también los últimos en el año 1825 en Tumusla, después de rechazar once invasiones de ejércitos del Rey.

La Quebrada de Humahuaca, es zaguán obligado para el tránsito de los pueblos de las zonas altas, lo que se llamaba Alto y Bajo Perú, hacia las regiones de las selvas, que confinan con la Pampa. La naturaleza parece haber roto a designio la espina dorsal de la cordillera en esta parte.

Es debido a esta circunstancia, el hecho que por aquí pasara la historia, desde tiempos de la conquista, hasta los de la Organización Nacional. En las viejas casonas, sembradas en las laderas de los desfiladeros, allí donde revienta el agua cristalina de las vertientes de las montañas, pasaron horas de insomnio la mayor parte de los generales argentinos, principiando por Ortiz Ocampo, Belgrano, Güemes, los Balcarce, Díaz Vélez, Viamonte, Rondeau, Martín Rodríguez, Necochea, Pueyrredón, Alvear, José María Paz, Manuel Dorrego, Lamadrid, Pedernera, Paunero y tantos otros, así como los miembros de la Primera Junta y la mayor parte de los congresales que en el año 1816 declararon la independencia en Tucumán. Todos los años en la primavera, florece en los ceibos la sangre del soldado de Chacabuco y Maipú, de Pasco y Pichincha, asesinado en Jujuy en el año 1841.

Aquí arde la llama sagrada, que hace inmortal a los pueblos elegidos de Dios, destinados a vivir siempre. Lo que la nación invierta en el fomento de sus riquezas, ha de volver al tesoro con intereses compuestos y la influencia del alma de estos lugares, se ha de traducir en el crisol que perfile la efigie del espíritu de la nacionalidad del futuro, hoy desteñida y casi muerta.

MAIMARA, *enero 26 de 1946.*

OBRAS PUBLICAS EN JUJUY

Capítulo del trabajo del Dr. Plácido Aparicio publicado en el año 1945, bajo el epígrafe "Por la Verdad Histórica. Las obras públicas en Jujuy, quiénes las hicieron".

Insisto sobre el tema, porque se trata de cuestiones trascendentales no sólo para la provincia sino para la Nación y hasta el mismo Continente Sud Americano.

Dice el señor Aparicio:

Hasta el año 1900, recorriendo los Mensajes de los gobernadores, no se encuentra mención de ninguna obra hecha con fondos nacionales ni provinciales, excepción del Puente Pérez. Las entradas del Tesoro de la provincia eran muy exiguas. Los presupuestos eran en 1890 y 1900 de $ 100.000 a $ 500.000. La ayuda de la Nación no aparece en forma alguna en esta década, sino en las subvenciones que se acuerdan todos los años con destino a sostenimiento del Culto y Beneficencia. Y así mismo, esta ayuda era muy pobre. Mientras tanto, sin que se sepa por qué, el ferrocarril que había llegado a Jujuy el año 1890, estuvo plantado a orillas del Río Chico en San Pedrito, once años, ocasionando gravísimos daños al comercio y viajeros. Antes, estuvo parado a orillas del Río Juramento seis años sin que tampoco se sepa por qué.

FERROCARRILES A BOLIVIA Y LEDESMA

El señor Villafañe en su libro "El Destino de Sud América", ha demostrado con la reproducción de los proyectos de ley y sus fundamentos, que el autor de las iniciativas de estas obras fué el Dr. Cástulo Aparicio. En ese libro, se encuentra la historia de esas obras en forma incontestable, pues la verdad habla con la elocuencia de los documentos tomados de los libros de sesiones de la Cámara de Senadores.

Capítulo del libro del Sr. Villafañe

El destino de Sud América

Tiempos modernos, era del ferrocarril

Creo que debo decir también algunas palabras más sobre la historia de las vías de comunicación en el Norte.

El tren llega a Tucumán en 1874 y transcurren años antes de que se prolongue hasta la estación Chilcas hoy Juramento, a orillas del Río Mojotoro.

Allí se planta, hasta que durante la presidencia del doctor Juárez Celman, en el año 1886, se resuelve continuarlo en dirección a las ciudades de Salta y Jujuy.

El trazado fué un desastre, puede decirse suicida. Dejó de lado pueblos de tiempos de la Conquista, de vida propia, para seguir regiones inhospitalarias y desiertas.

En Jujuy, quedó el tren plantado a orillas de Río Chico desde el año 1890, cerca de la ciudad, durante once años por causas inexplicables, siendo motivos de toda clase de daños. Fué necesario que se resolviera la construcción de los ramales a Bolivia, Ledesma y Orán, para que la línea se prolongara hasta la ciudad en el año 1901.

El autor del proyecto del Ferrocarril a Bolivia, fué el senador nacional doctor Cástulo Aparicio. Me cupo el honor de poner en limpio el borrador del proyecto de ley y los fundamentos. Los trabajos de este ferrocarril tuvieron principio en 1903 y se terminaron en 1906. La empresa que llevó a cabo la obra fué la de Luis Stremiz y Cía. bajo la dirección inteligente del ingeniero Miguel Iturbe. El ferrocarril a Ledesma fué hecho por la Nación, siendo director de las obras el ingeniero Luis Rapelli, técnico inteligente y honesto.

Antes de dar principio a la obra del ferrocarril a Bolivia, criginóse una enconada disputa por la traza que debía seguir la línea: los salteños alegaban que debía ir por la Quebrada del Toro; los jujeños por la de Humahuca. Era Presidente de la República el Doctor José Evaristo Uriburu, que se veía asediado por el clamor de sus comprovincianos. Caballero y argentino, antes que salteño, llamó a su despacho a los Generales más reputados de su tiempo, don Bartolomé Mitre y don Alberto

Capdevila, a quienes pidió consejo sobre la traza a seguir. No tardaron en expedirse, aconsejando la de Humahuaca. El General Mitre que por sus edad y sus achaques no concurría al Senado del que formaba parte, asistió a la sesión en que fué discutida la ruta y su argumentación, sólida y clara, determinó la sanción del Senado casi por unanimidad.

El pueblo de Jujuy que conocía lo sucedido minuto por minuto, testimonió su agradecimiento a los Generales Mitre y Capdevila, con una medalla de oro acuñada por suscripción pública y puso el nombre del General, al único teatro que por entonces tenía la ciudad. Lo dicho, no amengua en nada el mérito de los representantes de la Provincia al Congreso que defendieron sus intereses con calor e inteligencia.

Obtenida la ley, que señalaba el camino de Humahuaca, era menester conseguir que se iniciaran los trabajos. Esta fué obra del general Roca, Presidente de la República por segunda vez, y de los senadores Domingo T. Pérez y Sergio F. Alvarado.

Cuando se trataba de las candidaturas a Presidente y Vice de la República, el General Roca y el doctor Carlos Pellegrini se encontraban en disidencia respecto de la persona que debía desempeñar la Vice.

El candidato del General, era el doctor Norberto Quirno Costa y el del doctor Pellegrini don Vicente Casares. En la convención del Partido Autonomista Nacional o Conservador había empate.

Los dos senadores por Jujuy eran convencionales. Alvarado había comprometido su voto con Roca. Pérez con Pellegrini. Un día, Alvarado fué llamado por Roca para pedirle hiciera cuanto estuviese de su parte para lograr o neutralizar el voto de Pérez. En el acto, respondió Alvarado: "creo que la única forma de lograr ese sacrificio de Pérez es que usted nos prometa dar principio a la obra del ferrocarril a Bolivia tan luego como se haga cargo de la Presidencia de la República". "Al día siguiente", —contestó el General; Alvarado se puso en campaña para convencer a Pérez, que al principio rechazó de plano la insinuación, alegando el compromiso de honor contraído con Pellegrini. Pero más tarde, después de una lucha íntima que es de suponer, llamó a Alvarado y le dijo: —"por la Provincia voy a hacer un sacrificio que no habría hecho

jamás, por ningún motivo, pues temo que si niego el voto al General, el ferrocarril a Bolivia no se haga". El resultado fué que Quirno Costa, triunfó con el voto de Pérez y esto le concitó la mala voluntad del doctor Pellegrini para siempre.

El mismo día de la asamblea legislativa, en la que el General Roca prestó juramento. Alvarado al felicitarlo le dijo: "General, ahora no olvide su compromiso". El General mandó llamar al nuevo ministro de Obras Públicas, señor Emilio Civit, y le dijo: "Mañana usted comienza los trabajos del ferrocarril a Bolivia". Así se hizo. Estos detalles me fueron dados escritos a raíz de los sucesos, por el señor Alvarado, y ratificados por los diputados nacionales, entonces, doctores Armando Claros y Manuel Bertrés. Se publicaron en su tiempo, en uno de los diarios de Jujuy.

El ferrocarril a Bolivia

Proyecto de Ley

El Senado y Cámara de Diputados, etc.

ARTÍCULO 1º — El Poder Ejecutivo mandará proseguir la construcción del Ferrocarril Central Norte hasta La Quiaca, punto limítrofe con Bolivia.

ART. 2º — Para la ejecución de esta ley se le autoriza a emitir cinco millones de fondos públicos de 4 % de interés y medio de amortización acumulativa.

ART. 3º — Comuníquese al Poder Ejecutivo.

Buenos Aires, setiembre 26 de 1901.

(Fdo.): C. APARICIO

Discurso del señor Cástulo Aparicio

Señor Aparicio. — El proyecto que acaba de leerse, como se ve, tiene por objeto la prosecución del Ferrocarril Central Norte hasta la frontera de Bolivia.

Esa línea debe prolongarse en virtud de un convenio celebrado entre el gobierno argentino y el boliviano. Los estudios y

planos están concluídos hasta la frontera y la comisión de ingenieros continúa trabajando en la parte de Bolivia.

Hace tiempo que vengo preocupándome de este asunto, y el Senado tuvo ocasión de oir en la sesión secreta, al señor Ministro de Relaciones Exteriores, que contestando a una pregunta mía, manifestó que el Poder Ejecutivo tenía interés en que se hiciera esta línea, pero que el estado de recursos del país no lo permitía por el momento.

He conferenciado con los señores Ministros de Obras Públicas y de Hacienda y ambos están conformes también en que la línea se prolongue, pero la dificultad estriba en el estado precario del tesoro.

Yo he vacilado en presentar este proyecto, mucho más cuando están por terminar las sesiones ordinarias; pero, en virtud de algunos datos importantes que se han publicado en un diario de esta Capital, suministrados por una persona muy autorizada, me he decidido a presentarlo, para que, sino puede ser considerado este año, lo sea en las primeras sesiones del entrante. Voy a permitirme dar estos datos para que la Cámara tenga conocimiento de ellos.

Es el señor Atanasio Urioste, ex-presidente del directorio de la empresa Huanchaca, en Bolivia, que ha sido reporteado por el diario "El País", quien los ha proporcionado y cuyo reportaje se publicó en el número del 21 del corriente. Dicen los principales párrafos así:

—Como ustedes saben —nos dijo el Sr. Urioste— Huanchaca es la primera empresa minera en el mundo, en cuanto a la explotación de plata, y está en tercer lugar como capital social destinado única y exclusivamente a una sola industria; de ahí su fama en los mercados europeos y americanos y el interés que despiertan todos sus languidecimientos y sus rápidos y prodigiosos restablecimientos; de tal manera que en la actualidad, después de una ligera crisis y decaimiento, resurge nuevamente con mayor riqueza y asegurando a sus accionistas siempre valiosos dividendos.

Los trabajos a ejecutarse, para asegurar a esta empresa muchos años más todavía de vida próspera, son verdaderamente colosales, pues se proyecta abrir un enorme túnel que mide diez kilómetros y cuyo costo importará tal vez más de cuatro

millones, el cual servirá para desaguar las minas donde el mineral más rico se encuentra en vetas prolongadísimas.

En cuanto al deseo que tiene la Compañía Huanchaca para que cuanto antes se prolongue el Ferrocarril Central Argentino, está en su propio interés, puesto que la exportación de sus minerales se realizaría por esta ruta rápida y con menor costo, y si el Directorio de esta Compañía tuviera seguridad de que ese ferrocarril se construyera a breve plazo no renovaría el contrato de arrendamiento que tiene hecho con el ferrocarril de Antofagasta que caduca el año 1903 y que posiblemente se renovará por 10 años más, en vista de que hasta hoy no hay nada todavía que haga presumir la pronta ejecución del Central Argentino.

Indudablemente se está en un error al creer que tal vez fuese un fracaso prolongar la línea argentina, pues solamente la Empresa Huanchaca deja una utilidad de 4 % en la exportación de minerales, y su utilidad neta no bajaría del 10 % que actualmente en tan pequeña zona abarca el ferrocarril de Antofagasta.

El día en que la línea argentina corra en la altiplanicie boliviana, presenciaremos verdaderamente una corriente comercial que no se sospecha, pues Bolivia entera afluirá a este mercado, y entonces Antofagasta languidecerá, como languidecen Tacna y Arica, Salta y Jujuy desde el día en que se les arrancó el comercio boliviano.

Estos son los datos que ha suministrado el señor Urioste, Presidente de la Compañía Huanchaca. Como se ve, esta empresa proporciona cargas al ferrocarril de Antofagasta en una cantidad que produce a esa empresa el 4 % sobre el capital invertido y tiene un contrato que termina en 1903 y que lo renovará si no se prolonga la línea argentina. El Señor Ministro de Bolivia me ha asegurado que la Compañía de Huanchaca firmaría un contrato con el Ferrocarril Central Norte, comprometiéndose a conducir toda su carga por esta línea, una vez que haya sido construída y que el señor Presidente de Bolivia se preocupa de conseguir el capital necesario para la prolongación de la línea desde la frontera argentina hasta el interior de aquella República.

De manera que la dificultad financiera se salva hasta

cierto punto con este contrato que le proporcionará un 4 % sobre el capital invertido.

El costo del ferrocarril hasta la frontera boliviana importa $ 7.242.000, haciendo la obra por la Quebrada de Humahuaca y $ 7.492.000 por la Quebrada del Toro; serían más o menos $ 10.000.000 de fondos públicos con el quebranto que éstos sufrirán al venderse en el mercado. En el proyecto se autoriza la emisión de $ 5.000.000, que son bastantes para la mitad de la obra, pues se emitirán los demás a medida que adelante.

Una vez concluída, ella traerá a la República Argentina la mayor parte del comercio boliviano que se hace hoy por Antofagasta; es además una línea estratégica que responde a cualquier emergencia de nuestra política internacional en los sucesos futuros. Sería un vínculo poderoso entre ambas naciones, ligadas ya por una franca y cordial amistad.

El proyecto encarna la idea de una próxima realización de esta importante obra, llevando la palabra de aliento al pueblo vecino y amigo, que espera con ansia verla terminada.

Por estas razones, pido el apoyo de mis honorables colegas para que pase a comisión.

—Aprobado.

Señor Presidente. — A la Comisión del Interior.

Una gran injusticia

Sigue el Sr. Villafañe:

Lo transcripto, demuestra que el autor del proyecto del ferrocarril a Bolivia, fué el Dr. Cástulo Aparicio. ¿Por qué jamás ni una palabra que lo recuerde en Jujuy? Nunca me lo he explicado, a no ser por el destino de los hombres de más mérito, siempre humildes, que en lo que menos piensan cuando hacen algo grande, es en el homenaje de los contemporáneos y en el de la posteridad.

El Doctor Aparicio, es sin duda, uno de los hijos más ilustres de Jujuy, Tiene rasgos en su vida para una biografía plutarquiana. Muy joven se bate en Potosí en batalla sangrienta

con el tirano Melgarejo de Bolivia. Más tarde, siendo gobernador de Jujuy, deja escrito un bello episodio de nuestra historia en su lucha con el poder nacional que intenta avasallar la autonomía de la provincia por su adhesión a la política del General Mitre: corre a balazos al Regimiento 12 de Caballería que deja un tendal de muertos en la plaza de Jujuy frente al Cabildo, atacado por sorpresa por fuerzas de la nación. Diputado Nacional más tarde, fué de los declarados cesantes a consecuencia de la Revolución del año 1880. Juez Federal, deja el mejor recuerdo como magistrado íntegro e inteligente. Elegido Senador Nacional más tarde, su figura fué verdaderamente consular. El último cargo que desempeñó fué el de Director del Banco Hipotecario Nacional.

Debo prevenir que en sus últimos años, nuestra amistad se vió interrumpida porque no secundé sus aspiraciones a la reelección como Senador. Con el señor Teófilo Sánchez de Bustamante ocurrió cosa parecida, si bien nuestro distanciamiento llegó a ser mucho más agrio por disentimientos en la forma de encarar la política local, cuando fuí Gobernador de la provincia [1].

Recuerdo estos episodios para advertir que ningún móvil mezquino me mueve al pasar revista de obras que tanta influencia han tenido en el progreso de la provincia.

[1] Como se verá más adelante, el señor Bustamante ha sido el autor de la mayor parte de los caminos de la provincia, obra en la que fuí modesto colaborador.

FERROCARRIL AL ORIENTE. ORAN Y EMBARCACION

De esta línea, no he encontrado en el Diario de Sesiones del Senado, más que el Mensaje del P. E. que transcribo a continuación:

Sesión del 7 de enero de 1902

Buenos Aires, diciembre 31 de 1901.

Comunicaciones oficiales a la H. Cámara de Senadores de la Nación:

El Poder Ejecutivo tiene el honor de someter a la resolución de vuestra honorabilidad —para ser considerado en sesiones de prórroga— el adjunto proyecto de la ley autorizando la prolongación del Ferrocarril Central Norte a Bolivia y Orán y del Argentino del Norte de Punta de los Llanos a San Juan.

La sola enunciación del pensamiento motiva este proyecto siendo, como es, aspiración de toda la República, realizar cuanto antes la primera, como uno de los medios de estrechar nuestras relaciones con aquel país hermano al mismo tiempo que todas ellas propenden al desarrollo del comercio y el aumento de la riqueza pública al fomentar la producción general y facilitar el nacimiento de nuevas industrias y de transportes rápidos y económicos.

Por otra parte, sería inoficioso de más entrar al estudio en detalle de cada una de las líneas férreas de que se trata, desde que han sido ampliamente expuestas en memoria del Ministerio de Obras Públicas presentada últimamente a vuestra honorabilidad y este proyecto es la consecuencia de las ideas y propósitos enunciados en ese documento.

En cuanto a los recursos para la ejecución de las obras, el Poder Ejecutivo adhiere a la iniciativa parlamentaria que crea obligaciones sobre el valor de los ferrocarriles de propiedad de la Nación, pero, piensa que afectando al crédito esa operación e importando una nueva fórmula de procedimiento entre nosotros con relación a las vías férreas del Estado, cuya administración y explotación recién empiezan a acreditarse, no daría

por ahora y dada la situación del país, sino recursos insuficientes que sería más perjudicial que benéfico extremar de un límite prudente: y entonces hay conveniencia para el valor real de esas obligaciones, para el costo mismo de las obras y para la mayor rapidez de su realización, en aplicar también otros recursos más efectivos como sería el producido de la venta del Ferrocarril Andino, conforme el Poder Ejecutivo lo proyectara en un principio.

Dios guarde a V. Honorabilidad.

(Fdo.): JULIO A. ROCA
EMILIO CIVIT

Proyecto de ley

El H. Senado y Cámara de Diputados, etc.

ARTÍCULO 1º — Autorízase al Poder Ejecutivo para que de conformidad con los planos y presupuestos formulados por el Ministerio de Obras Públicas proceda a construir directamente o por empresa privada las siguientes líneas férreas: Ferrocarril Central Norte —de Cerrillo a Jujuy según resulte más conveniente hasta la frontera de la República de Bolivia y desde Perico a Orán.

.....

ART. 5º — Comuníquese, etc.

(Fdo.): CIVIT

—A la Comisión del Interior.

Sala de Sesiones del Congreso Argentino, en Buenos Aires, 20 de enero de 1902.

Sigue el Sr. Villafañe:

Los doctores Emilio Civit y Exequiel Ramos Mejía, Ministros de Obras Públicas en la administración del General Roca, fueron verdaderos conquistadores de desiertos. Civit prolongó las líneas férreas a medio hacer en todas las provincias y territorios Nacionales del Norte. A Ramos Mejía se deben los ferrocarriles patagónicos de transcendencia extraordinaria por varios conceptos.

MAS SOBRE EL FERROCARRIL JUJUY - LEDESMA - EMBARCACION

Después de escrito el capítulo que antecede sobre esta línea férrea, encuentro en mi archivo en Jujuy un folleto publicado por el Senador Pérez el año 1904: "Ferrocarril Perico a Ledesma. Sus antecedentes legislativos. La acción del Senador Pérez en esta obra".

Como se verá, por lo que transcribo de este folleto, el Senador Cástulo Aparicio en la sesión de junio 4 de 1895, presenta un proyecto de ley para que se manden hacer los estudios de esta línea partiendo desde la Estación Perico o de Pampa Blanca hasta el pueblo de Ledesma. Este proyecto se convierte en la ley nº 3277. Al año siguiente el Senador Pérez en las sesiones de los días 19 y 21 de mayo protesta por el hecho de que el P. E. no da cumplimiento a esta ley. Luego se sigue un silencio de varios años, hasta que a requerimiento del gran Ministro de Obras Públicas señor Emilio Civit se sanciona la ley nº 4054 antes transcripta. Mientras tanto, los estudios habían sido hechos años atrás por el Ing. señor José María Saravia, siguiendo las instrucciones del Ing. Miguel Iturbe.

Con mucha razón, en las líneas que sirven de proemio al folleto del Senador Pérez, se dice que: "los hombres son olvidadizos y a veces injustos o indiferentes; y como cada generación es un pueblo nuevo según el concepto expresado por Tocqueville, conviene en ciertos momentos recordar el pasado con sus correspondientes documentaciones. Es lo que nos proponemos en este caso, abriendo los libros de sesiones del Congreso Nacional y extrayendo de ellos la constancia oficial a que debe atenerse la opinión para que pueda discernir el premio a quien legítimamente le pertenece".

Muy noble el recuerdo del Senador Pérez para su colega el Dr. Aparicio y su requerimiento al pueblo de Jujuy que hasta hoy no ha sido escuchado. Nadie sabe en la Provincia que al Dr. Aparicio pertenecen los proyectos de ley de la construcción de los ferrocarriles a Bolivia y Ledesma. Jujuy se encuentra igualmente en deuda con los señores Doctor José Evaristo Uriburu, Emilio Civit y General Alberto Capdevila. He creído que debía reproducir la parte del opúsculo del Sr. Pérez

que se refiere al génesis de esta obra, no sólo para que la posteridad discierna los homenajes que merecen los que le dieron vida, sino porque se trata de un suceso de importancia extraordinaria. En efecto, esta línea que hoy llega casi hasta la frontera boliviana está llamada a ser la arteria aorta del Continente Sudamericano. Fuera de duda, en día no lejano, ha de seguir hasta Santa Cruz de la Sierra y más adelante hasta el corazón de las selvas del Amazonas, la región del caucho, de la vainilla, de la quina, del cacao y demás plantas y maderas más nobles del mundo.

El Dr. Horacio Carrillo tiene escrito un libro sobremanera interesante acerca de la importancia de esta línea férrea.

El proyecto del Dr. Aparicio

Cámara de Senadores de la Nación. Sesión del 4 de junio de 1895. Proyecto de ley. El Senado y Cámara de Diputados, etc. ARTÍCULO 1º — El Poder Ejecutivo mandará hacer, por intermedio del departamento de Obras Públicas, los estudios de un ramal de ferrocarril, que arrancando de la Estación Perico o de la de Pampa Blanca, en la línea del Central Norte, termine en el pueblo de Ledesma, en la Provincia de Jujuy. ART. 2º — Autorízase al Poder Ejecutivo para intervenir en el objeto expresado hasta la suma de veinticinco mil pesos moneda nacional. ART. 3º — Una vez concluídos los estudios mencionados por el Poder Ejecutivo dará cuenta al Congreso. ART. 4º — Los gastos que demande el cumplimiento de esta ley, se imputarán a la misma. ART. 5º — Comuníquese, etc. — C. APARICIO.

Sr. Aparicio. — Pido la palabra.

Voy a fundar brevemente el proyecto que acabo de presentar a la consideración del Senado.

Como se ve, él tiene por objeto mandar que se hagan los estudios necesarios para la construcción de un ramal del Ferrocarril Central Norte, que partiendo de una de las Estaciones de Pampa Blanca o Perico, vaya a terminar en el pueblo de Ledesma.

Su extensión es de veinte leguas, o sea cien kilómetros más o menos y recorre en su trayecto los departamentos de San Pedro y Ledesma que situados al Este de la Capital comprenden la zona más rica de la Provincia de Jujuy, tanto por la feracidad de su terreno como por la naturaleza de sus producciones.

Allí se cultiva ventajosamente la caña de azúcar, el café, el arroz, el tabaco, todos los productos valiosos y de consumo general en la República.

Actualmente funcionan dos ingenios azucareros de gran importancia por la cantidad de sus productos, productos que son al presente transportados por medio de carros de los establecimientos a una de las estaciones del ferrocarril recargando así su costo y haciendo difícil su competencia con la Provincia de Tucumán, inconveniente que se evitaría con la construcción de la línea que propongo. El primero de estos establecimientos es "La Esperanza" en los departamentos de San Pedro, de los señores Aráoz y Leach, cuya producción en el presente año, calculada por sus productores, es de tres millones de kilogramos de azúcar y trescientos mil litros de alcohol. El segundo "Ledesma" departamento del mismo nombre de los señores Ovejero y Zerda, cuya producción es de dos millones setescientos mil kilos de azúcar y doscientos setenta mil litros de alcohol.

Hay un tercer ingenio en construcción, que es el de los Sres. Alvarado y Muller, que seguramente funcionará el corriente año, de cuya producción no tengo datos, pero creo que será considerable.

Esta masa de frutos, que forman una producción efectiva, servirá para alimentar la línea del ferrocarril, el que a su vez estimulará la mayor producción con las facilidades que ofrecerá a los industriales que vayan con su capital y su trabajo a aquellas regiones, que ofrecen terreno fértil y agua abundante para la plantación y cultivo de los artículos que he mencionado.

Además, este ramal sirve de base para la construcción del ferrocarril a Orán, cuya concesión obtuvo el señor Pennano y que ha caducado.

No necesito encarecer la ventaja de esta obra, tanto para las provincias del Norte, como para la República, puesto que una vez terminada, desenvolvería el comercio de toda la región del

Chaco hasta el Pilcomayo, vinculando el comercio del Oriente de Bolivia con el nuestro.

El proyecto que presento se limita a que se autorice el gasto de 25.000 pesos, que es bastante para practicar estudios. Una vez hechos, el Poder Ejecutivo dará cuenta, y me reservo para entonces presentar un proyecto disponiendo la construcción definitiva del ramal.

Creo que lo expuesto es bastante para pedir a mis honorables colegas, el apoyo necesario para que el proyecto pase a estudio de la comisión respectiva.

Suficientemente apoyado se destinó a la Comisión del Interior.

CORRESPONDENCIA

Buenos Aires, marzo 16 de 1926.

Señor Gobernador
Dr. Benjamín Villafañe

Mi querido Gobernador amigo:

Felicítolo por su discurso en Abra Pampa. Pieza magnífica de elocuencia lo es también expresión del alma de un gran gobernante. Siéntome feliz de comprobar que en esa provincia se conserva el molde de los de la vieja generación que tuvieron gran amor al terruño y dilatada visión de sus destinos por los que trabajaron con abnegación y sacrificios sin cuento. Me ha llenado de gusto ver que afronta el problema social de la Puna: no se detenga y deje en la Historia de Jujuy el hecho indiscutido de que el Gobernador Villafañe dió la propiedad efectiva a los esforzados pobladores que la trabajan redimiendo una gran culpa que pesa sobre nuestra generación.

No olvide que la gran obra se complementa con actos pequeños: llegue hasta los hogares pobres de esos lugares desolados donde vivir y trabajar es un heroísmo que la provincia y la Nación deben recompensar. Hágase sentir en los hogares rurales y abandonados proporcionándoles los pequeños medios para aliviar en algo sus necesidades domésticas. No basta el plantel establecido en lugar estratégico: la distancia impedirá que los pobres lleguen hasta allí a mejorar sus crías. Distribuya carneros, ovejas, chivos y cabras de buena lana, de buena piel, de mucha leche y distribuya gallinas que puedan ser criadas para beneficio de sus dueños que pensarán ya en vender sus sobran-

BIBLIOTECA NACIONAL 1953

tes y ayudar a soportar la vida miserable que pasan. Haga que el día de la Candelaria del año próximo tenga lugar en Humahuaca una feria de tejidos y productos regionales llevando a esos lugares el progreso que tal significaría.

Felicítolo por que se han eliminado las dificultades políticas y hago votos para que Jujuy le dé el reemplazante que asegure permanencia y prosperidad para sus destinos.

Con saludos a los suyos, reitérole mi felicitación en la que va también la de mi hijo que acaba de regresar de Europa.

Lo abraza su afmo. amigo.

Fdo: ERNESTO E. PADILLA

P. D. — No olvide de los doscientos pesos prometidos al cura de Maimará, para la casa parroquial.

Vale.— Envíeme la población que haya sobre estadística demográfica de Jujuy.

NOTA

Cuanto indica el Dr. Padilla en su carta en beneficio de los habitantes de la Quebrada y Puna fué hecho con amplitud y liberalidad. Además, se repartieron gratis en la Quebrada miles de plantas de manzanas y peras de California y miles de sarmientos de toda clase de vides compradas en San Juan.

Se dictó una ley concediendo en propiedad las tierras de la provincia en la Quebrada y Puna a sus ocupantes que antes debían llenar ciertas formalidades, como la de edificar casa y cerrar los fondos con alambre. Mientras estuve en el gobierno firmé miles de títulos de propiedad. Fueron distribuídos gratis carneros karakules, cerdos de toda clase, ovejas, carneros y cabras de leche y aves de corral. El resultado fué que en tres años se triplicó el movimiento de carga del ferrocarril y más tarde se sintió la necesidad de crear una agencia del Banco de la Provincia en Tilcara, lo que se hizo siendo Gobernador el Dr. Fenelón Quintana.

Del Ministro de Agricultura del Dr. Alvear. Dr. Tomás Le Breton.

Estimado Gobernador y amigo:

He leído su discurso de Abra Pampa, lleno de ese entusiasmo por la prosperidad efectiva de la provincia de su mando, que caracteriza su actividad y poder animador.

Muchas gracias por su buen recuerdo referente a las estaciones de cría y de monta. Sucederá como Vd. dice: perseverando, en pocos años habrá cambiado el valor del ganado de esa Provincia.

Quiero explicarle lo que ocurre en minería para que desaparezca toda confusión.

Como en nuestro país no se han explotado grandes minas no se han formado muchos ingenieros en esta técnica. Las Facultades han hecho poco y la escuela de San Juan no abundaba en maestros competentes ni los alumnos tenían estímulo para una carrera de escasa finalidad.

En la Dirección de Minas está Sobral, un entrerriano muy competente, trabajador y patriota; le acompañan algunos argentinos que se han dedicado a estas cosas y la puerta ha estado siempre abierta a todo técnico nacional.

Además de éstos, se han incorporado peritos de diversas nacionalidades; hicimos venir para el hierro suecos muy competentes. Para las arenas de Misiones un especialista de esos yacimientos que trabajan en Cuba.

Tuve la suerte de incorporar un Ingeniero Peruano, que conoce nuestra Cordillera y tiene gran experiencia en minería americana.

Con el Ministerio de Guerra se hizo venir al propio Director de Minas de Estados Unidos con un especialista en hierros y aceros y otros en carbones.

Tenga en cuenta además lo que se ha hecho por la Dirección de Minas, de acuerdo con las ideas de Vd. y con referencia al propósito de que se exploten las borateras.

Mi primera tarea fué la Secretaría de una Compañía de Minas en la Patagonia y estaba con el Dr. J. M. Cullen cuando su empeño en explotar minas en La Rioja, Catamarca y San Juan.

De manera que tengo alguna experiencia del asunto. Las buenas minas rinden tanto que atraen los capitales y los técnicos de todas partes aunque el Estado sea inerte; vea lo que ocurre en otras partes.

La cuestión flete, agua y combustible, es seria para una explotación económica. Le digo estas cosas para que esté informado que se ha hecho algo dentro de lo posible y que no se ha tenido preferencia por técnicos de tal o cual origen.

Se ha buscado lo que se consideraba mejor para cada cosa, sin otra mira que la competencia y seriedad.

Con respecto a las perforaciones de aguas hechas para bien general, no privado, estoy con Vd. que urgen. Se pidieron los fondos al Congreso y éste no los votó. Con los elementos que había, se ha trabajado como puede verlo en la última memoria del Ministerio de Agricultura.

Termino agradeciéndole que con su discurso me haya hecho valer sobre tema de tanto interés para la prosperidad nacional y para la mejora del bienestar de los trabajadores de esas apartadas regiones.

Me repito su affmo. amigo y atto.

Fdo: TOMÁS LE BRETON

EL DOCTOR ERNESTO PADILLA Y LA QUEBRADA DE HUMAHUACA

En el año 1924, de paso por la Capital Federal, ocupado en gestiones a favor de la provincia, tuve conocimiento que el doctor Padilla se encontraba veraneando en Maimará, en el corazón de la Quebrada. Inmediatamente, hice telegrama al Comisario de Policía e Intendente Municipal, indicándoles llevaran mi saludo como Gobernador al ilustre ciudadano y se pusieran a sus órdenes. Caldeaba el ambiente político una ola de odio desatada de 1916 adelante, reviviscencia de una corriente espiritual que parecía muerta para siempre. Cierta prensa hizo del hecho un escándalo: ¡un gobierno radical, decía, poniéndose a las órdenes de un personaje conservador! Se había logrado encender el viejo rencor de federales y unitarios bajo los nombres de radicales y conservadores.

En todo tiempo, he valorado a los hombres por sus prendas personales, carácter, inteligencia, preparación y cultura. Y así, he tenido y tengo amigos dilectos en todos los partidos. Es de pillos o de tontos lanzar anatemas sobre todos los hombres de un partido, lo mismo que pretender la exclusividad en el acierto en la gestión pública, como detentar para sí y el partido a que se pertenece, la virtud y el patriotismo como si la bandera cubriera la mercancía. El hombre, vale por la riqueza de su cerebro y alma y todo credo sincero, merece respeto. Los de corazón y talento, son como el hada buena en las Mil y una noches, que mientras viven, siembran el bien por donde van su pasos. No me equivoqué con el Dr. Padilla; resultó uno de los más eficaces colaboradores de mi gobierno y la provincia de Jujuy tiene contraída con él una deuda inestimable.

Era por entonces Presidente o miembro de la Comisión de Presupuesto de la Cámara de Diputados y a su gestión entusiasta e inteligente, se deben obras como la del monumento a los ejércitos libertadores y al himno en el pueblo de Humahuaca; la restauración del Cabildo del mismo pueblo; la usina hidroeléctrica en la Garganta del Diablo que da luz y fuerza al pueblo de Tilcara y otras localidades; y la restauración de todos los templos que se encontraban en ruinas desde Tumbaya hasta Humahuaca. Quedan por hacerse otras obras que programara, como la usina eléctrica en la quebrada de Calete. Su acción eficiente, se ha hecho sentir en todas las obras de progreso de la Quebrada y Puna. Me cupo la honra de rendirle los homenajes a que se había hecho acreedor, en una manifestación que le tributara el pueblo de Humahuaca el año 1931, en discurso que lamento no encontrar en este momento entre mis papeles. Jujuy, está obligado a honrar en todo tiempo su memoria, junto con la de los hijos que más han impulsado su progreso y cultura. Qué Dios conserve muchos años al gran ciudadano, hoy en inacción forzosa, cuando podría dar los mejores frutos de su inteligencia robusta, nutrida por la meditación y el estudio y su bella alma calentada por los nobles entusiasmos de los patriotas de la primera hora.

A última hora encuentro el discurso que pronuncié en la ocasión a que me refiero en la nota que antecede. Va a continuación.

Dr. Padilla:

Exigía la ocasión un discurso bien meditado, pero es el caso que por razones ajenas a mi voluntad, hasta hace pocos instantes, ignoraba si me sería dado asistir a este homenaje.

Fué sin duda un día fausto para Jujuy, aquel en que el destino quiso traer al Dr. Padilla hasta este rincón de nuestras montañas. Recuerdo que me encontraba en Buenos Aires, hace años, siendo Gobernador, cuando supe casualmente que el Dr. Padilla se encontraba aquí. Inmediatamente fuí al correo y le telegrafié más o menos en los siguientes términos: "Lamento no encontrarme en ésa para honrar personalmente al ilustre huésped de mi provincia. Telegrafío a las autoridades que se

pongan a sus órdenes y espero se sienta como en su casa en los lugares que honra con su presencia".

Telegrafié en seguida al Comisario de la localidad aquí presente, y al Gobernador interino, rogándoles se pusieran a las órdenes del huésped y le dispensaran las atenciones posibles para hacer amable su estadía en la provincia.

Debo agregar, para alejar toda suspicacia malevolente por lo que voy a decir, que entonces vivíamos bajo la influencia de una atmósfera de odio, resabio de tiempos de barbarie, que hacía del adversario político un ser fuera de la ley, por notorios que fueran sus merecimientos.

Hago este recuerdo, repito, para decir que mi palabra no puede ser sospechada de interesada, ni menos palaciega, porque el Dr. Padilla como es notorio, se encontraba entonces entre las filas de los réprobos maldecidos [1].

Señores: fué sin duda gran día, repito, para nuestra Provincia aquél en que el destino quiso traer hasta este rincón al Dr. Padilla en busca de aliento y reposo. Montañas como todas las de la cordillera y sin los atavíos de las de su tierra natal, cautivaron de inmediato su alma como seducen ciertas mujeres feas por los prestigios del corazón, fenómeno que bien merece analizarse, porque más de una vez he pensado, que acaso el Dr. Padilla no ha penetrado bien en el proceso psicológico que operara en su alma el ambiente de estas agrestes regiones.

Es que, señores, los lugares tienen alma y ninguna tan grande, tan elocuente, tan hondamente conmovedora como la de esta histórica Quebrada de Humahuaca.

Refiere Garcilaso en la crónica del reinado de sus antepasados los Incas, que la cordillera de los Andes se quiebra hacia el Sud para dar acceso a los valles feraces que se extienden interminables hasta el mar. Que por allí bajaron los soldados del Inca Tupac Yupanqui para conquistar las maravillosas regiones del Tucumán. Aquella puerta —agrega— se llama la Quebrada de Humahuaca y se encontraba poblada por una raza vigorosa y brava como ninguna, que estimaba su independencia

[1] El doctor Padilla era entonces Ministro de Justicia e Instrucción Pública.

más que la vida; que tenía el culto del coraje y del sacrificio; que creía en un Dios grande y todopoderoso; que veían en el fuego de las estrellas las almas de los héroes que se alejaban de este mundo después de la muerte. Humahuaca—"el Dios que habla", era además el santuario y la capital de la confederación de la mayor parte de las tribus que vivían al abrigo de la Cordillera de los Andes. Allí se encontraba el oráculo que daba la respuesta de la palabra divina a los que iban en busca de luz y consuelo en las horas de tribulación y congoja. Ahí se deliberaba para declarar la guerra o concertar la paz en horas de crisis. Desde centenares de leguas a la redonda, venían los emisarios de los aliados trayendo la flecha emblema de guerra o las flores silvestres que debían depositar como ofrenda a los pies del Dios celebrando la paz.

Eran, dice Garcilaso, los hombres más bravos que se han conocido y agregaba que podían dar testimonio de ello los conquistadores. Cuando se sentían acorralados en las guaridas de sus montañas, preferían despeñarse con sus mujeres, ancianos y niños a rendirse, porque apreciaban la libertad más que la vida. Por eso la conquista de la Quebrada de Humahuaca fué la empresa más ardua. Más de cien años de lucha, hubieron necesidad los conquistadores para asegurar la puerta de la Quebrada por el poniente con la fundación de Jujuy y la otra puerta de entrada donde tiene principio el valle de Humahuaca.

Obra de la Providencia, señores, este zaguán que comunica las cordilleras con las pampas y las selvas. Tierra trillada por los soldados de los Incas primero, de los conquistadores después, por los hombres de la emancipación y de la organización nacional más tarde. Porque éstas montañas, han visto pasar a los hombres más notables que hicieron desde la tribuna, la prensa y el ejército, la emancipación de estos pueblos. Desde Moreno, Castelli y Belgrano, hasta catorce de los veintidós diputados que juraron la independencia en Tucumán, todos los hombres más notables que tuvo en sus últimos tiempos el Virreinato y la revolución, hicieron este trayecto en busca de las luces y virtudes que abrevaban en las aulas de la Universidad de Chuquisaca o Charcas. Estallada la revolución, en Humahuaca se dispara el primer tiro de la guerra. Aquí se derrama la primera

y última gota de sangre en la larga contienda. No existe un palmo de tierra en esta Quebrada, que no se viera empapada en sangre en una lucha sin tregua que duró quince años, que vió la invasión de once ejércitos extranjeros y los vió también batirse en retirada, deshechos por la resistencia de un pueblo en armas. Todos estos recuerdos flotan en el ambiente y forman el alma de estos lugares que siente desde el primer instante el patriota de estirpe. Es esa alma la que tocó el corazón del Dr. Padilla que sintió el avatar de los tiempos idos en los restos del antigal de las cumbres, en los campamentos que eran a la vez fortalezas y pueblos, cunas y sepulcros, restos que se conservan cual nidos destruídos de una raza de cóndores. Ha visto el desfile de los ejércitos de Ortiz Ocampo, de Belgrano y Balcarce que cruzaron estas playas escasos de armas, casi desnudos, pero sostenidos por la llama de un ideal que daba a los corazones la fortaleza necesaria para soportar todos los sacrificios y vencer en todas las empresas. Ha sentido en el viento que silva en las quebradas, repetirse el eco del alarido que acompañaba las cargas de los gauchos que atropellaban con chuzas, cuchillos y lazos a los veteranos de los ejércitos que vencieron a Napoleón en la península. Ha visto la procesión fúnebre que acompañara los restos del General Lavalle cuando se hacía la noche sobre las libertades de la patria. Y acaso, ha visto también en los cardones solitarios de las laderas desoladas, el emblema del espíritu de los hijos de estas montañas, centinelas de la nacionalidad sufridos y mudos, siempre listos para repeler toda agresión extraña, vestidos de espinas, cual puñales, floreciendo a la vez su corazón en pomos de esencias que embalsaman el ambiente.

Señores: a las grandes sombras que viven en estas montañas, con vida más real que la legión de larvas o monstruos —que no otra cosa somos el común de los mortales— se agrega para siempre la noble figura del Dr. Ernesto Padilla, que para nuestra suerte, para el norte de la Provincia y de la patria, ha de vivir todavía largos años.

Dr. Padilla: sois tucumano por el nacimiento y porque allí formasteis vuestra alma. Pero los jujeños os reivindicamos para nosotros porque sois más querido aquí que en la tierra natal. Aquí no habéis luchado, mientras allí ha debido quedar

como siempre ocurre, el tendal de los caídos y el rencor de los vencidos.

Aquí solo conocemos el lado mejor de vuestro carácter, la faz bella de vuestra alma. No nos interesan ni preocupan los defectos, que tal vez los tendréis, como la mala liga acompaña al oro de mejor ley. Por eso os reclamamos como hijo de esta tierra, porque somos agradecidos, porque sabemos apreciar en lo que valen las grandes virtudes, porque sentimos que prescindiendo de los bienes materiales que vuestra magnanimidad nos reporta, nos hace mucho bien el contacto espiritual de un alma de selección.

Dr. Padilla: en ninguna parte os sentiréis al calor de un cariño más sincero que el que os profesan los hijos de Jujuy y en especial los de la Quebrada de Humahuaca entre los que me cuento, al punto de que si es cierto que el alma no se apaga con la muerte, mi sombra después de pasar la laguna Estigia en la barca de Caronte, ha de venir a vagar por los rincones de las montañas que han visto pasar los días felices de mi niñez, donde descansan los restos de mis padres y de tantos que he amado con acendrado cariño en este mundo.

Abril 29/26

NOTA

Entregados los originales de este libro a la imprenta, me llegó la triste noticia del fallecimiento del Doctor Padilla. El discurso transcripto, de haber podido, lo hubiera pronunciado en su tumba interpretando el sentir del pueblo de Jujuy.

La segunda parte de este trabajo, escrita ya, bajo el epígrafe "Mirando el pasado", *verá la luz si alguna editorial tiene el coraje de editarlo.*

INDICE

El caso Benjamín Villafañe 9
Advertencia 13
En el crepúsculo 15
El cardón de las punas 23
Costaca. La muerte del cóndor 27
Las aves, los animales y los hombres 33
El embrujo de la Quebrada de Humahuaca 37
El Río Grande 43
Otra nota de la Quebrada. Las tropas de mulas 47
Jujuy en el año 1886 55
La apacheta 61
El alma de Humahuaca 99
En la región de las selvas 111
Inti-Huasi: la mansión del sol o de Dios 117
Los árboles y la Patria 129
En la selva virgen 135
Una velada en el desierto 149

Apéndice

Problemas de la Puna desolada 161
Una nota alegre en la montaña 171
El sacrificio del Sargento Gómez 175
Dos idilios bajo las balas 177
Pretendida revisión de un pleito perdido 183
Obras públicas en Jujuy 195
Correspondencia 209
El Dr. Ernesto Padilla y la Quebrada de Humahuaca ... 213

Este libro se acabó de imprimir en los talleres gráficos de don Domingo E. Taladriz, San Juan tres mil ochocientos setenta y cinco, Buenos Aires, el catorce de mayo del año mil novecientos cincuenta y dos.